

JOSÉ VICENTE
ALFARO



LA CONJURA
DEL
ORO GUARANÍ

**LA CONJURA
DEL
ORO GUARANÍ**



JOSÉ VICENTE ALFARO

Contenido

Créditos

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Primera edición: febrero 2024

Título: *La conjura del oro guaraní*

© DSt Producciones

© José Vicente Alfaro

Cubierta y diseño de portada:

© José Vicente Alfaro y Juan Luis Torres Pereira

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor

DESCARGA EBOOK DE REGALO



Por tiempo limitado, hazte con una copia gratis de «La maldición del alquimista», un relato de intriga situado en la Edad Media, acerca del mundo de la alquimia y sus secretos.

amazonkindle

Descargar ebook desde la página del autor:

<http://josevicentealfaro.com/>

Para Simon y Laura, mis otros “hermanos”.

PREFACIO

A principios del siglo **xvi**, tras la conquista de América, especialmente de los grandes imperios azteca e incaico, los españoles comenzaron a poblar la cuenca rioplatense y fundaron algunas localidades que todavía se hallaban particularmente aisladas. Al mismo tiempo, los portugueses buscaron establecerse en la costa de Brasil y fundaron también sus propias ciudades. No obstante, entre los dominios español y portugués quedaba aún por descubrir un inmenso territorio inexplorado, enclavado en mitad del continente suramericano, surcado por ríos gigantescos y plagado de selvas muy densas de difícil acceso.

El vasto territorio que constituía la selva amazónica estaba poblado por multitud de tribus indias muy belicosas, nómadas o seminómadas, siendo la guaraní la más numerosa y avanzada de todas ellas. Además de la caza, la pesca y la recolección, los guaraníes conocían una forma básica de agricultura, y poseían asimismo profundas creencias religiosas. Sin embargo, también llevaban a cabo ciertas prácticas que los europeos abominaban, como la poligamia o el canibalismo ritual.

En dicho contexto, las órdenes religiosas decidieron intervenir para abordar la cristianización pacífica de los indios, a quienes pretendían agrupar bajo su protección para que viviesen en sus propios pueblos, alejados de los colonos europeos. Tras obtener el permiso de la Corona española, los franciscanos se apresuraron a fundar las primeras misiones, que no pudieron sostenerse. En cambio, cuando tiempo después los jesuitas abordaron la tarea, los resultados mejoraron ostensiblemente.

La Compañía de Jesús, fundada en 1534 por san Ignacio de Loyola experimentó una vertiginosa expansión a lo largo de toda Europa y sus miembros, que gozaban de una sólida formación intelectual, ascendieron muy pronto a posiciones de privilegio en el clero hasta llegar a convertirse en los confesores de príncipes y reyes. Los jesuitas fundaron cientos de colegios y escuelas para fomentar la educación, y también se encargaron de llevar la doctrina cristiana hasta los confines más alejados del globo.

Con la autorización de la Gobernación del Río de la Plata y del Paraguay, perteneciente al Imperio español y dependiente del Virreinato del Perú, los jesuitas fundaron en el año 1609 la primera misión en las selvas paraguayas. Tras el éxito del experimento, se fueron creando nuevas misiones, ubicadas siempre muy lejos de las poblaciones españolas, y sitas geográficamente en la selva tropical de la mata atlántica, a lo largo de los dos ríos más importantes —los ríos Paraná y Uruguay— que conforman la cuenca del Plata, en territorio correspondiente a las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay y Brasil.

Los jesuitas vieron en el Nuevo Mundo la oportunidad de crear sociedades igualitarias de gobierno teocrático, tomando como modelo las comunidades de los primeros cristianos, dedicadas a convivir de manera pacífica, explotar los frutos de la tierra y alabar al Señor. En su forma de organización, se dice que los jesuitas se inspiraron en la *República* de Platón o en la *Utopía* de Tomás Moro, aunque probablemente no existiese un modelo único preciso en el que se basaron para abordar su ambicioso proyecto.

Las misiones jesuitas recibieron el nombre de «reducciones», término que no debe entenderse en sentido peyorativo, pues no se trataba de “reducir” a los indios, sino de “reconducirlos” (del latín, *reducti*). Es decir, de llevarlos a la fe cristiana y a la vida civilizada.

Muy pronto, las reducciones jesuitas alcanzaron tal prosperidad económica, que despertaron los recelos de los colonos españoles y portugueses, entre los cuales comenzaron a circular rumores acerca de un supuesto secreto que ocultaban, y que explicaría su increíble auge en un plazo tan breve de tiempo. Según se rumoreaba, los jesuitas habrían descubierto una mina de oro en las profundidades de la selva, cuya existencia mantenían oculta a ojos del mundo exterior.

Pero ¿qué había de cierto en todo aquello? ¿De verdad los jesuitas poseían semejante tesoro, o no eran más que calumnias sin fundamento?

INTRODUCCIÓN

Reducción de San Francisco Javier
Región del Guairá (gobernación del Paraguay)
Año 1627

Pasada la medianoche, la oscuridad cubría la reducción de San Francisco Javier con su húmedo manto de paz, mientras una lluvia constante, pero muy fina, regaba los tejados de paja de las viviendas y edificios. Una luna creciente asomaba entre las nubes y arrojaba un resplandor tenue que proporcionaba cierta visibilidad.

El padre Julio Hurtado recibió personalmente al singular visitante que había llegado a una hora tan intempestiva. Aquella no era tarea del jesuita, pero nada de lo que ocurría esa noche podría calificarse de normal.

El visitante conducía un carromato equipado con grandes ruedas, que iba tirado por dos mansos bueyes.

—¿Algún problema durante el camino?

—Ninguno. Nadie me ha visto llegar hasta aquí.

El padre Hurtado le franqueó la entrada al recinto y el carro se movió produciendo un ligero crujido que denotaba lo pesado de la carga que transportaba. Una tela blanca ocultaba el contenido depositado en el cajón. El carromato iba muy despacio debido a que el suelo estaba embarrado, y el jesuita lo acompañó caminando a su lado. Los guaraníes dormían todos en sus casas, salvo un puñado de ellos que hacían labores de policía y vigilancia.

Alineadas a lo largo de la vía principal, varias antorchas parpadeaban y marcaban el camino que conducía hasta la plaza central de la reducción. Tras llegar, se desviaron por una calle paralela a la casa parroquial, que desembocaba en un huerto situado en la parte posterior. En el huerto, que pertenecía a los misioneros, coexistían especies muy diversas que habían plantado casi a modo experimental para calibrar la adaptación de ciertas plantas al clima de la región. En aquel momento disponían de una amplia variedad de verduras, como lechugas, coles y nabos; árboles frutales, como limoneros y manzanos; y también hierbas medicinales y algunas flores.

El padre Hurtado alzó la mano cuando llegaron al punto de destino y, acto seguido, destapó la lona para dejar al descubierto media docena de cofres de madera, forrados de cuero repujado y dotados de cerraduras de hierro.

—La llave —pidió el jesuita.

El hombre del carro descendió del pescante y sin mediar palabra atendió su petición. El padre Hurtado abrió uno de los cofres y verificó su contenido. Su mirada dejó traslucir un destello de fascinación que no se prolongó más allá de un segundo.

—Pensé que los sacerdotes eran hombres de Dios y que los objetos materiales no constituían una prioridad en su forma de entender la vida —dijo el visitante.

—Por supuesto que somos hombres de Dios, no le quepa duda —contestó el jesuita, mirándolo fríamente—. En todo caso, no podemos vivir ajenos a la implacable realidad del mundo que nos rodea.

Entre ambos fueron descargando los pesados cofres uno a uno y, después, los llevaron hasta el extremo más apartado del huerto, donde no crecía nada, salvo algunas malas hierbas.

Previamente, el propio padre Hurtado había cavado una zanja de cierta profundidad, que tuvo que agrandar sobre la marcha para dar cabida al botín que pensaba enterrar allí.

La operación les llevó un tiempo considerable, aunque ninguno se quejó, pese a que la lluvia les caló hasta los huesos. Después de enterrar los cofres, apisonaron la tierra para dejarlo todo como estaba. Y, por último, se dieron un par de minutos para recuperar el aire, antes de emprender el camino de regreso.

El padre Hurtado hubiera preferido invitar al carretero para que pasara la noche en la modesta casa de huéspedes de que disponía la reducción, destinada especialmente para los comerciantes que estaban de paso o las autoridades que acudían de visita. No obstante, las singulares circunstancias que rodeaban aquel encuentro aconsejaban la máxima cautela, y no convenía que nadie viese al carretero para evitar preguntas indiscretas.

—Este servicio le será generosamente recompensado —afirmó el padre Hurtado antes de despedirse.

—Así lo espero, he corrido un gran riesgo para realizar este trabajo.

—Descuide, los jesuitas siempre cumplimos con nuestra palabra. A una jornada de distancia se encuentra la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación. Diga que va de mi parte y podrá descansar allí todo el tiempo que necesite antes de regresar a la ciudad de Villa Rica.

Dicho esto, el visitante abandonó la reducción a bordo de su carromato y se perdió en el sendero que discurría por la selva.

Inmediatamente después, el padre Hurtado regresó a sus aposentos antes de que el padre Anselmo Claver, su compañero al frente de la reducción, se diese cuenta de su ausencia y sospechase de su comportamiento.

Dentro de la orden religiosa, muy pocos eran los que conocían el gran secreto.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

El padre Anselmo Claver, misionero jesuita

Me levanté justo antes del amanecer, pues ya estaba acostumbrado y ni siquiera necesitaba que el canto del gallo me lo anunciase.

Aunque no había dormido demasiado, no permití que el cansancio me afectase, pese a los cuarenta y ocho años que ya sumaba a mis espaldas. Había consagrado mi vida a evangelizar a los guaraníes y Dios me daba cada día las fuerzas necesarias para afrontar una tarea tan titánica. No se me ocurría un botín máspreciado que lograr para el cielo la salvación de incontables almas inocentes.

Me aseé en la jofaina y me atavié con mi vieja sotana, que ya estaba repleta de remiendos en los bajos. El espejo me devolvió la imagen de un hombre de ojos saltones, mejillas ligeramente rollizas y labios finos en los que siempre aleteaba una sonrisa alegre. Me calcé las sandalias de suela de cuero y salí de la casa parroquial, preparado para iniciar un nuevo día en mi querida reducción de San Francisco Javier, habitada por más de dos mil guaraníes.

Un cielo de tono escarlata se elevaba sobre aquel pedazo de población urbanizada que le habíamos arrebatado a la selva con la sola fuerza de nuestras manos. La tenue claridad de la alborada desterraba poco a poco la tenebrosidad de la noche.

La misión se fundó junto a un afluente del río Tibagí, sobre un promontorio donde el aire suele ser menos húmedo y más puro, al abrigo de las inundaciones. En cuanto a su disposición urbana, todas las reducciones compartían el mismo trazado, a imitación de las ciudades españolas: una gran plaza central frente a la que se hallaba la iglesia, la estancia de los jesuitas, la escuela y los talleres, con las casas de los indios alineadas en el extremo opuesto y a los lados, formando cuadras perfectas a modo de damero. El lugar estaba rodeado por una empalizada que habíamos levantado en sus comienzos para evitar el ataque de las tribus hostiles.

La misión la dirigíamos entre el padre Julio Hurtado y yo, sin ayuda militar de ningún tipo. Para muchos constituía un verdadero milagro que millares de indios se dejaran gobernar por tan solo dos hombres que, además, habían llegado a sus tierras predicando una nueva doctrina totalmente desconocida para ellos. Pero si nos obedecían era porque nos habíamos ganado su respeto y por la elevada deferencia que nos tenían como figuras religiosas. Siempre que ejerciésemos nuestra autoridad de forma justa y sensata, y dirigida al bien de la comunidad, los guaraníes se dejarían guiar por nuestro criterio.

Las parcelas de actuación entre el padre Hurtado y yo estaban muy bien delimitadas, de la misma forma que ocurría en el resto de las reducciones. Yo me ocupaba sobre todo de la parte más relacionada con el sacerdocio propiamente dicho —las misas y la administración de los sacramentos—, así como de la enseñanza; mientras que el padre Hurtado se centraba más en la parte administrativa y el gobierno material de la reducción. En todo caso, ambos sabíamos hacer de todo, o de lo contrario a los jesuitas nos habría sido imposible levantar y gestionar estos pueblos. A veces, más que religiosos, parecíamos agricultores, albañiles, artesanos o médicos. Afortunadamente, los jesuitas recibíamos una sólida preparación muy superior a la de cualquier otra orden religiosa. Antes de enviarnos para que llevásemos a cabo nuestra labor misionera, debíamos superar un severo proceso de selección que garantizase nuestra idoneidad para la tarea.

Era tan riguroso que solo uno de cada diez candidatos lo conseguía.

Hacía siete años que habíamos fundado la reducción de San Francisco Javier y, pese al breve tiempo transcurrido, habíamos alcanzado un notable grado de prosperidad, aunque todavía se hallaba lejos del que gozaban las misiones de San Ignacio y de Nuestra Señora de Loreto, que llevaban funcionando desde 1610.

Los inicios no fueron nada sencillos. Durante los primeros meses, el hambre se adueñó del lugar y no éramos capaces de satisfacer las necesidades de todos los guaraníes a los que habíamos sacado de la selva para fundar aquel pueblo y vivir al modo de los europeos, con una economía basada en la agricultura y la ganadería. Algunos indios se marcharon para llevar a cabo sus tradicionales expediciones de caza y pesca, pero regresaron cuando por fin las primeras cosechas dieron sus frutos y pudimos dar solución al problema del sustento. Los gastos del material para la construcción de los edificios, la campana de la iglesia y los demás ornamentos sacerdotales fueron sufragados por la Corona, mientras que los colonos españoles de Asunción y Villa Rica donaron cabezas de ganado, cuya crianza se antojaba fundamental para producir alimento suficiente para tantas personas.

Crucé la plaza, que todavía se hallaba prácticamente vacía, para postrarme ante el Santísimo en la iglesia. Las primeras luces del alba acariciaban la madera con la que se había levantado nuestro modesto templo cristiano, mientras la campana reflejaba destellos de bronce que se perdían en el horizonte.

Nada más entrar en la iglesia, el joven Miguel Yepuy corrió hacia mí con los ojos desorbitados.

—¡Padre Claver! ¡Padre Claver! —gritó una y otra vez.

Miguel Yepuy era el muchacho guaraní que ejercía las funciones de sacristán, que iban desde velar por la limpieza de la iglesia, hasta asistirme en la celebración de la misa o acompañarme cuando debía administrar la extremaunción a un moribundo. El nombre de «Miguel» era el que le habíamos proporcionado tras recibir el bautismo cristiano.

—Miguel, no se debe correr en la casa de Dios —le reprendí con cariño.

—Lo siento, padre.

De dieciséis años, el rostro de Miguel se caracterizaba sobre todo por sus grandes ojos negros y su nariz achatada. El muchacho llevaba con nosotros desde los inicios de la reducción, y en ese momento era uno de los más fervientes defensores de la fe cristiana. Los misioneros sabíamos muy bien que los niños eran los más abiertos para aceptar nuestro mensaje, pues todavía no habían arraigado en ellos las tradiciones de sus mayores y sentían un gran interés por todo lo que hacíamos. Además, constituían el camino más eficaz para llegar a sus padres, que se acercaban al catolicismo a través del ejemplo de sus hijos.

—No te preocupes, no tiene importancia. Y ahora dime, ¿qué ha pasado para que te hayas alterado tanto?

—Los cirios, padre.

—¿Los cirios? ¿Qué pasa con los cirios?

—Los han destrozado. Sígame y véalo usted mismo.

Acompañé a Miguel hasta una pequeña capilla dedicada a la Virgen María, en la que también se exhibía un fragmento de hueso de san Bonifacio, que el Papa había entregado a la Compañía de Jesús para que nos ayudara en nuestra labor misionera en las tierras del Paraguay.

—¿Lo ve? —preguntó Miguel, señalando al suelo.

Me quedé atónito. Alguien había partido los cirios que adornaban la capilla, cuyos pedazos

aparecían desperdigados por todas partes. Pese a la indignación que sentí, me controlé de inmediato. El padre Hurtado habría montado en cólera y no habría podido reprochárselo, pero yo poseía un carácter mucho más sereno que rara vez me abandonaba.

—Este sacrilegio es intolerable... —murmuré.

—Cuando llegué, ya me lo encontré así —explicó Miguel Yepuy.

Resultaba evidente que dentro de la reducción había alguien muy descontento con nosotros o nuestra doctrina, hasta el punto de haberse atrevido a llevar a cabo semejante acto de barbarie. Al menos, las reliquias del santo no las habían tocado.

—¿Y no sabes quién ha sido?

—No, padre. Lo siento.

—Bueno, entonces tendrás que averiguarlo.

Los niños y adolescentes se habían convertido en nuestros mejores informantes. Se enteraban de todo cuanto pasaba en el pueblo y nos alertaban de las actitudes poco cristianas que veían hacer a sus mayores. Miguel activaría su red de pequeños espías y, tarde o temprano, descubriría al responsable de aquel execrable acto.

—Así lo haré —afirmó el muchacho.

—Ahora recoge este desastre, por favor. Y coloca nuevos cirios en la capilla.

Toda la conversación la habíamos mantenido en guaraní, que era el único idioma que se hablaba en la misión. Durante nuestra preparación, constituía un requisito indispensable aprender con antelación la lengua de los indios. Para ello, los jesuitas nos valíamos del inestimable trabajo del franciscano Luis de Bolaños, que tiempo atrás había redactado la primera gramática del idioma guaraní y un diccionario.

Tras concluir mis oraciones, al cabo de una hora salí al exterior para iniciar el largo día que me aguardaba por delante. Para entonces el sol ya había despuntado y el pueblo había cobrado vida. Muchos hombres se dirigían a las inmediaciones de la reducción para trabajar en los campos de cultivo o cuidar del ganado. Algunas mujeres iban al río a lavar la ropa o a por agua, mientras que otras se quedaban en sus casas al cuidado de sus pequeños, tejiendo o preparando la comida.

Los guaraníes vestían una túnica blanca sin mangas, que los cubría de la desnudez con la que acostumbraban a vivir antes de nuestra llegada. Físicamente, se caracterizaban por su tez cobriza, ojos ligeramente rasgados y oscuros, y el cabello negro recortado como una corona sobre la cabeza. Su estatura media era algo inferior a la del hombre europeo, pero sus movimientos eran ágiles y armónicos.

Mientras caminaba, unos cuantos niños se arremolinaron a mi alrededor entre risas y saltos. Yo les acaricié cariñosamente la cabeza y les dije que me esperasen en la escuela, a la que pronto me dirigiría en cuanto me ocupase de un asunto que no podía esperar. El afecto que los guaraníes me profesaban resultaba palpable, sobre todo entre los más pequeños. Además de por mi natural carácter risueño, quizás se debiese también a mi origen criollo.

Casi todos los misioneros jesuitas procedían de países europeos. Sin embargo, yo había nacido en aquellas tierras y la mentalidad guaraní no me era en absoluto ajena, pues había crecido junto a ella. Me ordené sacerdote por vocación y ejercí el ministerio con dedicación hasta

que la Compañía de Jesús se instaló en Asunción. Enseguida me sentí identificado con aquella orden que se había propuesto evangelizar y proteger a los indios de los abusos que sufrían. No tardé en hacerme jesuita y pronto me embarqué en la aventura que había significado fundar la misión de San Francisco Javier junto al padre Julio Hurtado.

Encaminé mis pasos hacia la salida del recinto para encontrarme con mi compañero jesuita antes de que este se marchase, pues aquella mañana partiría junto a un grupo de guaraníes para llevar a cabo una expedición evangelizadora.

—Buenos días, Julio. Veo que ya lo tienes todo listo —dije tras comprobar que se dedicaba a ultimar los preparativos.

—Así es, partiremos ya mismo. Quiero evitar que se nos haga demasiado tarde.

Asentí y aproveché el momento para contarle el episodio de los cirios.

—¡Una acción así es inaceptable! —exclamó con una mezcla de disgusto e indignación—. Debemos ocuparnos de que se castigue severamente al responsable. Así servirá de ejemplo para el resto.

—Aún no sabemos quién ha sido, pero Miguel Yepuy ya se ha puesto manos a la obra para averiguarlo.

Observé a mi querido compañero mientras revisaba por última vez su equipaje. Su ausencia se prolongaría durante varias semanas, tiempo durante el que yo me quedaría solo al frente de la reducción. Y, aunque no era la primera vez que sucedía, no podía evitar sentir cierta inquietud.

—Lo harás bien, Anselmo —me dijo el padre Hurtado como si me hubiese leído la mente.

—Eso espero. Y tú procura volver sano y salvo. No quiero que te expongas a peligros innecesarios.

—Haré lo que pueda —sonrió.

Finalmente, le di un abrazo con todas mis fuerzas.

—Ve con Dios, Julio —le dije para despedirme.

Me di la vuelta y dirigí mis pasos hacia la escuela. Sin embargo, a medio camino me abordó Felipe Tayaobá, el alcalde de la reducción. En efecto, eran los propios indios quienes encarnaban a las autoridades locales, lo cual tenía todo el sentido del mundo puesto que se trataba de su propio pueblo. Siguiendo el modelo criollo, las reducciones contaban con un cabildo, formado por el alcalde y una serie de concejales que asumían distintas competencias, como por ejemplo las de policía, justicia o administración. Los cargos los elegían ellos mismos por votación y se renovaban cada año. Dicho esto, el margen de actuación de los guaraníes era más bien escaso, pues prácticamente no hacían nada sin contar con nuestra expresa autorización. Los padres jesuitas, por tanto, éramos los verdaderos dirigentes de sus pueblos.

—Buenos días, padre Claver.

Aunque bajito, Felipe poseía un físico fuerte y una personalidad arrolladora que hacían de él un líder muy respetado. Tenía los ojos muy juntos y ya lucía algunas arrugas en torno a los labios. Llevaba varios años bautizado y se había convertido en un cristiano ejemplar. Si bien, desde que fuese nombrado alcalde, quizá pecase ligeramente de soberbia, pues se decía que nunca se separaba del bastón de mando que le habíamos entregado, ni siquiera para dormir.

—Buenos días, Felipe.

—¿El padre Hurtado se ha marchado ya? —preguntó.

En virtud de su cargo, Felipe Tayaobá departía todos los días con Julio para tenerle al corriente de los asuntos más importantes. Por tanto, mientras mi compañero estuviese fuera, sería yo quien asumiese su trabajo.

—Ha salido ahora mismo. ¿Ocurre algo?

—Tengo malas noticias —repuso—. El cacique Zacaguará abandonó el pueblo ayer por la tarde, y con él se marchó todo su clan.

Negué con la cabeza para manifestar mi contrariedad. Los guaraníes que no llevaban mucho tiempo en la reducción, como ocurría en aquel caso, a veces se acababan marchando para regresar a su antigua vida porque no se adaptaban a las costumbres cristianas.

—¿Y sabes cuál ha sido el motivo que le ha llevado a tomar esa decisión?

—El cacique Zacaguará mantiene una vieja rivalidad con otro clan, que se remonta muy atrás en el pasado.

Suspiré. Los problemas de ese tipo revestían una gran complejidad. Algunas veces coincidían en la misma reducción clanes o tribus rivales que llevaban años enfrentados en guerras interminables. En tales casos, la convivencia podía llegar a hacerse tan insoportable que, finalmente, una de las partes optaba por marcharse.

Desde mi punto de vista, sin embargo, regresar al paganismo era una nefasta decisión, pues no solo ponían en peligro la salvación de sus almas, sino que también se arriesgaban a sufrir los grandes males del mundo terrenal.

Por desgracia, los indios ya ni siquiera podían estar seguros en sus selvas desde que los europeos conquistaran el continente. Si caían en manos de los encomenderos españoles, les aguardaba un futuro muy poco halagüeño. La encomienda era una figura jurídica por la que los indios debían pagar un tributo al colono bajo cuyo cargo quedasen, a cambio de que este les protegiese y evangelizase. En la práctica, los guaraníes no podían obtener metálico para pagar dicho tributo, lo que les obligaba a retribuir al encomendero con su trabajo, sistema que propiciaba abusos constantes. Nuestras reducciones, sin embargo, al depender directamente del rey, libraban a los guaraníes que habitaban en ellas de tener que servir en las encomiendas. Y, por si no fuese suficiente, los jesuitas habíamos impulsado un reciente cambio legislativo que eximía a los indios de tener que satisfacer el debido tributo al rey durante los primeros veinte años.

Con todo, los encomenderos españoles no eran la peor amenaza de los indios guaraníes. Los esclavistas portugueses, llamados *bandeirantes*, se internaban en la selva y organizaban cacerías de seres humanos para venderlos después en sus colonias como esclavos. Las reducciones, por tanto, constituían un refugio para muchos indios, que de lo contrario caerían en manos de los portugueses.

—Felipe, escúchame bien. El cacique Zacaguará y los suyos todavía no se habrán alejado demasiado. ¿Podrías enviar a alguien para que vaya a buscarlos? Aunque no quieran volver, que se refugien al menos en la misión más próxima. Nuestra Señora de la Encarnación no está lejos de aquí y los padres jesuitas que la dirigen los acogerán con los brazos abiertos. Y, por supuesto, allí no tendrán que convivir con la tribu de la que están enemistados.

—De acuerdo, me encargaré de que les llegue el mensaje —convino el alcalde guaraní.

—Gracias, Felipe. Y ocúpate de que todo el mundo siga haciendo su trabajo como debe mientras dure la ausencia del padre Hurtado. Como suelo decir habitualmente: «pide a Dios y a los santos, pero echa abono en los campos» —recité—. Y, salvo que haya algún otro tema urgente del que tengas que darme parte, ya hablaremos más tarde. Ahora tengo muchas cosas que hacer.

Por un instante sentí cierto agobio al pensar en el largo día que tenía por delante. Lo más inmediato eran las clases en la escuela. Al acabar, llevaría a cabo una ronda para visitar a los

pacientes que había en la enfermería, en la que emplearía casi media mañana. A continuación, estaría un tiempo en el confesionario, antes de la misa del mediodía. Después del almuerzo debía enseñar el catecismo a los niños y asimismo seguir las evoluciones del coro musical. Concentraría todas las bodas y los bautizos en domingo. De igual modo, durante los siguientes días tendría que intercalar las labores de las que el padre Hurtado se ocupaba: inspeccionar personalmente los campos de cultivo y el ganado, así como visitar los talleres en los que los guaraníes aprendían diferentes oficios, que iban desde la cerámica hasta la carpintería. Y todo ello al mismo tiempo que tendría que ir resolviendo los mil y un problemas que surgían a cada paso.

Muy pocas personas en el mundo podrían llegar a comprender el grado de compromiso y sacrificio que la vida de misionero demandaba.

CAPÍTULO 2

Iracema, la niña guaraní

Me incliné sobre el riachuelo para lavarme el pelo con jabón de semillas de coronillo.

Estaba sola y me entretuve frotando insistentemente la cabeza hasta que se formó una capa de espuma. El reflejo en el agua me devolvía la imagen de un rostro ovalado de nariz pequeña y ojos expresivos, aunque lo que más me gustaba de mí era mi largo cabello, oscuro y reluciente. Siempre que me decían lo guapa que era, yo sonreía y se sonrojaban mis mejillas.

Nací hace once veranos y todavía soy una niña. Y aunque sé que es imposible, me gustaría no tener que dejar de serlo nunca. Sé que cuando me llegue la primera sangre, mi vida cambiará de golpe y no será para mejor. Me pasarán cosas malas y todo se volverá más complicado. Por eso, normalmente prefiero no pensar en ello para evitar ponerme triste.

Me enjuagué la cabeza en el riachuelo hasta deshacerme de todo el jabón y, después, me escurrí el pelo retorciéndolo con las manos. Un pequeño reguero de agua cayó sobre la tierra.

Soy afortunada porque mi padre es uno de los hombres más importantes y respetados de la tribu. Cura a los enfermos, vaticina el futuro, dirige los rituales y media entre este mundo y el de los espíritus. Como hechicero, mi padre elige también el nombre de todos los recién nacidos. Cuando lo hace, enciende su pipa, echa unas bocanadas de humo y reza para que los dioses de arriba le susurren el nombre adecuado para cada niño. A mí me dio el de Iracema, que significa «salida de la miel».

Esperé a que se me secase el pelo y me lo peiné durante largo rato disfrutando del momento. Entonces emprendí el camino de regreso porque no podía entretenerme por más tiempo.

No tardé en llegar al poblado, formado por grandes viviendas rectangulares cubiertas con ramas de palmera, que cobijaban a numerosas familias emparentadas entre sí. Las casas comunales daban a una plaza cuadrada en la que tenían lugar las fiestas y los ritos tradicionales, y todo estaba rodeado por postes de madera clavados en la tierra que nos protegían de las tribus rivales.

No llevábamos mucho tiempo en aquel lugar. Cada pocos años nos trasladábamos de sitio porque los suelos perdían su fertilidad y necesitábamos buscar nuevas tierras en las que sembrar nuestros cultivos. Siempre nos desplazábamos hacia el este, que es por donde sale el sol, porque los guaraníes creemos que allí se encuentra el paraíso, un sitio en el que no existe el sufrimiento, abunda el alimento y no hace falta trabajar. A dicho lugar, al que llamamos la «Tierra sin mal», todos aspiramos a llegar tras la muerte. No obstante, también creemos que se puede alcanzar en vida, y los hombres como mi padre son los encargados de guiarnos para conseguirlo.

Atravesé el poblado y varios parientes me saludaron con un gesto de la mano. Los niños jugaban en la plaza. Las mujeres hacían la comida, trenzaban cestos, tejían mantas, y las ausentes araban los campos. Mientras tanto, los hombres habían salido a cazar, excepto algunos que se habían quedado para fabricar puntas de flecha. Todos íbamos desnudos, salvo por los adornos con los que nos acicalábamos, en forma de collares de huesos, penachos de plumas y brazaletes hechos de pelo. Las pinturas corporales eran nuestros verdaderos vestidos.

—Iracema, ¿cómo has tardado tanto? —me reprochó mi madre nada más verme.

Siempre que me lavaba la cabeza me entretenía más de lo debido, así que tampoco debería

haberse sorprendido tanto.

Me indicó a voces que me uniese a las demás chicas de la casa comunal para preparar *chicha*, una bebida especial que se hacía a base de maíz. La harina era hervida y nosotras debíamos masticarla y escupir la pasta obtenida en grandes vasijas, que después se hervía por segunda vez. Esta tarea se reservaba únicamente a las jóvenes vírgenes, creo que por algo relacionado con nuestra saliva. La *chicha* se empleaba en las celebraciones y todos los que la bebían se divertían mucho y formaban una gran algarabía.

Al cabo de un rato, comenzamos a escuchar voces inquietantes que procedían del exterior. Intrigadas, las chicas nos miramos entre sí. Algo había alterado la paz del poblado y se había formado un gran revuelo por motivos que desconocíamos. En teoría, no debíamos movernos de allí hasta haber acabado todo el trabajo. Sin embargo, no me pude resistir y me levanté ante la atónita mirada de mis compañeras.

—Iracema, ¿qué estás haciendo? —dijo una de ellas.

—Lo siento, pero tengo que saber lo que pasa.

Salí de la casa comunal y comprobé que la plaza se había quedado prácticamente vacía. Seguí a un hombre que abandonaba el poblado y tomaba el sendero del sur. No tuve que desplazarme mucho hasta dar con un amplio grupo de nuestros guerreros, alineados en posición de ataque con sus arcos en tensión. De momento no tenía lugar ninguna confrontación, pero podía escuchar a nuestro jefe que parlamentaba con un desconocido.

Para que nadie me viese, me oculté entre la maleza y me desplazé sigilosamente hasta el lugar del suceso. Aunque sabía del peligro al que me exponía si me descubrían escondida allí, quería saber quiénes se habían atrevido a entrar sin permiso en nuestro territorio. Aquella situación se salía por completo de lo normal.

Al llegar a unos arbustos altos, me agaché y asomé la cabeza con cuidado. Desde allí tenía una visión privilegiada de la escena. A un lado estaban los guerreros de la tribu a la que yo pertenecía, y al otro... ¡Un hombre blanco al frente de un grupo de guaraníes! Fue tal mi asombro que la boca se me abrió sin darme cuenta. Aunque había oído hablar de los hombres blancos, hasta ese momento no había visto a ninguno. Me desconcertó que hablase nuestra lengua y su extraño aspecto me causó una honda impresión. Una abundante mata de pelo le brotaba de la cara y se la tapaba casi por entero.

De los blancos solo habíamos escuchado decir cosas terribles, que eran crueles y que buscaban esclavizarnos para su propio beneficio. Aquel hombre, sin embargo, no estaba armado y hablaba acerca de Dios y nos prometía la salvación. Y, pese a la amenaza a la que se enfrentaba, no daba muestras de tener miedo alguno.

El jefe de mi tribu le exigió repetidas veces que se fuese, pero el extranjero insistió en seguir predicando su mensaje, que poco a poco comenzó a calar en sus oyentes, a los que hablaba de otro tipo de vida más confortable y segura, y de un Dios que aparentaba ser mucho más poderoso que el nuestro.

Hasta que mi padre, hecho una furia, irrumpió repentinamente en escena y puso fin a aquella afrenta en ese mismo momento.

—¡Matadle! ¡Matadle antes de que se atreva a decir una sola calumnia más! —exclamó.

Nuestros guerreros reaccionaron a sus palabras y multitud de flechas surcaron el aire en dirección a los visitantes. En ese instante supe que tenía que marcharme. Regresé al poblado a

través de la selva para que nadie me viese y entré de nuevo en la casa comunal. Las demás chicas se morían de curiosidad por saber lo que pasaba y, antes de reanudar mi tarea, les conté lo que había presenciado a las afueras del poblado.

—¿Y qué ha sido del hombre blanco? ¿Lo han matado? —me preguntaron.

Me encogí de hombros.

—A eso no puedo responder porque me marché al inicio del ataque.

La relación con mi abuela —la madre de mi padre— había sido siempre muy estrecha. Cuando era pequeña jugaba mucho conmigo, me mimaba y me hacía reír a todas horas. Y conforme crecía, me fue introduciendo en los ritos y tradiciones de la tribu. Yo la quería muchísimo, por eso me dolió tanto saber que se moría.

Mi madre me hizo pasar a la estancia donde mi abuela agonizaba. Mi padre llevaba días sin separarse de ella, cantando plegarias sagradas para alejar a los malos espíritus. Como hechicero de la tribu, a todos los moribundos les ofrecía un consuelo similar. Mi abuela yacía en un rincón de la casa comunal, aislada del resto de la estancia por una estera que colgaba del techo. En cuanto llegué, mi padre se retiró para dejarme a solas con ella. Quería despedirse de mí y así lo había pedido expresamente.

Aunque me entraron ganas de llorar nada más verla, me contuve. El rostro de mi abuela lucía cadavérico y sus ojos habían perdido todo su brillo. Yacía tumbada sobre una manta de algodón, junto a la que reposaba una calabaza con agua. Ella mejor que nadie sabía que se hallaba al final de su viaje.

—Iracema... —murmuró.

Apenas le salía la voz del cuerpo, lo que acentuó mi sufrimiento al verla en aquel penoso estado. Gracias a la frecuente actividad física y a nuestros tradicionales ayunos, mi abuela había gozado de una vida larga y saludable. Su deterioro no le había llegado hasta fechas muy recientes.

Después, me sujetó la mano y me dijo que me quería, momento en el que no pude evitar derramar algunas lágrimas.

—¿No tienes miedo, abuela?

—Morir no me da miedo —repuso, esbozando una sonrisa—. Al revés, espero la muerte con fervor para poder reunirme con mis antepasados en la «Tierra sin mal». No todos tenemos garantizado llegar hasta allí, pero siendo la madre de un hechicero tan importante como tu padre, mi alma sabrá hallar el camino.

Aunque le costaba moverse, se giró hacia un lado para dejar al descubierto una mantita doblada por la mitad.

—Desplégala —me indicó.

Lo hice y me llevé una sorpresa increíble al ver allí expuestas sus posesiones más preciadas: una diadema de plumas de tucán, un collar de colmillos de jaguar, otro de conchas oceánicas y un cuarto de cuentas doradas. También me señaló un objeto más que estaba apoyado contra la pared. Era su *takua*, el bastón de ritmo con que las mujeres golpeaban la tierra de forma acompasada durante las danzas sagradas.

—Escoge lo que más te guste.

—¿De verdad?

Probablemente, lo más valioso fuese el collar de los colmillos. Sin embargo, yo elegí el de cuentas doradas porque siempre me había parecido su abalorio más bonito.

—Gracias, abuela.

Poco después llegó mi padre y dio el encuentro por concluido. Mi abuela murió aquella misma noche mientras dormía.

Al entierro acudió casi toda la aldea y el llanto de las mujeres inundó el ambiente de melancolía. En señal de duelo, mi familia y yo misma nos pintamos el cuerpo de negro con genipa. Tras envolver el cuerpo de mi abuela en cuerdas de algodón, lo metieron en una gran tinaja funeraria, que posteriormente depositaron en una fosa cavada en la tierra, acompañada por un plato lleno de comida para que, durante su búsqueda del más allá, el alma no quedase desprovista. Por último, introdujeron en la tumba una urna que contenía los ornamentos de mi abuela. Todos, menos el collar de cuentas doradas que me había dado y que yo lucía con orgullo para que los asistentes supiesen cuánto me había querido.

Durante la semana siguiente, mi padre y yo visitamos la sepultura a diario para llorar su pérdida y darle nuestro adiós. Yo todavía era una niña, pero sentía que la muerte de mi abuela había acelerado el momento de hacerme mayor.

El fatídico día llegó incluso antes de lo previsto, cuando aún estábamos de luto.

Yo trenzaba un cesto con mis manos a la sombra de la casa comunal. Aunque no se me daba demasiado bien, sabía que mejoraría con la práctica. Fue entonces cuando sentí la sangre deslizarse por mi entrepierna. El corazón se me paró y luego comenzó a latir muy deprisa. Mi madre estaba cerca, pero no se dio cuenta porque guardé silencio y me escabullí de allí dejando el cesto a medio hacer.

Actué de forma impulsiva. Estaba asustada y abandoné el poblado porque todo cuanto deseaba en ese momento era desaparecer. Tomé el primer sendero que vi, que conducía a los cultivos de mandioca situados en las inmediaciones de la aldea. Lo que me daba miedo no era menstruar en sí, sino los ritos de iniciación asociados al comienzo de mi vida como mujer.

A los niños se les iniciaba de forma grupal en una ceremonia privada, en la que se les perforaba el labio inferior para colocarles el *tembetá*, una varilla de hueso o madera que atestiguaba su madurez sexual y su pertenencia a la tribu. Antes, se les embriagaba con *chicha* para aliviar el dolor. Y, cuando cicatrizaba la herida, se llevaba a cabo una fiesta con cantos y danzas.

Antes de llegar a los cultivos me salí del camino para evitar que me viesan. Me interné en la selva sin pensar en lo que hacía, y sorteé árboles y helechos sin rumbo aparente. Todo cuanto sentía era una gran angustia dentro de mí.

A diferencia de los niños, a nosotras nos sometían a un rito individual de iniciación. La aparición de la primera sangre implicaba el riesgo de atraer a los espíritus malignos y otras fuerzas extrañas de las que nos debían proteger. Para ello, los días que duraba el periodo nos recluían y nos aislaban del resto de la aldea. Se nos retiraba la carne de la dieta y debíamos permanecer durante todo el tiempo en una hamaca sin poder tocar el suelo. Además, nos hacían escarificaciones en la espalda, tremendamente dolorosas. Con todo, lo que más me consternaba

era que nos rapaban el pelo. Y solo de pensar en ello, el estómago se me encogía al tamaño de un cacahuete.

Aunque, en el fondo, siempre supe que me llegaría aquel momento, había preferido engañarme a mí misma y me había convencido de que se retrasaría años enteros o de que a mí no me ocurriría porque era especial. Y, ahora que de pronto abría los ojos a la realidad, me sentía sobrepasada por la situación.

Cuando detuve mis pasos vencida por el cansancio, me di cuenta de que me había perdido en aquel laberinto de vegetación. No sabía durante cuánto tiempo había estado caminando, ni tampoco a qué distancia me encontraba de la aldea. Escuché el rumor de un riachuelo y me acerqué hasta allí para lavarme la entrepierna y desprenderme de la sangre que se me había pegado a los muslos. El collar de cuentas doradas del que nunca me separaba pendía sobre mi pecho como mi único atuendo.

Finalmente, me senté y enterré la cabeza entre las rodillas, al tiempo que rompí a llorar por todo lo que se me había juntado a la vez: la reciente muerte de mi abuela, mi inminente y temida iniciación, todo ello unido al hecho de no saber dónde me hallaba en ese momento.

De pronto, un ser de pesadilla emergió de la espesura y el corazón se me salió del pecho. Sentí un pánico tan grande que mi cuerpo se paralizó por completo. Ante mí tenía a un hombre de piel blanca, muy alto y feo, que vestía extrañísimos ropajes de diferentes texturas y colores. Pero lo que más me asustó fue su expresión y el perverso brillo de sus ojos. También reparé en que le faltaba una mano, detalle que acentuaba aún más su aspecto aterrador.

Hasta ahora solo había visto a un hombre blanco en toda mi vida, a una distancia considerable. En todo caso, no se parecía en nada al que ahora tenía frente a mí.

El monstruo humano —al menos así era como yo lo veía— se aproximó lentamente mientras yo seguía paralizada. No decía nada y me miraba de una manera que no me gustaba. No reaccioné hasta que alargó el brazo como para tocarme.

Retrocedí unos pasos con intención de alejarme, pero me lo impidió agarrándome por la muñeca. Era demasiado fuerte y yo no tuve modo de zafarme. En ese momento creí que mi fin había llegado. Estaba segura de que me forzaría o algo mucho peor. Sin embargo, de repente se distrajo como si hubiese oído algo que le hubiese asustado y me soltó por un breve instante. Aproveché aquel segundo de confusión para girarme y salir corriendo a toda velocidad. Tenía que evitar como fuese acabar en manos de aquel monstruo extraño.

El hombre blanco se lanzó en mi persecución. No lo veía, pero podía oír su respiración a escasos pasos de mí. Aunque pequeña, yo era muy ágil y estaba familiarizada con el terreno que pisaba. Por contra, sus zancadas eran más grandes y, si no lograba despistarlo, me acabaría atrapando tarde o temprano.

Hasta que mi nombre resonó en el aire y la situación dio un giro inesperado.

Era la voz de mi padre, que tras advertir mi larga ausencia había decidido salir a buscarme acompañado de otros familiares. Miré hacia atrás y solo vi árboles. En ese momento, era el hombre blanco quien huía de nosotros.

Cuando nos encontramos, abracé a mi padre y derramé abundantes lágrimas hasta que conseguí tranquilizarme. Tenía muchas cosas que contarle, empezando por confesarle que ya me había convertido en una mujer.

CAPÍTULO 3

El padre Julio Hurtado, misionero jesuita

Llevaba desde primera hora de la mañana ultimando los preparativos para emprender una nueva expedición evangelizadora. En nuestra región aún quedaban multitud de guaraníes que vivían en estado salvaje, hacia los cuales teníamos el deber sagrado de llevarles el mensaje de Jesucristo, pese a la dificultad de la tarea. Después de todo, aquel era el motivo principal por el que estábamos allí.

En ocasiones sucedía que grupos de indios paganos se acercaban por iniciativa propia a nuestra reducción, movidos por la curiosidad de saber por sí mismos lo que estaba ocurriendo allí. En tales casos, colmábamos a los visitantes de honores y regalos, hacíamos sonar la campana de la iglesia para impresionarlos, e incluso sacábamos en procesión alguna de nuestras imágenes. El porcentaje de conversiones en aquel contexto era extraordinariamente alto. Por desgracia, que los guaraníes salvajes acudiesen de forma voluntaria hasta aquí no era lo más habitual, lo que no nos dejaba otra alternativa que ir a buscarlos.

Por supuesto, yo no viajaría solo por los muchos riesgos que una expedición de aquellas características entrañaba. Me acompañarían varios guaraníes cristianos, jóvenes y fuertes, que también harían de porteadores. Cargábamos con abundantes provisiones, sobre todo de carne seca y sal, además de mantas y obsequios para los indios paganos.

—Padre Hurtado, ¿llevaremos también el altar? —me preguntó uno de los guaraníes.

—Desde luego, el altar portátil y todos los ornamentos sagrados.

También nos acompañaría un pequeño grupo de niños cantores, cuya participación en la expedición se antojaba fundamental.

Mientras repasaba que no nos olvidásemos de nada, vi que el padre Anselmo Claver se acercaba para despedirse.

A decir verdad, las dotes evangelizadoras de mi compañero eran bastante superiores a las mías, dado que yo no podía competir con su voz cautivadora y su natural don de gentes. Mi aspecto físico tampoco ayudaba, pues yo lucía cejas muy pobladas y una abundante barba que, de entrada, parecía impresionar a los indios, debido a su condición de lampiños de la que ellos gozaban por naturaleza. Aunque podría haberme deshecho de ella, lo cierto era que odiaba tener que afeitarme. Bastante trabajo me daba ya la dichosa tonsura de la cabeza. De cualquier manera, la cuestión radicaba en que al padre Claver ya comenzaba a pesarle la edad, y su forma física tampoco era la de antes. Yo, en cambio, a mis treinta y dos años podía afrontar con ciertas garantías las exigentes expediciones evangelizadoras.

—Buenos días, Julio. Veo que ya lo tienes todo listo —dijo el padre Claver al llegar a mi altura.

—Así es, partiremos ya mismo —repuse—. Quiero evitar que se nos haga demasiado tarde.

A continuación, me refirió un episodio que había tenido lugar aquella misma mañana, relativo al destrozo de unos cirios en la capilla. La noticia me indignó y abagué por imponer un castigo ejemplar. El padre Claver me aseguró que ya había puesto en manos de Miguel Yepuy el encargo de averiguar la identidad del responsable o responsables.

Después noté la preocupación en el rostro de mi compañero, aunque yo sabía que dejaba la

reducción en buenas manos.

—Lo harás bien, Anselmo —le animé.

—Eso espero. Y tú procura volver sano y salvo. No quiero que te expongas a peligros innecesarios.

—Haré lo que pueda —repliqué, sonriente.

Finalmente, el padre Claver me dio un fuerte abrazo para despedirse.

—Ve con Dios, Julio —me dijo antes de retomar sus tareas.

Por un instante me sentí terriblemente culpable, pues desde hacía una semana no estaba siendo del todo sincero con mi querido compañero, al que le estaba ocultando un secreto de increíble magnitud. El padre Claver no sabía nada acerca de los cofres que había enterrado recientemente en la parte más alejada de nuestro huerto. Y, muy a mi pesar, por el momento debía seguir así. Estaba seguro de que, si se enteraba, desaprobaba lo que había tramado.

Aunque Anselmo Claver y yo nos complementábamos muy bien, nuestra trayectoria había sido muy diferente.

Yo había nacido en España, en una familia pudiente que me garantizaba una vida acomodada. Debido a mi condición privilegiada, tuve una juventud intensa y tumultuosa, que consistió principalmente en emborracharme y apostar en sórdidos antros. Las juergas derivaron en trifulcas callejeras hasta que, en una de ellas, mi mejor amigo perdió la vida de un navajazo. Yo mismo estuve a punto de acabar como él, pero tuve la suerte de salir ileso del altercado. En todo caso, la traumática experiencia me cambió la mentalidad y comencé a prepararme para seguir los pasos de mi padre como exitoso comerciante. Aquello, sin embargo, no terminaba de llenarme. El giro definitivo en mi vida se produjo tras confesarme con un jesuita, que me propuso llevar a cabo un retiro meditativo para realizar los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, que me sacudieron como una revelación.

Mi vocación fue algo tardía, pero cuando me llegó no perdí el tiempo e ingresé en el colegio jesuita de Salamanca, que me transformó en el entregado misionero que soy ahora.

Cuando me cercioré de que todo estaba listo, inspiré hondo e indiqué a mis escoltas guaraníes que nos poníamos en marcha. Si todo iba bien, no tardaríamos en volver más allá de dos o tres semanas.

Aunque durante las primeras jornadas transitábamos por senderos conocidos, no por ello nuestro periplo por la selva resultaba menos dificultoso. La jungla tropical conjugaba exuberantes paisajes repletos de helechos gigantes, con ciénagas pestilentes que atraían a ruidosas nubes de insectos. A cada paso que dábamos, la vegetación se hacía más tupida y yo me sentía engullido por una suerte de maraña de lianas y bejucos que me envolvían en un abrazo traicionero. Había serpientes venenosas que reptaban silenciosas bajo una superficie de hojas y raíces que las hacían invisibles a mis ojos. Por las noches, los guaraníes que viajaban conmigo construían rudimentarios refugios con hojas de palmera. De vez en cuando cazaban también algún pájaro para comer, que cocinábamos en una cazuela. Así, las provisiones de carne salada con que contábamos nos durarían mucho más tiempo.

Los guaraníes estaban acostumbrados al inhóspito hábitat por el que discurríamos, pero a mí no me pasaba lo mismo y mi cuerpo era objeto de un insoportable suplicio: los tábanos y

mosquitos que se daban un festín a mi costa; parásitos que terminaban por anidar entre los dedos de mis pies, y multitud de laceraciones que adornaban mi piel, producto de las caídas y de las espinas de ciertos arbustos.

Cuando, por fin, alcanzamos una zona inexplorada, algunos de mis guaraníes partieron en misión exploratoria para localizar poblados de indios paganos. En el mejor de los casos, los indios habrán escuchado hablar de nosotros, los misioneros jesuitas, y sabrán que en nuestras reducciones estarán a salvo tanto de los encomenderos españoles como de los esclavistas portugueses. Y, en el peor, querrán matarme porque mi mensaje les parecerá una amenaza a la conservación de sus tradiciones. A lo largo de los años, no pocos jesuitas han perdido la vida a manos de indios salvajes de cuya ignorancia el demonio ha sabido aprovecharse.

Cuando volvieron los exploradores, me hablaron de un poblado cercano de aspecto inofensivo que podría servir a nuestros propósitos. Sin perder un segundo, nos dirigimos hacia allí con la esperanza de poder llevarles la doctrina del Señor. Sin embargo, cuando llegamos no encontramos a nadie, pues todos habían huido para esconderse en el monte. Entonces, al darme cuenta de que habían quemado sal en torno a sus casas, comprendí que nos eludían porque en algunos casos habían oído decir que los blancos éramos propagadores de enfermedades. Una actitud que no podía reprocharles, teniendo en cuenta las numerosas epidemias que los europeos habían provocado desde su llegada al continente.

Antes de marcharnos, les dejamos anzuelos y collares de cuentas colgados de un árbol a modo de regalo para que supiesen de nuestras buenas intenciones. De aquella manera plantábamos una semilla cuyo fruto podríamos cosechar más adelante.

Al día siguiente dimos con otro poblado, habitado por gente muy belicosa según me informaron mis exploradores. Pese a todo, me negué a pasar de largo y me empeñé en establecer con ellos algún tipo de contacto para comprobar hasta qué punto estarían dispuestos a escucharme. Aunque mi actitud resultaba algo temeraria, nada me importaba tanto como llevar la palabra de Dios hasta el último rincón de aquellas tierras olvidadas. En todo caso, solo me llevé conmigo a un reducido grupo de guaraníes, dejando al grueso de la expedición en un lugar seguro.

Enseguida nos dimos cuenta de que la tribu guaraní nos vigilaba desde hacía varios días, pues nos emboscaron en un claro antes incluso de tener el poblado a la vista. Un numeroso grupo de indios, pintados de arriba abajo, nos cortaron el paso y nos apuntaron con sus arcos y flechas. Instintivamente, los guaraníes que me acompañaban se pusieron en guardia y esgrimieron sus propias armas tradicionales, dispuestos a protegerme de un posible ataque. Yo, sin embargo, les pedí que bajasen las armas para aliviar la tensión y demostrar que veníamos en son de paz.

—¡No buscamos un enfrentamiento! —grité para hacerme oír con claridad, pues entre ambos grupos nos separaban como treinta metros de distancia—. ¡Solo pido que escuchéis lo que os he venido a decir!

—¡Alejaos de aquí! —replicó el cacique tras dar un paso al frente—. ¡No queremos saber nada de ningún extranjero!

Yo, por supuesto, no estaba dispuesto a rendirme tan fácilmente. Entonces les expliqué que venía a traerles la salvación eterna, y les hablé del único Dios todopoderoso, creador de todas las cosas del universo.

—¡Calla, extranjero! ¡No nos interesa nada de lo que dices!

Por experiencia, yo sabía que ante los indios el peor error que uno podía cometer era mostrar debilidad. Así que, lejos de arredrarme, reanudé mi discurso y señalé a los guaraníes que venían conmigo como ejemplo de buenos cristianos convertidos tras descubrir la verdadera fe. No tardé en advertir cierto interés entre los indios que nos apuntaban con sus flechas. Su jefe, sin embargo, se obstinaba en desdeñar mis palabras.

—¡Marchaos ya de una vez! —insistió.

Cuando encontraba mucha resistencia, como ocurría en aquel caso, solía recurrir a un enfoque distinto, más agresivo, que a veces daba buenos resultados. El padre Claver no era muy partidario de usarlo, pero él no estaba allí y me correspondía a mí tomar la decisión.

—¿Acaso no sabéis que, si rechazáis al Dios cristiano, acabaréis todos en el infierno?!

Me explayé y les hablé de los horrores del averno y de la condenación al fuego eterno de los pecadores. Pronto detecté cierto temor en los rostros de mis oyentes. Incluso el cacique de la tribu vaciló por primera vez, dando muestras de que quizá debería dejarme predicar mi mensaje. Sin embargo, cuando parecía que la situación se ponía a mi favor, un nuevo personaje irrumpió en escena y lo echó todo a perder. Por sus muchos adornos y las coloridas plumas que lucía, no me cupo duda alguna de que se traba del hechicero de la tribu.

—¡¡Mentiras y solo mentiras!! —exclamó fuera de sí—. ¡Este no dice más que falsedades para imponernos su infame doctrina contraria a nuestros ritos!

—¡Tú eres el que miente, instrumento del demonio! —rebatí, agitando los brazos.

Pero hasta ahí llegó el debate. El hechicero, que había logrado rápidamente anular el influjo de mi sermón, me señaló con el dedo y, lleno de rabia, vociferó:

—¡Matadle! ¡Matadle antes de que se atreva a decir una sola calumnia más!

En cuanto la primera flecha surcó el aire, grité a mis guaraníes que no respondiesen al ataque. No teníamos opciones y enzarzarnos en un enfrentamiento no habría traído nada bueno. Salimos disparados como alma que lleva el diablo, mientras una lluvia de proyectiles caía a nuestro alrededor. Por suerte, logramos escapar al amparo del frondoso bosque tropical, aunque no dejamos de correr hasta estar seguros de que no nos perseguía nadie.

Tras aquellos primeros y frustrantes días en los que por uno u otro motivo no obtuvimos resultados, estuve tentado de regresar a la reducción antes de lo previsto. Mis guaraníes estaban cansados y bajos de moral, y yo mismo me sentía indispuerto, temiendo incluso haber contraído la malaria. Si hubiese dependido del padre Anselmo Claver, me habría hecho volver para evitar males mayores. Sin embargo, yo no era tan prudente como él y, tras cerciorarme de no haber contraído la temida enfermedad, decidí seguir adelante con mi labor misionera. Era mi deber dar ejemplo a los indios cristianos y mostrarme seguro y confiado, con el único sostén de mi fe inquebrantable.

Por fin, un par de días más tarde, dimos con una tribu dispuesta a recibirnos de buen grado. El cacique había oído hablar de los hechiceros de piel blanca —así se nos conocía a los misioneros—, y sentía curiosidad por conocernos y saber de nuestro mensaje.

Acudimos a la aldea el grupo al completo, incluidos los niños cantores que había traído conmigo. Tras comprobar que no teníamos malas intenciones, los hombres que nos recibieron destensaron sus arcos y los bajaron en señal de amistad. Mi extraño aspecto asombraba a las

mujeres, mientras que a mí lo que me perturbaba de ellas era su completa ausencia de indumentaria. Me condujeron hasta la casa del cacique y, antes de entrar, indiqué a mis buenos guaraníes que se repartiesen por el poblado para ensalzar mi figura y proclamar las bondades del cristianismo.

Entré en la amplia choza, excesivamente sombría y llena de humo debido a la hoguera encendida en el centro. Lejos de reinar el silencio, había papagayos que graznaban como posesos y un mono que les aullaba en respuesta. El cacique me recibió tumbado en su hamaca, como si fuese un emperador romano embriagado de poder. Lo rodeaban sus varias mujeres y su hijo mayor.

—Bienvenido, su visita constituye un gran honor.

—Gracias por su invitación, el honor es todo mío.

Tras las formalidades de rigor, a las cuales los guaraníes eran muy aficionados, nos presentamos e iniciamos un diálogo cordial. El cacique, llamado Arapizandú, tenía la frente ancha y la nariz algo doblada debido a algún golpe. Su voz sonaba autoritaria, aunque no lo pretendiese, y su discurso era lúcido e inteligente. Enseguida me invitó a tomar *chicha*, a lo que accedí pese a lo poco que me gustaba aquella bebida. Rechazarla se habría interpretado como un desprecio intolerable y no deseaba provocar fricciones entre ambos.

Cuando le hablé a Arapizandú de la fe cristiana y de la salvación eterna, no se mostró muy interesado. En cambio, lo que él quería saber era si en la reducción estarían a salvo de los esclavistas portugueses, que ya gozaban de una temible fama y cuya presencia en la región comenzaba a resultar cada vez más frecuente.

En ese punto, el primogénito del cacique intervino por primera vez para afirmar que él estaba dispuesto a combatir a los portugueses, a los que decía no tener miedo alguno. Tabacambí, que así se llamaba, era un joven de cuerpo esbelto, más alto que el guaraní medio, que disfrutaba sobre todo guerreando con las tribus rivales. Su padre, que no era tan ingenuo, sabía muy bien que nada podrían hacer frente a los portugueses y lo mandó callar con gesto serio. Yo les aseguré que con los jesuitas estarían protegidos, pues nuestras reducciones se hallaban bajo soberanía española, dependientes del gran rey que se hallaba al otro lado del océano, que era el hombre más poderoso del mundo. Además, en los pueblos que habíamos fundado para ellos abundaba el alimento, a diferencia de lo que implicaba vivir en la selva, donde en ocasiones podía suponer un problema, pues la agricultura que practicaban era muy rudimentaria y ni siquiera tenían la costumbre de almacenar las cosechas.

Al cacique Arapizandú pareció gustarle lo que escuchaba y mandó traer una joven, que me ofreció como gesto hospitalario. Aunque aquel ofrecimiento significaba un gran honor, y desdeñarlo suponía un insulto imperdonable, lo rechacé con las palabras más amables que pude encontrar. No sé muy bien si lo entendió, pero le expliqué que por mi condición de sacerdote cristiano había hecho voto de castidad. Para calmar su enfado inicial, abrí mi equipaje y aproveché para darle en ese momento los numerosos obsequios que habíamos traído: anzuelos, sombreros y, sobre todo, cuchillos y hachas de hierro que para ellos tenían un valor extraordinario. Tampoco me olvidé de las mujeres, a las que regalé peines, alfileres, cintas de seda y bagatelas de cristal.

A petición mía, el cacique Arapizandú mandó reunir a toda su gente en la plaza del poblado, donde me encargaría de dar un elocuente discurso. Les conté que, pese a llevar una vida cómoda en mi lejano país, lo había dejado todo para estar allí y que había corrido un gran riesgo cruzando el gran océano, solo por vivir con ellos y darles a conocer la fe cristiana. Para enfatizar el

sermón, me golpeaba el pecho con dramatismo y abría mucho los ojos como si pudiese atravesar a los asistentes con la mirada. Les hablé de que Dios es amor y de que todos ellos podrían alcanzar la salvación de sus almas. Y, para apoyar mis palabras, me serví de un libro que recogía imágenes del cielo, de la Virgen y de los ángeles. Mientras yo estuve reunido con Arapizandú, los guaraníes cristianos que me acompañaban estuvieron predicando y mi discurso no les sonó tan extraño.

El punto culminante lo dejé para el final cuando cedí el protagonismo al coro de niños cantores para que entonasen con sus voces angelicales una melopea tradicional adaptada a la doctrina cristiana. Por experiencia, los misioneros jesuitas sabíamos lo mucho que la música impresionaba a los guaraníes, ante la que caían hechizados de la misma forma que los marinos ante los cantos de una sirena. Incluso Tabacambí, que a diferencia de su padre se había mostrado algo distante y desconfiado, también sucumbió al inmenso poder de la música.

Arapizandú nos invitó a pasar la noche en el poblado, donde llevaron a cabo una gran fiesta con motivo de mi presencia allí. La celebración sirvió para estrechar nuestros lazos y aclarar todas sus dudas. Al día siguiente, antes de marcharnos, el cacique me prometió que, en los próximos días, se trasladaría con toda su gente a la misión de San Francisco Javier.

CAPÍTULO 4

Víctor Jaramillo, el *bandeirante*

Una vez más, habíamos partido desde Sao Paulo para emprender una cacería de indios en el interior de la selva amazónica. Yo era, por tanto, lo que llamaban un *bandeirante* —término derivado de la palabra *bandeira*—, nombre que recibíamos porque quienes formábamos parte de aquellas expediciones militares nos agrupábamos en torno a una determinada bandera.

Lejos de tener un carácter oficial, las *bandeiras* se promovían por iniciativa privada, con un evidente fin lucrativo y depredador. Los grandes terratenientes y hacendados financiaban las costosas expediciones con el objetivo de abastecer el mercado de esclavos indios que los colonos portugueses demandaban, pues la mano de obra esclava para las minas y las plantaciones de caña de azúcar les proporcionaban ingentes beneficios. Pese al carácter ilegal de las *bandeiras*, el Gobierno portugués las toleraba porque se aprovechaban de las conquistas territoriales que realizábamos en detrimento del reino de España. Las imprecisas fronteras establecidas sobre el papel se confundían con facilidad en la inmensidad de la selva.

Las primeras incursiones que se realizaron en el siglo anterior no tuvieron por objeto la captura de indígenas, sino la búsqueda de metales preciosos en los vastos territorios de la jungla inexplorada. Se pretendía replicar el éxito de los conquistadores del Perú, en cuyas tierras habían hallado abundantes minas de oro y de plata. Sin embargo, tras múltiples expediciones se dieron cuenta de que allí no había nada de valor, lo que los llevó a orientar sus esfuerzos hacia otros intereses.

Mi llegada al Nuevo Mundo se produjo durante mis años de juventud, como parte del ejército español destinado en la gobernación del Paraguay.

En realidad, nunca tuve madera de soldado, pues la rigidez típica de las instituciones castrenses no casaba con mi personalidad. Durante mi adolescencia ya mostré claros signos de rebeldía, seguramente porque mi padre era un tirano hijo de puta que nunca me quiso. Finalmente, mi carácter problemático me llevó a meterme en líos con la justicia, lo que selló mi destino para siempre. Gracias a los contactos de mi familia, que por encima de todo buscaba evitar un escándalo que manchase su buen nombre, logré librarme por un pelo de la cárcel. No obstante, mi padre, harto ya definitivamente de mí, pensó que solo me haría entrar en vereda si me enrolaba en el ejército y me enviaba al otro lado del océano.

Al principio, la estrategia pareció funcionar y mi naturaleza indómita se apaciguó por un tiempo. No obstante, la solución no tuvo carácter permanente. Dos años después me expulsaron por insubordinación, tras repetidos desencuentros con mis superiores al mando. Fue así como me vi sin un futuro claro y sin nadie a quien recurrir para que me ayudase.

Por aquel tiempo, yo había escuchado hablar de una colonia portuguesa —Sao Paulo— que se había convertido en el refugio ideal de bandidos, desertores, piratas y toda suerte de aventureros sin oficio, que hacían fortuna con el floreciente negocio de la trata de indígenas. A diferencia de las demás colonias, Sao Paulo no se encontraba en el litoral, sino enclavada en el altiplano, lo cual la aislaba del comercio, circunstancia que había empujado a sus habitantes a hacer de la caza de indios su principal actividad económica, relegando la agricultura y la minería a un segundo plano. De modo que, dada mi situación, ¿qué mejor alternativa que esa? Sao Paulo se convirtió

en mi hogar y las *bandeiras* en mi forma de vida durante más de veinte años.

En aquel momento descendíamos por el río Uruguay, mientras contemplábamos la profusa vegetación de las riberas, de un verde jade salpicado de marrones oscuros, en torno a las que sobrevolaban bandadas de ruidosos papagayos de plumaje multicromático. Ecurridizas nutrias nadaban alrededor de la embarcación, mientras feroces caimanes acechaban en las orillas perfectamente camuflados.

La *bandeira*, que estaba formada por doscientos paulistas —como también se nos conocía a los *bandeirantes*—, la integraban principalmente portugueses y mestizos, junto a un puñado de españoles, holandeses e italianos. Aparte, más de mil indios tupíes, tradicionales enemigos de los guaraníes, siempre nos acompañaban sobre todo en calidad de porteadores.

Habíamos partido de Sao Paulo y realizado por tierra la primera parte del trayecto. La infraestructura de la expedición era imponente: caballos, recuas de mulas y carretas, víveres y provisiones, armas y pólvora, así como los grilletes y cadenas que necesitaríamos para los indios que capturásemos. Las *bandeiras* solían prolongarse a lo largo de varios meses.

Nos desplazábamos por el río a bordo de decenas de balsas y piraguas, que los tupíes hacían avanzar con la ayuda de remos, o de pértigas en algunos tramos.

Aspiré una bocanada de aire y la exhalé sintiéndome cansado. Realmente lo estaba. Tantos años dedicados a aquella vida pesaban ya demasiado. Aunque bien remunerada, se trataba de una actividad peligrosa en la que muchos perecían víctima de las enfermedades, de los indígenas hostiles, o de las penosas condiciones del viaje.

Yo mismo estuve a punto de no contarlo, tras sufrir el ataque de un jaguar en la primera *bandeira* en la que tomé parte. ¡Perra suerte la mía! Perdí una mano y el incidente pudo haberme costado mi carrera de *bandeirante* porque, en tales condiciones, no podía manejar un arma de fuego. Con todo, no me vine abajo y para salvar el puesto me reconvertí en explorador, trabajo que tradicionalmente desempeñaban los tupíes, y que consistía en buscar poblados de indios salvajes sobre los que caer por sorpresa. Al principio me costó adaptarme a aquella tarea, que requería un profundo conocimiento del medio, pero con el tiempo me convertí en un experto y me gané el respeto de mis compañeros. Yo era el único europeo que desempeñaba aquel rol.

Sin embargo, ya estaba harto de aquella vida. A los cuarenta y cinco años mi vitalidad ya no era la de antes. Deseaba retirarme y vivir del dinero que había ahorrado a lo largo de los años. Si todo iba bien, aquella sería mi última *bandeira*. Además, todos esperábamos sacar de aquella expedición un botín especialmente succulento. El comercio de esclavos africanos que los colonos portugueses adquirían para sus haciendas se encontraba paralizado, debido al bloqueo impuesto por la flota holandesa en las costas de Brasil. Por tanto, ante la demanda de esclavos no satisfecha, el precio que se pagaría por los indios que capturásemos sería bastante superior al habitual.

Pero había algo más, un “algo” que nadie más sabía. Un as en la manga que yo me guardaba y que, si se materializaba, podría llegar a hacerme inmensamente rico...

Tras abandonar la vía fluvial, la columna se adentró de nuevo en la espesura que nos envolvía con su abrazo claustrofóbico. Ascendíamos y descendíamos sierras escarpadas, pasábamos junto a espumosas cascadas que caían desde las alturas y transitábamos senderos que discurrían en los

márgenes de los ríos. Uno nunca se acostumbraba al calor húmedo que todo lo impregnaba, ni tampoco a los repentinos aguaceros que nos sorprendían por el camino. Los tupíes iban casi desnudos, pero nosotros llevábamos un jubón de cuero, botas altas, un medio capote y una especie de coraza acolchada de algodón que nos protegía de las flechas enemigas.

Nos desplazábamos siempre en dirección sudoeste, en busca de territorios vírgenes en los que llevar a cabo nuestras batidas de seres humanos.

Como cada día, al caer el sol nos detuvimos y levantamos algunas tiendas. Aquella noche recibí órdenes de hacer el turno de guardia. Como en el ejército, en las *bandeiras* también regía una jerarquía en cuya cúspide se hallaba el capitán. Sin embargo, el ambiente era muy distinto al que se respiraba en una organización militar. Una abierta camaradería, e incluso cierto grado de indisciplina, definían mucho mejor nuestra situación.

Durante la guardia no estaba solo, me acompañaba Alfonso Cardoso, a quien consideraba mi mejor amigo tanto dentro como fuera de la expedición. A pesar de ser bastante más joven que yo, me gustaba porque se trataba de un tipo sencillo y leal que me soportaba, pese a mis manías. Delgado, de mejillas escurridas y portugués de nacimiento, Alfonso destacaba por su diestro manejo del arcabuz.

Nos situamos en el límite sur del campamento, al amparo de una antorcha humeante. El cielo nocturno se extendía sobre nuestras cabezas como una aplastante losa.

—Cada vez llevo peor la ausencia de compañía femenina —comentó Alfonso, distraído.

—Pues ya deberías estar acostumbrado —repliqué.

—Lo sé, pero aun así no hay manera.

—De todas formas, muy pronto podrás disponer de cualquiera de las indias que capturemos.

Alfonso negó con la cabeza.

—Ya me conoces, Víctor. Si tengo que forzar a una mujer, entonces ya no disfruto.

—Por los cuernos de Belcebú, que me parta un rayo si te entiendo.

Se hizo un silencio que nunca era completo porque los sonidos de la selva no cesaban ni siquiera de noche.

—¿De verdad esta será tu última *bandeira*? —me preguntó Alfonso, al cabo de un rato.

—Ya te lo he dicho. Mi decisión está tomada y no pienso cambiar de opinión.

—Es que no me hago a la idea.

Aunque no tenía pensado revelarle mis planes, al final decidí hacerlo por la amistad que nos unía.

—Hay algo que no sabes —tercié—, pero tienes que jurarme que, si te lo cuento, no se lo dirás a nadie.

Alfonso arrugó la nariz y me miró con extrañeza. Obviamente, no tenía ni idea de a qué me refería.

—¿Me lo juras o no? —insistí.

—Sí, claro que sí.

Lo miré. Su aspecto era más que bueno, pese al lugar donde nos hallábamos, pues Alfonso procuraba mantenerse aseado. Yo, en cambio, me había dejado crecer las greñas, llevaba el cabello sucio y enmarañado y me afeitaba solo de vez en cuando.

—Esta expedición nos llevará más lejos que nunca, hasta el río Paraná y seguramente más allá, a la región donde los jesuitas han levantado sus reducciones para los indios —expliqué.

—Sí, lo sé.

—Y habrás oído hablar de lo que ocultan los jesuitas, ¿verdad?

—¿Te refieres a lo del oro?

El notable éxito económico de las reducciones guaraníes y su rápida expansión habían disparado los rumores, primero entre los habitantes de Asunción y toda la gobernación del Paraguay, después por la de Río de la Plata, hasta llegar incluso a Sao Paulo y el resto de las colonias portuguesas.

—Exacto —afirmé con rotundidad.

Alfonso me lanzó una mirada suspicaz.

—Pero ¿tú te crees esas patrañas, Víctor?

En lugar de contestar, me limité a desdoblar ante sus ojos un documento que portaba conmigo.

—¿Qué es eso? ¿Un mapa? —inquirió Alfonso, inclinándose sobre el papel.

A la luz de la antorcha se adivinaban una serie de trazos y líneas que pretendían señalar la ubicación de ríos, montañas y otros accidentes geográficos. El mapa venía acompañado por una ilustración que representaba un cofre repleto de lingotes de oro.

—Este mapa señala el lugar en el que los jesuitas ocultan su mina de oro.

—Pues yo apenas puedo sacar nada en claro —objetó mi amigo.

—Es cierto que, ante la ausencia de texto, su desciframiento es complicado. Pero llevo meses investigando y comparando este mapa con los oficiales de que actualmente disponemos. Lo que vemos aquí es la región comprendida entre los ríos Iguazú, Paraná y Tieté. Es decir, la región del Paraguay, o también llamada del Guairá. ¿Y ves este punto de aquí? Se supone que señala la mina de oro de la que todo el mundo habla. Y, aunque no sé hasta qué punto es exacta su localización, de lo que no cabe duda es de que se halla entre los ríos Paranapanema y Tibagí. Justo la zona donde los jesuitas han fundado varias de sus reducciones. Concretamente, las de Nuestra Señora de Loreto, San Ignacio, San Francisco Javier, Nuestra Señora de la Encarnación y San José.

Alfonso miraba alternativamente al mapa y después a mí, como si le costase trabajo creerse todo aquello.

—Pero ¿de dónde lo has sacado?

—¿Acaso importa? De alguien que lo perdió jugando a las cartas tras quedarse sin blanca. En todo caso, me fío de su procedencia.

—¿Y qué harás si encuentras la supuesta mina de oro?

—En tal caso, hablaré con el capitán y se la arrebataremos a los jesuitas. Puedes estar seguro de que, como su descubridor, me llevaré un buen pellizco.

Alfonso me miró con perplejidad. Aunque, por su expresión, no sabía si lo hacía con admiración o, si por el contrario, pensaba que me había vuelto loco.

Tras alcanzar el río Paraná, nos adentramos en territorio que inequívocamente pertenecía a la Corona española. Aunque las fronteras nunca habían significado mucho para nosotros, lo cierto era que jamás habíamos llegado tan lejos. De hecho, nos hallábamos en la zona elegida por los jesuitas para fundar sus misiones religiosas, que a todos los efectos eran pueblos sometidos a la jurisdicción del monarca español. Por tanto, nuestra presencia allí era totalmente contraria a las leyes. En todo caso, solo nos proponíamos capturar a los indios salvajes, los guaraníes

cristianizados de las reducciones no entraban en modo alguno en nuestros planes.

El capitán mandó levantar un campamento permanente en el margen izquierdo del río Tibagí. Para ello, desbrozamos parte de la selva, tálamos árboles y construimos una especie de fortaleza de madera, desde la cual partirían las incursiones que llevásemos a cabo. En ese punto, los exploradores entrábamos en juego para localizar a los indígenas que hubiese en la región, a los que debíamos hacer prisioneros. Sin embargo, esta vez mi objetivo sería muy diferente. Siguiendo las indicaciones del mapa, buscaría la codiciada mina de oro que, presuntamente, los misioneros ocultaban. Y, solo si por casualidad me topaba con algún poblado, daría cuenta de su emplazamiento.

Cada día exploraba un área distinta y, luego, regresaba para pasar la noche en el campamento. No obstante, pronto necesitaría cubrir distancias más largas y me vería obligado a pernoctar a cielo abierto. Hasta el momento no había encontrado el menor indicio del supuesto tesoro, pero mis esperanzas continuaban intactas. Las referencias del mapa eran poco claras y el área de búsqueda comprendía una zona muy amplia.

La mañana del cuarto día me llevé una sorpresa inesperada. Entre los múltiples sonidos que me rodeaban, distinguí con claridad sollozos que parecían de origen humano. Atravesé una cortina de helechos siguiendo el misterioso llanto y comprobé que no me equivocaba. Una niña lloraba junto a un riachuelo de agua clara.

Me extrañó que estuviese sola. En todo caso, su presencia allí me sugería que su poblado no debería estar lejos. Y para dar con el sitio exacto me bastaría con seguirla.

Cuando dejó de llorar y se apartó las manos de la cara, tuve una mejor visión de ella y le calculé unos diez años. Fue entonces cuando advertí un detalle que captó mi atención de inmediato. Llevaba un collar que parecía estar hecho de cuentas de oro.

A la distancia a la que me encontraba no podía estar seguro. Y, aunque no quería revelar mi presencia, no me quedaba otra opción para comprobarlo. Me abrí paso entre la vegetación como un titán emergiendo del océano. Mi mayor temor era que la niña saliese corriendo a toda velocidad, pero ocurrió todo lo contrario. Se quedó petrificada y me miró con los ojos de par en par. Su expresión era de puro pavor. Con casi toda probabilidad, era la primera vez que veía a un hombre blanco.

Me acerqué lentamente, haciendo gestos para calmarla. A tan solo dos pasos de ella ya pude constatar que el collar era de oro puro. Sentí un escalofrío de emoción. Si los guaraníes de la zona poseían el preciado metal, eso solo podía significar que mi mapa estaba en lo cierto. Aquel constituía el primer indicio real de que mi búsqueda no era solo una quimera.

Instintivamente, estiré el brazo para hacerme con el collar y palpar el oro entre mis dedos. Mi gesto, sin embargo, provocó que la aterrorizada niña retrocediese. Y, para evitar que escapase, la sujeté por la muñeca. En ese momento me di cuenta de que tendría que deshacerme de ella. De lo contrario, advertiría a los suyos de mi presencia en las inmediaciones.

En ese instante, el rugido de un jaguar llegó hasta mis oídos. Aunque sonaba lejano, eso daba lo mismo. Desde que perdí la mano, aquellos felinos me causaban un miedo visceral que me perseguía hasta el presente.

Tras mirar a izquierda y derecha, me llevé mi única mano al espadón en un gesto automático. La niña aprovechó mi momento de vacilación para huir en la dirección opuesta. Maldije entre dientes y emprendí la carrera tras ella. Aunque me llevaba cierta ventaja, la acabaría atrapando porque yo era más rápido.

Hasta que el sonido de varias voces me hizo detenerme en seco.

Enseguida me di cuenta de que llamaban a la niña porque la estaban buscando. Ellos eran varios y yo estaba solo. Si los guaraníes me descubrían, no tendría la menor oportunidad de defenderme. Lo cual solo me dejaba una salida. Darle la vuelta y huir antes de que me viesen.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 5

Anselmo Claver

El regreso del padre Hurtado me produjo un inmenso regocijo.

Durante su ausencia, me había quedado solo al frente de la reducción y estaba agotado por la inmensa carga de trabajo que había tenido que asumir. Las tareas eran tantas y tan absorbentes, que rara fue la noche que pude dormir durante más de tres horas seguidas. Pero, sobre todo, sentí un gran alivio tras comprobar que había regresado de una sola pieza. Julio me confesó que había corrido muchos peligros y que, si había salvado el pellejo, solo podía haber sido por la intervención del Altísimo. Entre otras vicisitudes, poco faltó para que lo acribillasen a flechazos.

En todo caso, su expedición evangelizadora se había saldado con un éxito notable. Además de haber plantado algunas semillas, había logrado traer a la reducción a un clan de guaraníes paganos, dispuesto a abrazar el cristianismo.

Tras finalizar mis oraciones, me pertreché una mañana más de mi precario botiquín para llevar a cabo mi habitual ronda con los enfermos. El trasiego de la plaza indicaba que el pueblo ya se había desperezado. Los habitantes de San Francisco Javier iban y venían de un lado a otro entregados a sus obligaciones y quehaceres.

—Padre Claver, ha llegado un visitante —me dijo un guaraní que solía llevar a cabo tareas de vigilancia en la entrada.

Por influencia jesuita, la legislación colonial no permitía a los viajeros y comerciantes permanecer en las reducciones durante más de tres días. El comportamiento de los españoles dejaba mucho que desear: solían hostigar a las mujeres, se emborrachaban y causaban altercados, dando en general un pésimo ejemplo como cristianos. Y, por si no fuese suficiente, podían traer enfermedades con ellos sin saberlo. Por todo ello, cada vez que alguien ajeno a la misión llegaba de visita, Julio o yo debíamos encargarnos personalmente de recibirlo y advertirle de las limitaciones que la ley establecía.

En esta ocasión se trataba de un viejo conocido: Nicolás del Castillo, un comerciante español de Asunción que, cada cierto tiempo, recorría la ruta de las reducciones establecidas en la región.

Al efusivo encuentro le siguió una breve conversación. Nicolás y los guaraníes cristianizados que trabajaban para él habían realizado la primera parte del trayecto en balsa, y después en carretas tiradas por asnos a través de la red de caminos que los jesuitas habíamos trazado para comunicar las diferentes misiones. Los mercaderes nos abastecían de los productos que nosotros no podíamos elaborar, pero que necesitábamos en nuestra vida diaria, como el aceite, la sal o el vino para la misa. Del mismo modo, nosotros vendíamos ciertos productos que nos permitían hacer frente a las adquisiciones y pagar el correspondiente tributo a la Corona. Principalmente, exportábamos tejidos de algodón, pieles y cueros, y también azúcar y tabaco. Con todo, lo que más beneficio nos reportaba era la hierba mate. Esta planta, propia de aquellas tierras, ya la bebían los guaraníes a modo de infusión fría desde tiempos primitivos. Lo llamativo fue la gran aceptación que tuvo entre los españoles y criollos de las ciudades coloniales, que adoptaron la costumbre de tomarla con agua caliente. Su demanda no paraba de crecer y cada vez se pagaban precios más elevados.

Acompañé a Nicolás hasta el *tambo*, un recinto especial alejado de las casas de los indios,

donde los comerciantes podían almacenar su mercancía y exhibirla también durante su estancia. Los comerciantes podían mercadear directamente con los guaraníes, pero solo mediante el trueque. La moneda no existía en nuestros pueblos. Y había que tener cuidado porque los indios solían ser demasiado ingenuos y muchas veces se dejaban engañar por los avispados mercaderes. Sin embargo, Nicolás del Castillo era de fiar porque ya habíamos tratado con él muchas veces en el pasado.

Tras despedirme de él, no tardé en cruzarme con Felipe Tayaobá, que se dirigía hacia el *tambo* cargado de bienes propios con los que pretendía llevar a cabo algún intercambio. El alcalde era muy goloso y estaba seguro de que querría hacerse con grandes provisiones de miel.

Sonreí divertido y retomé el orden de mis actividades.

Tras ver a los enfermos y reconfortarles con mis cuidados, me reuní en la iglesia con Miguel Yepui para que me informase de las últimas novedades. El sacristán ya me había avisado de que había descubierto algo de sumo interés.

—Se trata de Arambayu —me dijo el muchacho en tono confidencial.

Chasquéé la lengua en señal de fastidio. Aunque ya llevaba más de dos años en la reducción, Arambayu Taparay se resistía a convertirse al cristianismo, pese a nuestros esfuerzos para conseguirlo. Aunque habitualmente solía acudir a los actos litúrgicos y actuaba como si se hubiese adaptado a la vida civilizada, en el fondo continuaba aferrado a sus creencias paganas y no soportaba la menor ofensa contra sus valores tradicionales, causándonos todo tipo de problemas cada vez que se le presentaba la ocasión.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Me consta que, por la noche, a escondidas, recibe en su casa a todo aquel que busque una solución alternativa a sus males físicos.

La razón de su tenaz obstinación radicaba precisamente en que Arambayu era un antiguo hechicero.

Los chamanes, brujos, hechiceros o como queramos llamarlos fueron desde el principio nuestros enemigos más acérrimos. Para ellos, aceptarnos como sus nuevos guías espirituales implicaba renegar de sí mismos y perder la enorme autoridad de la que hasta entonces habían gozado entre los suyos. Poco después de su llegada, junto al clan del que formaba parte, Arambayu me había robado una de mis prendas para realizar con ella un maleficio que tenía como fin aniquilarme. Por supuesto, sus ridículas supercherías no sirvieron de nada, y todo cuanto consiguió fue sentirse un poco más frustrado.

—¿Y son muchos los que van a verle? —pregunté.

Pese a las enseñanzas que les inculcábamos, Arambayu no era el único guaraní que se resistía a abandonar por completo los ritos y usos del pasado. El dichoso hechicero no se había bautizado por temor a perder su poder sobrenatural, y del mismo modo instigaba a los demás a evitar el sagrado sacramento.

—Algunos, sobre todo los que menos tiempo llevan aquí.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—No ha sido difícil —repuso Miguel—. Durante sus sesiones suele dar grandes gritos que llamarían la atención de cualquiera.

—Ya veo.

Reflexioné durante unos instantes. Con personajes como Arambayu había que actuar con cautela, pues si se les presionaba demasiado podrían llamar incluso a la rebelión. En el pasado ya habíamos visto casos en los que grupos enteros de guaraníes abandonaban la reducción

embaucados por un hechicero. Así pues, no quise tomar una decisión sin hablar antes con el padre Hurtado.

—¿Y qué hay del asunto de los cirios? —pregunté—. ¿Todavía nada?

Aquel misterio ya se estaba alargando demasiado. Desde la primera vez que ocurrió, el incidente se había repetido tres veces más. Cada cierto tiempo, los cirios de la capilla aparecían destrozados sin que, hasta el momento, hubiese trascendido la identidad del responsable. Aleatoriamente, Miguel y yo habíamos hecho guardia algunas noches en la iglesia para sorprender al culpable, pero en aquellas ocasiones no había aparecido.

—Lo siento, padre Claver. Ni yo ni mis informantes hemos podido averiguar nada.

Por supuesto, Arambayu Taparay era uno de nuestros principales sospechosos, pero Miguel lo tenía vigilado y no había podido probar su implicación en los hechos.

—Está bien, no te preocupes. Estoy seguro de que el responsable cometerá un error tarde o temprano —concluí—. Ahora necesito que elijas a un buen chico y lo formes como monaguillo. Y continúa preparándote muy bien la catequesis, dentro de poco comenzarás a sustituirme en algunas de las clases. Me siento muy orgulloso de tus progresos y tengo una gran confianza en ti.

Con eso me despedí de Miguel y salí de la iglesia. El padre Julio Hurtado me aguardaba en la plaza y alzó la mano para llamarme. Varios guaraníes habían cometido una infracción y me necesitaba para administrar justicia e imponer la sanción establecida. Las penas más habituales solían ser el látigo o el calabozo. Y, si el delito era muy grave, como por ejemplo el asesinato, se optaba por la cadena perpetua. Para mi satisfacción, los jesuitas habíamos abolido la pena de muerte en los pueblos sobre los que gobernábamos, a diferencia de lo que ocurría en cualquier otro territorio del resto del mundo. Nada me parecía más horrible que quitarle la vida a otro ser humano.

El caso, que versaba acerca de una vaca, era muy claro y lo juzgamos con bastante rapidez.

A pesar de los reveses que recibíamos de vez en cuando, o de la oposición con que nos encontrábamos por parte de figuras como Arambayu Taparay, en la reducción se producían también hechos de naturaleza milagrosa que contribuían a reforzar la fe de los indios en la doctrina cristiana.

Unos días más tarde, sin ir más lejos, un niño que estaba muy enfermo, y por el que ya no se podía hacer nada, se recuperó de la noche a la mañana después de que su madre hubiese rezado una plegaria ante las reliquias de san Bonifacio y le hubiese encendido una vela. Por supuesto, aquello se trataba de un milagro en toda regla, que como no podía ser de otra manera atribuimos a la misericordia del santo.

Desde nuestra llegada a aquellas tierras, los misioneros jesuitas nos habíamos dado cuenta de que los guaraníes estaban de algún modo predispuestos al cristianismo, circunstancia a la que habíamos sabido sacarle cierto partido. Esto se debía a que, pese a las diferencias obvias, el culto guaraní también guardaba con la religión católica ciertas similitudes. Si bien ellos creían en un amplio panteón de divinidades menores, también reconocían la existencia de un Dios supremo que lo gobernaba todo, creador del universo y de todas las cosas. Igualmente, creían en la inmortalidad del alma y, dentro de los múltiples espíritus malignos por los que decían ser acosados en la vida diaria, había uno en particular que resultaba el más temido porque solía

interponerse en su camino hacia el más allá, al que rápidamente asemejamos con el Satanás de nuestro credo.

Entre los guaraníes corría también la leyenda de que, mucho antes de la llegada de los españoles, anduvo por América un hombre blanco, extremadamente sabio, que les enseñó a cultivar la mandioca y les conminó a no luchar entre ellos. Pues bien, dicho enviado, que finalmente regresó al mar tras cumplir su misión, era conocido por el nombre de Zumé, que nosotros identificamos con Tomé, es decir, el apóstol Tomás, que, apelando a cierta ayuda sobrenatural, bien pudo haber predicado en aquellas tierras.

Como acto de gratitud por el milagro acontecido, brindamos a Dios la celebración de una gran misa multitudinaria, en la que hice uso de mi casulla más colorida y los ornamentos litúrgicos más fastuosos, dispuse cientos de velas encendidas que iluminaban las imágenes de los santos y la Virgen María, e hice acompañar el acto de la cautivadora música y los cánticos de nuestro espléndido coro.

Los guaraníes sentían fascinación por la parafernalia y la magnificencia del culto católico, de modo que durante las fiestas sagradas no reparábamos en gastos para complacerlos. Más que mediante el razonamiento, la forma de llegar a sus corazones y convertirlos al cristianismo solía ser a través de los sentidos.

Debido a la gran carga de trabajo que nos daba la reducción, que no había dejado de crecer durante los últimos años, habíamos solicitado al colegio de la Compañía de Jesús que nos enviase a un hermano coadjutor para que nos echase una mano. Los hermanos coadjutores eran los miembros de la orden que no ostentaban la condición de sacerdote, pero que resultaban muy útiles a la hora de aportar sus conocimientos y experiencia en toda suerte de artes y oficios.

Aunque lo más lógico hubiese sido enviarnos a un hermano del colegio de Asunción, la Compañía nos lo envió del de Buenos Aires, pese a que esta última ciudad se hallaba mucho más lejos. La cuestión era que el padre Hurtado había pedido a un candidato en particular, del que hablaba maravillas y que según decía gozaba de un talento especial que no quiso revelarme. Yo no quería esperar tanto porque ya estábamos desbordados, pero insistió tanto que acabé cediendo a sus deseos. La espera, me aseguró, acabaría mereciendo la pena.

La mañana de su llegada, el sol brillaba con más intensidad de la habitual, como si Dios mismo se hubiese propuesto iluminarle el camino. Diego Martínez, que así era como se llamaba el hermano coadjutor, había remontado el río Uruguay desde Buenos Aires completando un trayecto que le había llevado cerca de un mes.

Su llegada significó tanto para nosotros, que lo recibimos con lágrimas en los ojos. Por desgracia, la alegría inicial no tardó en desvanecerse. Diego nos contó las dificultades que había padecido durante la travesía, hasta el punto de haber sido atacado por los indios charrúas al pasar junto a una ribera. Él había salido ileso, pero uno de los guaraníes que lo acompañaba había muerto atravesado por una flecha.

—Lo siento —dijo Julio.

—Dios lo tenga en su gloria —añadí, apesadumbrado.

Me comprometí a oficiar una misa en su memoria y conduje a Diego al interior de la misión. En la plaza le aguardaba el alcalde y los demás miembros del cabildo, pulcramente ataviados y

aferrados a sus bastones de mando. Felipe Tayaobá pronunció un sentido discurso de bienvenida en nombre de los suyos. El hermano coadjutor aún no dominaba bien la lengua guaraní, pero estando allí la aprendería con rapidez. Arrastradas por la curiosidad, las mujeres también salieron de sus casas para echarle un primer vistazo al nuevo misionero. De treinta y pocos años, Diego era un hombre robusto, de mandíbula cuadrada y ojos verdes, de mirada reconfortante.

Tras la ronda de presentaciones de los cargos oficiales, llevamos a Diego a dar una vuelta en torno a nuestra querida reducción de San Francisco Javier, en la que tanto habíamos trabajado y tantas ilusiones habíamos puesto, para que se hiciese una primera composición del lugar. Desde la iglesia que dominaba la plaza central, flanqueada por las casas de los guaraníes dispuestas en manzanas de calles rectas y paralelas, pasando por nuestro huerto y llegando hasta el modesto cementerio. Al día siguiente, el padre Hurtado le mostraría los campos de cultivo y los prados donde se criaba el ganado.

Tras la larga jornada, condujimos al hermano coadjutor a la casa parroquial para que pudiese acomodarse. Salvo por un escritorio que usábamos para redactar las cartas mediante las que informábamos a los superiores de la orden, nuestros aposentos no podían ser más parcós en mobiliario. Provisionamos una cama más y aprovechamos de la mejor manera posible el escaso espacio de la estancia.

—Échate un rato, Diego —dije—. Te mereces un descanso.

—Gracias, padre Claver —repuso.

—Lámame Anselmo, por favor. Entre nosotros sobran las formalidades.

El padre Hurtado intervino al hilo de la conversación.

—Y a mí, desde luego, puedes llamarme Julio —apuntó.

—Así lo haré. Gracias a los dos.

Antes de que abandonásemos la habitación, Diego reclamó nuestra atención con un gesto de la mano.

—Aguardad un momento, por favor. Traigo noticias importantes que debo comunicaros. No he querido hacerlo antes hasta encontrar un momento de tranquilidad.

—¿Noticias? —inquirí—. ¿De quién?

—Del padre provincial.

Julio y yo fruncimos el ceño a la vez. El padre provincial era el máximo mandatario de la Compañía de Jesús en la región.

—Adelante, Diego. Habla.

—Seguramente, ya sabréis que desde hace tiempo corren habladurías que atribuyen la prosperidad de las reducciones a la existencia de una mina de oro oculta en las proximidades.

—Pero ¿a quién se le ha ocurrido semejante disparate? —pregunté, tomándomelo a chanza.

—El rumor ha llegado tan lejos, que incluso las autoridades más ilustres han comenzado a darle cierto pábulo.

—¿Qué autoridades? —intervino el padre Hurtado.

—Tanto el gobernador del Paraguay, como el alcalde de Asunción.

Me llevé las manos a la cabeza. El tema había pasado de resultarme divertido a causarme indignación.

—¡Todo este asunto es ridículo! —exclamé—. ¡Fantasías sin base alguna, detrás de las cuales, seguro que están los malditos encomenderos españoles para quienes nos hemos convertido en sus peores enemigos!

—Incluso el obispo desconfía de nosotros —apuntó el hermano coadjutor.

Eso no me sorprendió lo más mínimo, pues desde que la Compañía de Jesús se estableciese en tierras americanas, las disputas con ciertos representantes del clero católico no habían cesado. ¡Qué tristeza más grande! Mientras nosotros nos dejábamos la piel para cristianizar a los indios salvajes, nuestros dirigentes se perdían en vacuas luchas de poder que nada tenían que ver con lo que verdaderamente importaba.

—Pues que piensen lo que quieran —concluí—. Dios conoce la verdad y eso es todo cuanto importa.

—Bueno, esa es la cuestión —señaló Diego—. Que ya no se trata solo de lo que piensen. El padre provincial tiene constancia de que el gobernador planea llevar a cabo una visita de inspección, con una escolta de soldados, para comprobar de primera mano si hay algo de cierto en esos rumores.

—Pues que vengan y que busquen cuanto quieran —afirmé con rotundidad—. Aquí les estaremos esperando. No tenemos nada que ocultar.

Cuando miré al padre Hurtado, sin embargo, me di cuenta de que se había puesto pálido.

—¿Estás bien, Julio?

—Sí, sí. Por supuesto —se apresuró a contestar—. Estaba pensando que, independientemente de las razones de su visita, a una autoridad tan destacada deberíamos brindarle un recibimiento por todo lo alto. Ya sabes, engalanar las calles y sacar a la plaza las estatuas de los santos.

—Todo eso lo haremos, desde luego. —Y, dirigiéndome a Diego, le pregunté—: ¿Cuándo tienen pensado venir?

—En el momento de mi partida la fecha aún no estaba clara. De cualquier manera, el gobernador no tiene intención de presentarse por sorpresa, y antes avisará de su llegada. El padre provincial me pidió que os pusiese sobre aviso y eso es lo que hecho.

—Gracias por advertirnos, Diego. Y perdona que, por un instante, me haya soliviantado —me excusé—. Ahora descansa un poco, que lo necesitas. Julio y yo te damos la bienvenida a la que ya es también tu casa. A nosotros dos puedes considerarnos como a tus hermanos y, a los guaraníes, dispénsales el mismo cariño que le darías a tus propios hijos.

Durante los siguientes días, el hermano coadjutor se fue adaptando a la vida en la misión a pasos agigantados.

Enseguida asumió la realización de ciertas tareas, liberándonos a Julio y a mí de una significativa carga de trabajo para la que ya no dábamos abasto. A Diego Martínez se le daban bien tanto los quehaceres puramente físicos, como los de naturaleza más intelectual. Lo mismo reparaba una cerca que servía para dar una clase de lectura. No cabía duda alguna de que por sus venas corría el espíritu jesuita.

Pero la gran sorpresa se produjo cuando se cumplió el primer domingo desde su llegada. Después de la misa del mediodía, en un momento de asueto en el que los guaraníes disfrutaban del descanso y de la compañía de sus familias, Diego Martínez fue a buscar algo que todavía no había sacado del fondo de su equipaje.

Apareció con un estuche del que sacó un elegante violín y se puso a tocar en medio de la plaza. Los guaraníes estaban acostumbrados a las flautas y los tamboriles, pero no a aquel delicado instrumento de cuerda del que brotaba un sonido tan melodioso como exquisito. La

música les suscitaba tal pasión que sintieron su embrujo desde que las primeras notas llenaron el aire. Diego, lejos de ser un aficionado, tocaba el violín con la destreza de un profesional.

La plaza se fue llenando para asistir al espectáculo improvisado. Los guaraníes acudían en riadas como las polillas a la luz, sin distinción alguna entre veteranos y recién llegados. Tanto el cacique Arapizandú como su hijo Tabacambí, que llevaban muy poco tiempo en la reducción, se hallaban entre la multitud. ¡Incluso Arambayu Taparay, el antiguo hechicero que tantos problemas nos estaba causando, asistió extasiado al concierto musical!

El padre Julio Hurtado se situó a mi lado y exhibió una amplia sonrisa de complicidad.

—Ahora entiendo por qué te empeñaste tanto en que nos enviasen a Diego Martínez como hermano coadjutor —señalé—. Este era el talento tan especial que poseía, ¿verdad?

CAPÍTULO 6

Iracema

Cuando le conté a mi padre que me topé con un hombre blanco, no se sorprendió.

Él ya sabía que los extranjeros deambulaban por la región, tras descubrir que se habían instalado en la ribera del río. Lo que no se esperaba era que se acercasen tanto a nuestra posición. Mi testimonio, por tanto, dio lugar a un debate entre los notables de la aldea. Algunos defendían que debíamos escondernos en la montaña por un tiempo hasta que los hombres blancos se hubiesen marchado. Sin embargo, la mayoría decía no tener miedo a enfrentarse a ellos. El peso de nuestra larga tradición guerrera era muy grande.

Mientras tanto, mi vida cambió por completo. Aunque la primera sangre que derramé certificaba que ya no era una niña, en mi interior yo seguía siendo la misma de siempre. Me apetecía seguir riendo y jugando con mis amigas, sin tener que preocuparme por los asuntos de los adultos. No obstante, el futuro que me esperaba era bien distinto.

Me sometí a los rituales de iniciación sin rechistar lo más mínimo. Me sentí muy sola, pero supuse que tal cosa formaba parte del proceso. Y las pruebas, al menos, tampoco fueron tan duras como había oído decir. Solo cuando me raparon la cabeza lloré a lágrima viva, mientras veía caer mi hermosa melena en torno a mis pies.

No mucho tiempo después, nuestros guerreros llegaron victoriosos tras haberse enfrentado a los indios caiguas. Para luchar sobaban los motivos: vengar una afrenta previa, arrebatar un territorio o, como en este último caso, honrar la rivalidad que manteníamos con aquella tribu desde tiempos muy antiguos.

Los nuestros trajeron consigo a un prisionero. Pero lejos de hacerle daño, le proporcionaron un trato hospitalario y respetuoso. Ahora que, por fin, tenía edad para comenzar a entender ciertas cosas, mi padre me explicó que un prisionero debía gozar de la consideración que se merece todo guerrero valeroso. La guerra se regía por leyes tradicionales en las que el honor lo era todo.

El prisionero convivió con nosotros por espacio de una semana y, pese a gozar de total libertad, no intentó escaparse en ningún momento. Por fin, cuando llegó el día señalado, lo ataron y lo pasearon triunfalmente antes de proceder a su ejecución. El prisionero, orgulloso del destino que le aguardaba, no opuso resistencia. Todo cuanto hizo fue repetirnos que pronto sentiríamos la venganza de los suyos.

Cuando llegaron al lugar señalado, nuestro verdugo le propinó al prisionero un fuerte golpe en la cabeza con una maza de piedra. La muerte se produjo de forma rápida y contundente.

Una plañidera lloró durante un momento ante el cadáver y, a continuación, otras mujeres se acercaron y comenzaron a descuartizarlo. Lavaron las piezas y las vísceras, y las asaron con mucho cuidado. Y, en una gran fiesta, todos comimos la carne del prisionero caigua, siendo la primera vez que me permitían participar en aquel ritual. De ese modo, me explicó mi padre, absorbíamos su energía vital y nos volvíamos más fuertes.

El guerrero que había capturado al prisionero descarnó su cabeza, la resecó y, finalmente, la

clavó en una estaca que plantó frente a su casa como recuerdo.

Me despertaron unos espantosos alaridos.

El caos se había desatado en la casa comunal que habitaba. Nunca había visto a mis familiares tan asustados. Me incorporé y fui directamente a la salida para saber lo que pasaba. Aunque un tenue fulgor comenzaba a abrirse paso en el cielo nocturno, todavía no había amanecido.

Tras echar un vistazo, enseguida comprendí el porqué del pánico generalizado que se había apoderado de la aldea. Había hombres blancos por todas partes, ataviados con las mismas extrañas prendas que llevaba el siniestro extranjero que había intentado atraparme junto al riachuelo.

Los atacantes vociferaban consignas incomprensibles y gesticulaban de forma grandilocuente. Ya habían capturado a varias mujeres, que estaban atadas de pies y manos como si fuesen pecaríes. El ataque había sido tan inesperado que a nuestros guerreros aún no les había dado tiempo a reaccionar. Los extranjeros nos habían sorprendido durmiendo a pierna suelta tras la fiesta de la noche anterior que se había prolongado hasta la madrugada.

Por fin, algunos de nuestros guerreros echaron mano de sus armas para repeler el ataque. Con los ánimos encendidos, se lanzaron a repartir golpes que nuestros enemigos contenían a duras penas. Resultaba evidente que pretendían capturarlos como ya habían hecho con algunas mujeres. La lucha era desigual porque los nuestros peleaban desnudos, mientras que los extranjeros se cubrían con duras protecciones. Hasta que, de repente, uno de los hombres blancos recibió un mazazo en la cabeza y cayó al suelo fulminado.

Entonces sucedió algo que me produjo un terror indescriptible.

Durante un instante, un fogonazo iluminó la oscuridad, acompañado por un ensordecedor sonido parecido al de un trueno. Y, a continuación, uno de nuestros guerreros se derrumbó sin que lo hubiese tocado nadie, saliéndole abundante sangre del pecho. Para mi espanto, los peores rumores acerca del extraordinario poder de los extranjeros resultaron ser completamente ciertos.

Tras aquellas dos primeras muertes, una por cada bando, se desencadenó una feroz batalla en la que nuestros guerreros lucharían hasta su último aliento. Morir en la batalla con honor era preferible a dejar hacerse prisioneros.

No me dio tiempo a ver más porque, de repente, sentí que alguien me alzaba en el aire y salía corriendo conmigo en los brazos. Era mi padre, que se había propuesto salvarme antes de que fuese demasiado tarde.

—Voy a sacarte de aquí —me aseguró.

Nos habían rodeado y, para lograr escapar, mi padre se lanzó sobre uno de los hombres blancos y lo apartó de un brutal codazo que le impactó en plena cara. Después se internó en la selva a toda velocidad, sin permitirse volver la vista atrás ni una sola vez.

Tras alejarse lo suficiente del poblado, me depositó de nuevo en el suelo con sumo cuidado. Se arrodilló ante mí y posó sus manos sobre mis hombros.

—Iracema, vete ahora mismo hacia la montaña y escóndete allí. Y no vuelvas hasta la tarde, cuando estés segura de que todo ha pasado.

—¿Y tú no vienes conmigo? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—No, mi deber es estar junto a los míos.

—Pero tú no eres un guerrero.

—Es cierto, pero mi presencia es importante para infundirles valor. Los extranjeros son peor aún de lo que pensaba. Ignoran el código de honor y no respetan las reglas tradicionales de la guerra.

Y, dicho esto, se marchó corriendo porque no podía permitirse el lujo de perder allí más tiempo.

Mi primer impulso fue el de seguirle, pero me contuve enseguida. Debía obedecer a mi padre y ponerme a salvo cuanto antes. Así que eché a trotar entre la espesura, guiándome por el velo de claridad que anunciaba el amanecer.

Ascendí cuanto pude hasta alcanzar una ladera donde había varias cuevas pequeñas ocultas entre la maleza. Conocía su ubicación porque no era la primera vez que visitaba aquel rincón de nuestro reducido universo. Me refugié en una de ellas y, como un animal herido, permanecí allí acurrucada en completo silencio.

No me moví ni siquiera para buscar alimento. Comer en semejantes circunstancias era lo último que se me pasaba por la cabeza. Las piernas me temblaban y sentía una fuerte angustia en el pecho. La nariz se me llenó de mocos y de tanto llorar se me hincharon los ojos. Me costaba pensar con claridad. ¿Cómo habría transcurrido la batalla que se había desatado en la aldea?

Una serpiente me pasó rozando los pies, pero yo no la molesté y ella a mí tampoco. Más allá de eso, no corrí ningún peligro en la cueva. Yo llevaba puesto el collar de cuentas doradas, pero no sabía si me había traído buena suerte o, bien, todo lo contrario. No apareció nadie en todo el día.

Por la tarde decidí que ya había esperado lo suficiente y emprendí el camino de regreso. En el último tramo, agucé el oído por si captaba algún sonido que me diese alguna pista sobre la situación. Debía ser precavida porque los extranjeros podían no haberse ido. Pero tras constatar que no se oía nada, continué avanzando hasta alcanzar el perímetro de la aldea.

Lo que encontré allí me dejó sin aliento.

Las casas habían ardido y de algunas brotaban aún delgadas columnas de humo negro que se perdían en las alturas. El suelo estaba plagado de cuerpos. La gente de mi clan yacía en charcos de sangre, desperdigada sin orden ni concierto. Había mujeres, niños y ancianos. Los hombres blancos no habían tenido piedad de nadie. No quedaba ni un solo superviviente.

Localicé los cadáveres de mi padre y mi madre. Mi dolor aumentó y sentí un desgarró en las entrañas. También me invadió un miedo visceral, tras darme cuenta de que me había quedado sola en el mundo.

Decidí pasar la noche en el poblado, por si alguien regresaba tras escapar como yo misma lo había hecho. Aunque no había ingerido nada en todo el día, salvo agua, no me importaba porque no tenía el menor apetito.

Dormí mal, pero despertarme a la realidad se convirtió en la peor pesadilla. No apareció nadie en toda la mañana y mis esperanzas de encontrar a alguien con vida se esfumaron del todo. Cuando el sol se coronó en el cielo, los cadáveres comenzaron a despedir un hedor insoportable, como paso previo a su inevitable descomposición. Las primeras aves carroñeras ya se paseaban a sus anchas por los vestigios de la aldea.

No tenía ningún sentido permanecer allí por más tiempo.

Pero ¿hacia dónde dirigirme? Por donde se ponía el sol estaba descartado porque de allí

venían los hombres blancos. Por donde salía, tampoco porque en aquella dirección se hallaba la tribu rival de los caiguas. Volver a la montaña tampoco era una opción. Así que encaminé mis pasos en la única dirección posible.

Procuré desplazarme por los senderos preexistentes, sorteando árboles que parecían rozar las nubes, muy atenta al mismo tiempo a las arañas e insectos que merodeaban por el suelo. Me alimenté a base de frutos silvestres en pequeñas cantidades, pues me sentía saciada muy deprisa. Y cada vez que me topaba con un arroyo, aprovechaba para beber agua y lavarme.

Mi objetivo era localizar otra tribu guaraní que me acogiese en su seno. Las posibilidades de sobrevivir por mi cuenta eran más bien escasas.

Tras deambular por la selva a lo largo de tres días, llegué hasta un río bastante caudaloso. En modo alguno podía cruzarlo, así que me senté en la orilla para descansar un poco las piernas. Fue entonces cuando vi aparecer una balsa que seguía el curso río abajo. La pilotaban guaraníes, pero no iban desnudos ni lucían pinturas tradicionales. En su lugar, vestían prendas de color blanco.

Que estuviese sola les extrañó, y mi desvalido aspecto debió conmoverlos hasta el punto de hacer un alto en la orilla. Cuando me preguntaron, les conté todo lo que había pasado. Se mostraron muy interesados y enseguida me invitaron a subir a la balsa.

—En la reducción de San Francisco Javier se ocuparán bien de ti —me dijeron.

—¿Y qué sitio es ese?

—Es un pueblo regido por los padres jesuitas, donde los guaraníes podemos estar seguros.

Después de lo que había sido testigo, la idea de trasladarme a un lugar gobernado por hombres blancos me produjo escalofríos. Sin embargo, aquellos guaraníes insistieron tanto que decidí confiar en ellos. Tampoco me quedaba otra opción.

El sitio al que llamaban «reducción» me impresionó por su enorme tamaño. Era como si hubiesen juntado varias aldeas en una misma ubicación. También había edificios tan altos como árboles, que no se parecían a nada que hubiese visto antes. Mis ojos lo miraban todo con una mezcla de asombro y temor.

Al poco de llegar me dejaron con una mujer para que se hiciese cargo de mí.

—¿Cómo te llamas, niña? —me preguntó.

—Iracema.

—Muy bien, Iracema. Yo soy María Taparay, aunque todos aquí me conocen como la Matrona.

Lo primero que hizo María fue cubrir mi desnudez, que en aquel lugar no se toleraba. Además, me quitó el collar de cuentas doradas.

—Me lo regaló mi abuela —protesté tímidamente.

—Yo te lo guardaré, no te preocupes —me aseguró—. Pero un adorno tan ostentoso no está bien visto a los ojos Dios. No obstante, quizá puedas lucirlo en ocasiones especiales.

Yo no sabía qué Dios era ese que se espantaba ante la visión del cuerpo humano y los abalorios bonitos, pero no dije nada. María era una mujer rechoncha, de cara rolliza y pelo largo que llevaba pulcramente recogido en la nuca. Y, pese a lo estricta que era con las extrañas normas que imperaban allí, advertí enseguida que era muy compasiva. Su mirada transmitía una bondad que casi se podía sentir.

La Matrona me mostró la casa que, a partir de aquel momento, se convertiría en mi nuevo hogar. Recibía el nombre de «*cotiguazú*» y se reservaba únicamente para las viudas, las huérfanas y todas aquellas mujeres que careciesen de algún familiar que se ocupase de ellas. Ella la regentaba y la comunidad proporcionaba el sustento necesario para su mantenimiento.

Aunque María Taparay estaba acostumbrada a las tragedias, cuando escuchó la mía se conmovió hasta el punto de soltar algunas lágrimas.

—Voy a ponerte ahora mismo algo de comer —dijo muy decidida—. Seguro que estarás hambrienta.

—Gracias —murmuré.

—Puedes estar segura de que aquí nadie te hará daño. Yo te enseñaré a hilar y a ser una buena cristiana. Y volverás a sonreír antes de lo que piensas.

Lo de hilar no me pareció mal, pero de lo otro no entendí de lo que hablaba. De cualquier manera, preferí quedarme callada. Estaba segura de que no tardaría en averiguarlo.

Mi nueva vida en la reducción se regía por la rutina. Pasaba la mayor parte del tiempo en el *cotiguazú*, hilando mantas y túnicas para la comunidad. María Taparay se encargaba de enseñarme el credo cristiano de los blancos, que debía adoptar de forma obligada. Aquellas enseñanzas me resultaban tan ajenas como extrañas, pero tampoco observé en ellas nada de malo.

Cuando vi por primera vez a los misioneros blancos que gobernaban la reducción, advertí, sorprendida, que a uno ya lo conocía. El hombre barbado era el mismo que se había presentado en mi aldea, y que huyó espantado cuando los guerreros le atacaron por orden de mi padre. Al menos, me alivió comprobar que no le habíamos matado.

Lo mejor era la compañía. En el *cotiguazú* pude hacerme amiga de otras niñas y muchachas que tampoco tenían a nadie. Cuando salíamos para lavarnos en el río o para acudir a la iglesia, siempre teníamos que hacerlo en grupo y bajo la supervisión de la Matrona. Las normas de convivencia eran estrictas y había que cumplirlas, pero respetarlas tampoco me suponía un esfuerzo exagerado.

Aunque los hombres tenían prohibido el acceso al *cotiguazú*, María hacía de vez en cuando una excepción con su hermano Arambayu, que era la única familia que tenía. Arambayu me gustó desde el principio porque me recordaba mucho a mi padre. Cuando hablaba, los demás escuchaban muy atentos cada una de sus palabras, y su criterio era muy respetado. También ejercía de hechicero, pese a tener que fingir lo contrario para no contrariar a los padres jesuitas.

—Iracema, no olvides nuestras antiguas creencias, aunque estando aquí te digan lo contrario —me repetía al oído.

Pese a la oposición de María, su hermano hablaba a menudo de Ñamandú y de Ñanderu, nuestros dioses tradicionales, así como de la «Tierra sin mal» y de los espíritus que nos rodeaban. María se enfadaba mucho cuando tal cosa ocurría, pero a Arambayu no le importaba. A mí, en cambio, sus palabras me reconfortaban porque evocaban el mundo en el que hasta hacía muy poco había vivido, y que tan pronto habían sustituido por otro tan distinto.

CAPÍTULO 7

Julio Hurtado

El cacique Arapizandú cumplió con su palabra y se presentó en la reducción de San Francisco Javier dispuesto a conocer de primera mano el nuevo tipo de vida que ofrecíamos a los guaraníes. Para mi satisfacción, mi reciente expedición evangelizadora había dado sus frutos.

Con el cacique venía todo su clan, a los que enseguida buscamos alojamiento. El proceso de adaptación de los recién llegados nunca era fácil, y había de hacerse siempre de forma gradual para evitar que rechazasen los preceptos cristianos a las primeras de cambio. De lo contrario, nos arriesgábamos a que volviesen a la selva a los pocos días de su llegada.

Aunque cubrirlos de su desnudez resultaba imprescindible, les permitíamos seguir luciendo el *tembetá*, así como otros adornos corporales, aplicarse pinturas en la piel y llevar el pelo largo. Nada de eso contradecía abiertamente las enseñanzas del evangelio. Por experiencia, sabíamos que con el tiempo abandonarían aquellas costumbres y seguirían el ejemplo de los que llevaban más tiempo con nosotros.

Los jóvenes echaban mucho de menos la tradicional rivalidad entre clanes y las batallas que libraban a vida o muerte. Por desgracia para ellos, la vida cristiana implicaba decir adiós a la gloria de las hazañas guerreras que tanto les apasionaba. Tabacambí se mostraba particularmente contrariado por esta circunstancia. Pero mientras su padre permaneciese en la reducción, él tampoco se movería.

La antropofagia, por supuesto, estaba absolutamente prohibida. Se trataba de un ritual abominable que no tenía cabida en nuestro marco de vida civilizado. Sin embargo, con la poligamia no podíamos ser tan tajantes, aunque esta práctica supusiese igualmente un ataque a los valores cristianos. Exigirle a un cacique recién llegado que renunciase a una costumbre tan arraigada no resultaba aconsejable, o de lo contrario podría enojarse y marcharse, llevándose consigo a todo su clan. Además, tener a los caciques de nuestro lado resultaba clave para que nos ayudasen a consolidar nuestra autoridad.

Poco después de su llegada, Arapizandú vino a mí para hablar en privado. Se había dado cuenta de que otros caciques se paseaban por la reducción con un bastón de mando, que les había sido otorgado por ocupar un cargo destacado. Aquel honor comportaba asimismo una serie de pequeños privilegios, como recibir una ración doble de carne u ocupar la primera fila en ceremonias y actos.

Corroído por la envidia, Arapizandú acudió a mí alegando que con él se estaba cometiendo una injusticia.

—Acompáñame —le dije.

Lo conduje hasta la casa parroquial y le invité a pasar al interior. Los guaraníes no tenían permitido el acceso a nuestros aposentos privados, de modo que solo por verse allí ya se sintió un poco más importante. Abrí un baúl que había en un rincón y saqué un bastón de mando bellamente tallado con motivos florales.

—¿Es para mí? —preguntó Arapizandú, deslumbrado por el objeto.

—Lo será, pero todavía no estás preparado —contesté, retirando el bastón de su alcance.

—Pero, padre Hurtado...

—Antes de recibir un cargo y el honor que comporta, habrás de ser un buen cristiano y bautizarte.

—Sí, bautíceme hoy mismo sin más demora.

—No, Arapizandú. La verdadera voluntad de conversión se prueba con hechos, no solo con palabras. A partir de ahora tendrás que demostrarme tu firme deseo de ser un buen cristiano.

El ardid dio resultado, pues a partir de ese día el cacique comenzó a asistir a catequesis y a misa de diario, lo que contribuyó a que los suyos imitasen su ejemplo. Cuando transcurrió una semana, me preguntó ansioso si ya podía recibir el sagrado sacramento.

—No seas impaciente —repuse—. Sé cuánto deseas hacerte con el bastón de mando, pero ¿acaso la salvación de tu alma no es mucho más importante?

Al cabo de otra semana, Arapizandú volvió a la carga para conseguir lo que quería.

—Padre Hurtado, esta vez sí, ya estoy preparado para recibir el bautismo —anunció con su gran vozarrón.

—No puedo negar que has hecho grandes progresos. Sin embargo, nunca podrás ser admitido en el seno de la Iglesia si conservas a todas tus esposas. Solo puedo consagrar como válido uno de tus matrimonios. Así pues, tendrás que elegir a una de entre tus cinco mujeres y separarte del resto.

Algunos jesuitas solo reconocían como válido el matrimonio más antiguo, pero yo solía ser más permisivo al respecto. Y, ante la controversia, habíamos pedido al padre provincial que elevase una consulta al Papa de Roma para que se pronunciase sobre la cuestión.

—Padre Hurtado... eso que me pide...

Aunque titubeaba, yo pensaba que Arapizandú ya estaba preparado para dar el gran paso y desterrar la poligamia de su vida.

—Los demás caciques tuvieron que hacer lo mismo —insistí—. A los ojos de Dios, tu situación conyugal no es la apropiada.

—Lo pensaré, padre... Ser cristiano es mucho más difícil de lo que creía.

Parte de mi labor consistía en supervisar el trabajo de los guaraníes, a los que no se podía dejar solos demasiado tiempo.

Unos días atrás había designado a tres de ellos para que vigilaran un rebaño de vacas ubicado en una dehesa lejana. La carne de vaca, de la que también aprovechábamos la piel y la grasa, se había tornado fundamental para el sustento de la reducción. Solo teníamos dos vacas lecheras, cuya leche reservábamos para los enfermos.

Pues bien, cuando llegué, sorprendí al trío perfectamente dispuesto delante de una vaca a la que habían sacrificado para comérsela.

Pese a que tendrían que sentirse avergonzados, los guaraníes me miraron como si la escena no revistiese importancia o no fuese con ellos. El primero culpó a un rayo de haberla matado; el segundo, a un jaguar, y al menos el tercero confesó la verdad que yo ya sospechaba. Los guaraníes sentían por la carne de vaca una debilidad tan grande que no podían controlarse. Y como no tenían sentido de la previsión, no valoraban lo que significaba aprovisionar para más adelante. En el fondo, los guaraníes eran como niños a los que habíamos de guiar y mantener ocupados, y la reducción, un colegio gigantesco.

Me enfadé y advertí a los infractores de que recibirían su correspondiente castigo.

En las reducciones, éramos los sacerdotes quienes juzgábamos los crímenes y faltas cometidas. La autoridad del representante de justicia del cabildo apenas contaba, pues no podía imponer castigos sin antes contar con nuestro visto bueno.

Al regresar, lo organicé todo para administrar justicia en la plaza pública como era costumbre. Llamé al padre Claver y le puse al corriente de lo ocurrido. La cuestión no ofrecía dudas y entre los dos acordamos que veinte azotes supondrían una sanción tan justa como merecida.

Poco a poco, la muchedumbre se fue congregando en la plaza en cuanto corrió la noticia de que iba a ejecutarse un castigo. En contra de lo que pudiera creerse, los acusados solían aceptar la pena con sumisión y gratitud. Después de todo, ellos eran perfectamente conscientes de que habían obrado mal, y estaban convencidos de que el castigo los ayudaría a no reincidir. Nuestras normas tenían una razón de ser y ponían siempre por delante el bien común.

Felipe Tayaobá se personó para cumplir con las formalidades del protocolo, acompañado por el titular de justicia. El alguacil mayor, un guaraní robusto y de gesto hierático, ejercería de verdugo. Anselmo, siempre tan sensible, le susurró al oído que se contuviese con los latigazos. Tampoco hacía falta causar un daño excesivo.

Tras el castigo, los guaraníes condenados acudieron a besar mi mano en señal de respeto. Los asistentes se mostraron satisfechos con nuestra actuación, tan escrupulosa como ecuánime, y después retornaron a sus quehaceres. Arambayu Taparay fue el único guaraní de los presentes al que le vi esbozar un gesto de rechazo. El antiguo hechicero continuaba con su cruzada de oponerse a todo lo que hacíamos. Por fortuna para nosotros, de momento parecía predicar en el desierto.

El domingo se celebró una boda en la iglesia entre dos jóvenes guaraníes.

En cuanto los chicos cumplían dieciséis años y las chicas quince, ya estaban preparados para casarse. Era la única forma de luchar contra el sexto mandamiento porque pedirles a los jóvenes que conservasen la castidad más allá de esa edad resultaba casi imposible. En su sermón, el padre Anselmo Claver recordó que el propósito del matrimonio era el de procrear y educar a los hijos en la religión católica.

Después, mientras paseaba, observé los preparativos para el inminente banquete.

Las familias de los novios habían dispuesto una larga mesa en el exterior, bajo los soportales de sus casas. Anselmo y yo, en nombre de la comunidad, entregábamos a los recién casados una vivienda y el ajuar mínimo necesario para comenzar una nueva vida. En una costumbre heredada del paganismo, eran las chicas —con la autorización de sus padres— las que pedían en matrimonio a los chicos. En la práctica, lo que pasaba en la reducción era que la novia hablaba con el padre Claver o conmigo y nos expresaba su deseo de casarse con tal o cual chico. Después, nosotros trasladábamos la petición al candidato elegido y, si este decía que sí, lo que ocurría casi siempre, se daba por concluido el proceso.

Cuando los comensales comenzaron a ocupar sus puestos en la mesa, distinguí a Miguel Yepuy oculto tras una esquina. Me acerqué a él y advertí que observaba la escena con un evidente gesto de melancolía. No estaba llorando, pero sus grandes ojos negros brillaban por el efecto de las lágrimas contenidas.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Miguel dio un respingo al darse cuenta de mi presencia. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no me había visto llegar.

—Padre Hurtado... —Me miró con gesto culpable, como si le hubiese sorprendido haciendo algo malo.

—¿Estás bien, Miguel?

—Sí, por supuesto.

—No es verdad, algo te pasa. ¿Por qué mirabas a escondidas a los asistentes al banquete de boda?

El joven sacristán se ruborizó sin poder ocultarlo.

—Vamos, Miguel, habla sin temor.

Finalmente, su resistencia se vino abajo.

—Es por Arai...

—¿Arai? ¿La novia?

Miguel asintió.

—¿Y qué pasa con ella?

—Arai quería casarse conmigo. Y el padre Claver así me lo trasladó.

—¿Y tú no querías?

—Sí que quería... pero el padre Claver me convenció para que rechazase su petición. Me dijo que yo estaba destinado a consagrar mi vida a Dios, que tenía cualidades muy valiosas y que podía llegar muy lejos dentro de la Iglesia.

Comprendí. Cuando se lo proponía, Anselmo podía ser muy persuasivo. Y, pese a querer lo mejor para el muchacho, probablemente no se había dado cuenta de que este prefería transitar otro camino. Y Miguel, cohibido, tampoco se atrevió a contradecirle.

—Creo que el padre Claver tiene grandes planes para ti, y actuó con la mejor de las intenciones —expliqué, mesándome la barba—. Pero si quieres, yo podría hablar con él para hacerle ver lo que de verdad piensas. Y si lo que deseas es casarte, todavía puedes hacerlo.

—Pero no con Arai, para eso ya es demasiado tarde...

Dicho esto, Miguel salió corriendo y se perdió al otro lado de la calle. Tras confesar sus sentimientos, debió sentirse avergonzado, y de ahí su marcha repentina. Aunque se había llevado un gran disgusto, yo confiaba en que pronto se le pasaría.

Desvié de nuevo la atención hacia la celebración del banquete de boda. Como era tradición, nosotros habíamos aportado abundante carne de vaca para el festejo, que asaban al espeto, a la que añadían tortas de maíz y mandioca. Permitíamos el consumo de *chicha*, pero rebajada para evitar que se embriagasen. El festín se complementaba con miel y tabaco de mascar.

A continuación, Anselmo apareció para bendecir la mesa con una breve oración, e incluso se sentó a comer algo ante la insistencia de los novios y sus familias. Le seguía Diego Martínez, que traía consigo su violín y su inagotable energía. Y, a modo de regalo de boda, interpretó una canción alegre para amenizar el banquete. Desde su llegada, el hermano coadjutor había sabido ganarse el corazón de los guaraníes en muy poco tiempo.

Yo había conocido a Diego en un encuentro entre misioneros que se había llevado a cabo en el colegio jesuita de Buenos Aires, hacía cuatro o cinco años. Por eso, desde el principio tuve muy claro que era la persona que esta reducción necesitaba.

El festivo ambiente que se respiraba aquella mañana contrastaba con la preocupación que yo sentía por dentro. El día anterior habíamos recibido la información de que un ejército de

bandeirantes se había establecido en la ribera del río Tibagí, muy cerca de donde nos encontrábamos. Lejos de sorprenderme, era algo que ya me esperaba. No era la primera vez que rondaban por la región y secuestraban indios salvajes. Así que solo era cuestión de tiempo que continuasen avanzando, sin que les importase lo más mínimo haberse adentrado en territorio español.

Yo había compartido con Anselmo el miedo a que nos atacasen, pero mi compañero estaba seguro de que eso jamás sucedería. A todos los efectos, las reducciones eran pueblos españoles y los paulistas no se atreverían a cruzar aquella línea sagrada.

Yo no estaba tan seguro. Estábamos demasiado aislados y esos indeseables carecían de ética o escrúpulos. Bajo determinadas circunstancias, los creía capaces de hacer cualquier cosa.

El asunto de los *bandeirantes* no era la única preocupación que me rondaba por la cabeza. La información que nos había proporcionado Diego me había caído como un auténtico mazazo. La visita de inspección que el gobernador se proponía llevar a cabo era muy peligrosa. Si descubrían los cofres que había enterrado en la parte posterior del huerto, el gran secreto que ocultaba quedaría expuesto y tendríamos serios problemas. Y ya nos habían comunicado incluso la fecha aproximada de su llegada.

Llevaba días pensando la forma de sacar los cofres y trasladarlos lejos de la reducción para que no los encontraran. La tarea no era fácil porque debía hacerse con total discreción. Anselmo no sabía nada y no debía enterarse. Al menos hasta que llegase el momento en que fuese inevitable.

Finalmente, se me ocurrió un plan que podría funcionar, relacionado con el producto que más beneficios nos proporcionaba: la hierba mate.

La recolección de la hierba mate era un proceso complejo e insalubre por las condiciones en las que tenía que realizarse. La planta crecía de forma natural en grandes yerbatales situados en bosques plagados de cenagales, muy alejados de aquí, en los cuales apenas había nada con lo que sustentarse. Los recolectores construían primero un precario cobertizo y después iniciaban la cosecha propiamente dicha. Las hojas se tostaban y después se molían tras retirar antes los peciols y las nervaduras. Y, por último, se guardaban en sacos de cuero para protegerlas de la humedad.

Las expediciones para recolectar el mate se extendían a lo largo de varias semanas, y no debían realizarse ni durante los meses más fríos del año, ni tampoco durante los más cálidos. De lo contrario, se pondría en peligro la salud de los recolectores. Del mismo modo, debían aprovisionarse lo suficiente como para cubrir el desplazamiento y toda la estancia. Pues bien, mi plan consistía en organizar una expedición para recolectar hierba mate, que me serviría como tapadera para llevarme los cofres lejos de allí.

Teniendo en cuenta las fechas en las que nos encontrábamos, todavía no resultaba aconsejable acometer la tarea debido al exceso de calor. Por eso, cuando Anselmo se enteró de la expedición que organizaba, no comprendió mi decisión. Para calmarlo, me inventé una excusa más o menos creíble y le dije que necesitábamos proveernos con urgencia de hierba mate para asegurarnos la sostenibilidad económica del pueblo. Mi compañero siguió sin verlo claro e incluso me acabó soltando uno de sus refranes acostumbrados: «Al que ata mucho la plata, el diablo se la desata».

Con todo, finalmente acabó respetando mi decisión, pues, como encargado de los asuntos administrativos, se trataba de mi parcela de trabajo.

Al frente de la expedición pondría a Diego Martínez, que estaba al corriente del secreto que ocultaba. Ese fue uno de los motivos, aunque no el principal, por el que insistí tanto en que fuese él y no otro quien nos enviasen como hermano coadjutor. Diego se ocuparía de alejar los cofres de aquí, y yo podría respirar un poco más tranquilo.

La mañana de la partida nos reunimos todos a las puertas de la reducción.

Al hermano coadjutor lo acompañaban cincuenta guaraníes jóvenes y fuertes, capacitados para llevar a cabo un trabajo tan exigente. Tabacambí, que se había unido a la misión recientemente, formaba parte del grupo. Sus excelentes condiciones físicas hacían de él un perfecto candidato para el puesto de recolector. Y él parecía sentirse orgulloso de haber sido elegido.

Los pertrechos y viandas de la expedición iban repartidos en tres carros, aunque solo dos de ellos llevaban las provisiones que necesitaban. El tercero iba cargado con los cofres y su valioso contenido. La noche anterior Diego y yo los habíamos desenterrado sin que nadie nos viese. Los carros estaban cubiertos por lonas fuertemente atadas.

El padre Anselmo Claver, a quien le seguía incomodando mi propuesta de recolectar hierba mate en aquella época del año, no paraba de darle a Diego una indicación tras otra.

—Asegúrate de que el agua que beben esté en buen estado y de que beben la suficiente.

—Descuida —repuso el hermano coadjutor.

—Y que solo trabajen durante unas horas al día, no los machaques. No quiero que ninguno de ellos enferme innecesariamente.

Puse una mano en el hombro de mi compañero.

—Estarán bien, Anselmo. Ya lo verás.

—Confío en ti, Julio. Pero aún no sé por qué esto te parece tan buena idea. ¿De verdad es absolutamente necesario?

—No le des más vueltas. Habrán regresado mucho antes de que te des cuenta.

En ese momento, Anselmo se apoyó en un lateral del carro cargado con los cofres. Por un instante, temí que se diese la vuelta, alzase la lona y dejase al descubierto mi secreto.

—Salid ya, Diego —dije rápidamente—. No quiero que se os haga tarde.

Y, solo cuando partieron, respiré aliviado tras haber logrado salir airoso de la situación.

CAPÍTULO 8

Víctor Jaramillo

En cuanto tuve la ocasión, me reuní a solas con Alfonso Cardoso para contarle lo que había descubierto tras mi fortuito encuentro con la niña guaraní. Una ligera brisa barría el campamento que compartíamos con los tupíes. Las fragancias nocturnas de la selva se mezclaban con la fría humedad que ascendía desde el río.

—Te digo que llevaba un collar de cuentas de oro.

—¿De oro puro? ¿Estás seguro, Víctor?

—Pues claro que lo estoy. Lo vi con mis propios ojos, a la misma distancia que me encuentro de ti ahora mismo.

Alfonso frunció el ceño y arrugó la frente, como si pensar le costase un gran esfuerzo. Mi amigo poseía muchas cualidades, pero la rapidez mental no era una de ellas.

—O sea, que el mapa que me enseñaste podría ser auténtico, ¿no? —concluyó, al fin, tras atar cabos.

—Por lo menos, es lo que parece. Si los guaraníes de por aquí tienen oro, habrán tenido que sacarlo de algún sitio.

—Pero... ¿y si los jesuitas no saben nada? Puede que los indios sean los únicos que sepan lo del oro.

Negué con la cabeza.

—No seas tan inocente, Alfonso. Los jesuitas llevan veinte años en la región y aquí no pasa nada sin que ellos se enteren. Si hay una mina de oro, esos malditos cuervos negros tienen que estar al corriente.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Voy a localizar la aldea de la niña del collar. No puede estar muy lejos del lugar donde la encontré. Y, cuando el capitán ordene su asalto, entonces aprovecharé la ocasión para intentar averiguar algo más acerca del origen del oro.

Alfonso esbozó una sonrisa y desvió la mirada, como si evocase la posibilidad de hacerse rico.

—No le habrás contado a nadie lo del mapa, ¿verdad?

—Por supuesto que no —afirmó sin vacilar ni un segundo.

Un par de semanas después, el capitán de la *bandeira*, Joao da Silva Cabral, lo dispuso todo para el asalto a la aldea guaraní.

Varias avanzadillas de reconocimiento se desplazaron en la oscuridad de la noche sin hacer el menor ruido. Para evitar ser detectados, no encendieron fuego alguno. La tribu llevaba horas enfrascada en uno de sus rituales, danzando y cantando sin descanso. Aquella situación nos favorecía. Cuanto más tarde se acostasen, mejor para nosotros. Más cansados estarían y también más embriagados. Sabíamos que consumían aquella repugnante bebida fermentada que solían preparar.

Cuando pusieron fin a la celebración, se fueron retirando ordenadamente a sus grandes casas comunales. Antes de hacer nada, debíamos localizar a los vigías encargados de garantizar la seguridad del poblado. Si alguno de ellos daba la voz de alarma, podría echarse todo a perder. Fueron unos tupíes los que, desplazándose con el sigilo de un jaguar, llegaron hasta los vigías y los neutralizaron de un golpe en la cabeza. Así pues, antes del amanecer, y tras desclavar muchas de las estacas que conformaban la empalizada que rodeaba el poblado, un destacamento de una cincuentena de *bandeirantes* se distribuyó estratégicamente por la aldea para proceder a su asalto. Alfonso estaba entre ellos. Yo, en cambio, aguardaba en la retaguardia, desde donde gozaba de una visión privilegiada de la escena. Por mi condición de lisiado, el capitán Joao da Silva no me incluía en las misiones que podían implicar entrar en combate.

Unas tribus eran más beligerantes que otras, y las más temerosas ni siquiera oponían resistencia. Como no estábamos seguros de a qué nos enfrentábamos, el plan consistía en sorprenderlos mientras dormían y capturarlos antes de que pudiesen reaccionar. Los queríamos vivos, lo último que nos interesaba era que se desencadenase una batalla donde muchos de ellos perecerían.

Tras una orden del capitán, los paulistas comenzaron a capturar a las mujeres, a las que ataban y se llevaban a la fuerza. Aunque actuábamos con celeridad y de forma coordinada, algunos guaraníes se despertaron y estallaron los primeros gritos de pánico. A partir de ese momento, todo comenzó a descontrolarse. A veces, apresando al cacique del poblado conseguíamos que los demás se sometiesen de forma voluntaria, pero en este caso ignorábamos quién era o dónde se hallaba.

El caos se desató y, pese a que debíamos mantener la calma y ceñirnos al plan original, dadas las circunstancias ya no parecía muy probable lograrlo. Incluso las mujeres se resistían a ser capturadas y huían despavoridas para evitarlo. De ahí que, para impedirlo, algunos *bandeirantes* se hiciesen con varios niños ante la aterrorizada mirada de sus madres. La estratagema dio resultado y, cuando dejaron de necesitarlos, estrellaron sus cabezas contra los árboles.

Cuando los hombres reaccionaron, la situación se tornó mucho más peligrosa. Habían echado mano de sus armas y estaban dispuestos a plantarnos cara sin medir las consecuencias. Los nuestros les hicieron gestos para que se rindiesen, pero no sirvió de nada. Nos arrojaron flechas y lanzas, pese a lo cual el capitán siguió pidiendo contención para evitar una masacre que en nada nos beneficiaba.

Hasta que uno de los *bandeirantes* recibió un garrotazo y cayó desplomado al suelo con el cráneo partido en dos.

La respuesta provino de su compañero más cercano, que alzó su arcabuz y descerrajó un disparo que acertó de pleno en el pecho del guerrero guaraní. Después de aquello, resultó imposible contener la escalada de violencia por parte de ambos bandos. Los indios atacaron poseídos por una furia desbocada, a la que respondimos con la contundencia de nuestras armas. La silenciosa noche se transformó en un infierno de atronadores fognazos y alaridos desesperados.

Los guaraníes lucharon con fiereza, pero nosotros los superábamos en número y contábamos con la superioridad de nuestras armas de fuego. Fue más bien una matanza. Acabamos con todos los guerreros, y también con los niños y ancianos porque no nos servían de nada. La aldea ardía tras haber incendiado sus casas. Nuestro bando solo sufrió dos bajas y unos cuantos heridos.

Cuando todo terminó, el brillo violáceo del primer albor se abrió paso en el firmamento. El balance no podía ser más negativo. Tan solo habíamos apresado a una docena de mujeres que

gemían y lloraban mientras se las llevaban encadenadas formando una fila. Busqué a la niña del collar entre los cadáveres del poblado, pero no la encontré por ninguna parte. Tampoco hallé el menor rastro de oro entre las posesiones de aquellos indios miserables.

Alfonso se acercó a mí con gesto fatigado.

—¿Estás bien? —le pregunté tras comprobar que tenía un ojo amoratado.

—Sí, esto no es nada —repuso, señalándose la hinchazón.

—La niña no aparece por ningún sitio —le confesé, decepcionado.

—Aunque casi nadie pudo escapar a nuestro cerco, creo que unos pocos lo lograron. De hecho, lo del ojo fue por un codazo que me dio un indio que cargaba con una niña en brazos. O quizá fuese un niño, no estoy seguro. Era de noche y nos estaban atacando.

—¡Por los cuernos de Belcebú!

Maldije mi puta mala suerte y pateé el suelo con rabia incontenida. La única pista clara que podía llevarme hasta el oro que buscaba se me había escapado entre los dedos en el último instante.

Habían transcurrido dos semanas desde el asalto al poblado guaraní que tan mal había acabado. Desde entonces, yo había seguido buscando la mina de oro sin obtener ningún resultado. Cada vez me sentía más frustrado, a la par que desanimado. ¿Estaba interpretando el mapa de forma adecuada, o acaso era completamente falso?

La noche se abatía sobre la selva cuando el capitán me hizo llamar a la tienda que ocupaba en mitad del campamento. La estancia olía a sudor rancio y estaba iluminada por un candil de aceite, cuya burbuja de luz sugería los perfiles de la estancia. Sobre una mesa había un inmenso mapa y una botella de ron medio llena.

—¿Te apetece un trago, Víctor?

—Gracias, señor.

No rechacé el ofrecimiento y bebí de la botella un largo trago que me quemó la garganta. El capitán Joao da Silva Cabral había formado parte de las milicias portuguesas durante más de una década, hasta que lo echaron tras descubrirse que había perpetrado algún tipo de desfalco. Como *bandeirante* apenas llevaba unos cuantos años, y esta era la segunda expedición en la que asumía el liderazgo.

—Esta es la peor *bandeira* en la que nunca he participado —explicó—. Apenas llevamos capturados un centenar de guaraníes. Eso no da para cubrir ni una décima parte de los gastos que conlleva poner en marcha una expedición de caza tan ambiciosa como esta. ¿Qué está pasando? En esta región nunca habíamos estado, y yo pensaba que hallaríamos decenas de poblados indios a los que poder hacer cautivos.

El capitán valoraba mucho mi opinión, no solo por mi larga trayectoria como *bandeirante*, sino también por el punto de vista que yo podía ofrecerle por mi condición de explorador.

—Nuestra fama nos precede —expliqué—. Llevamos demasiado tiempo haciendo esto y muchos indios ya están prevenidos. Casi todas las tribus han abandonado sus poblados para huir a las montañas, a la espera de que nos vayamos. Y más aún a partir de la masacre que llevamos a cabo al poco de nuestra llegada. Sin pretenderlo, no pudimos enviarles una advertencia más clara.

—Sí, pero eso no lo explica todo.

—Es cierto, señor. El gran problema de esta región son los misioneros jesuitas. La mayoría de los guaraníes viven ahora en sus dichas reducciones, por eso ya no quedan demasiados indios salvajes a los que poder esclavizar.

—Era lo que sospechaba.

El capitán extendió bien el mapa y señaló las demarcaciones de las misiones jesuitas.

—¿Cuántos guaraníes puede haber en cada reducción? —preguntó.

—Por lo menos dos mil, y he oído decir que las más antiguas acogen a más de cinco mil.

Bajo la luz amarillenta que proyectaba el candil distinguí un brillo de codicia en los ojos del capitán, al que imaginé calculando a toda velocidad los beneficios que supondría hacerse con semejante botín de seres humanos. Joao da Silva era un hombre alto y estirado, al que le gustaba lucir una perilla fina y un mostacho a juego.

—Víctor, voy a ser sincero contigo. No puedo permitirme el lujo de regresar a Sao Paulo con las manos prácticamente vacías. Un fracaso semejante socavaría gravemente mi reputación. Es por eso por lo que... estoy considerando la posibilidad de asaltar una reducción jesuita, o varias si hace falta.

—Sin duda, se trataría de una acción muy osada, pero no seré yo quien me oponga.

—Sin saberlo, los jesuitas nos han servido en bandeja un regalo irrechazable. Ellos se han encargado de reunir en un mismo lugar a miles de indios, facilitándonos así todo el trabajo.

—Amén a eso, señor —dije con una sonrisa cómplice.

—Además, su valor en el mercado de esclavos sería muy superior al habitual. Someter a los guaraníes salvajes y hacerlos trabajar lleva su tiempo. En cambio, los que viven en las reducciones ya están acostumbrados al trabajo y a la disciplina que los misioneros les han inculcado.

Comencé a darme cuenta de que, antes de hablar conmigo, el capitán ya había meditado largamente aquella idea.

—Solo hay un inconveniente —objeté—. Se da cuenta de que las reducciones jesuitas son a todos los efectos pueblos españoles, ¿verdad?

—Soy consciente de ello, pero las reducciones se encuentran a cientos de kilómetros de distancia de las ciudades españolas y, para cuando las autoridades correspondientes quieran reaccionar, nosotros ya nos hallaremos muy lejos de aquí. ¿Desde cuándo los *bandeirantes* nos hemos regido por la ley?

Dejó escapar una carcajada a la que no dudé en sumarme. Aquella era una verdad tan grande como el océano Atlántico. Lo que hacíamos quebrantaba todas las leyes dictadas. Sin embargo, las autoridades portuguesas siempre habían hecho la vista gorda porque las actividades que llevábamos a cabo favorecían la economía de las colonias.

—Eso sí —prosiguió diciendo el capitán—, para atacar preferiría contar con algún tipo de justificación. Una excusa, ¿entiendes? Cualquier cosa me valdría.

—Lo siento, pero ahora mismo no se me ocurre nada.

Joao da Silva se atusó las puntas del bigote con gesto mecánico.

—Víctor, ¿sabrías decirme si las reducciones están protegidas por soldados españoles?

—No lo sé con seguridad, pero lo encuentro poco probable. Como mucho podrían contar con una pequeña guarnición. En todo caso, los derrotaríamos con facilidad.

—Claro, pero capturar guaraníes sería una cosa y matar soldados españoles, otra muy distinta. Lo segundo sí que podría desencadenar un conflicto grave. ¿Cómo podríamos averiguar de

antemano con qué defensas cuentan?

Me tomé un largo minuto para pensarlo.

—Se me acaba de ocurrir algo, señor. Los jesuitas no permiten la entrada a nadie ajeno a sus reducciones... excepto a los comerciantes que están de paso. ¿Y si alguien se hiciese pasar por uno para acceder al interior?

—¡Me gusta la idea! —se congratuló el capitán—. ¿Quién crees tú que podría representar ese papel?

Me ofrecí sin pensármelo dos veces. En realidad, yo tenía en mente mis propios intereses. Si me colaba en una reducción, podría espiar a los jesuitas y buscar pistas más sólidas acerca del supuesto oro que ocultaban.

—Creo que yo podría hacerlo bastante bien.

El capitán frunció el ceño, como si en principio desaprobaba mi sugerencia. Su mirada se dirigió hacia la mano que me faltaba, y enseguida comprendí el motivo de su desconfianza. No obstante, poco después pareció pensárselo mejor.

—Sí, ¿por qué no? De hecho, que seas español te da ventaja sobre el resto de posibles candidatos. Los jesuitas tendrán menos motivos para desconfiar de ti —afirmó. Y, tras inclinarse sobre el mapa, me preguntó—: ¿Qué reducción elegirías para infiltrarte en ella?

—La de San Francisco Javier —contesté sin dudar. Si había interpretado bien el mapa que poseía era la que se hallaba más cerca de la mina de oro.

—Me parece bien.

El capitán empujó de nuevo la botella de ron hacia mí y celebré su decisión tomando otro trago. Con todo, había otra cuestión a la que desde hacía un rato no dejaba de darle vueltas. En Sao Paulo, Joao da Silva Cabral era conocido por llevar una vida piadosa y acudir con frecuencia a la iglesia. ¿Acaso no le planteaba un dilema moral lo que se proponía llevar a cabo? A riesgo de pecar de imprudencia, no pude morderme la lengua y tuve que preguntárselo.

—La mayoría de los guaraníes que viven en las reducciones son cristianos bautizados... ¿no le supone eso un problema?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me fulminó con la mirada. Sin embargo, enseguida relajó la expresión y restó importancia a mi comentario.

—No seas ingenuo, Víctor. Por mucho que los misioneros se empeñen, los indios son y seguirán siendo siempre salvajes carentes de alma.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 9

Anselmo Claver

El padre Julio Hurtado y yo aguardábamos en el embarcadero del río próximo a la reducción la inminente llegada de los representantes políticos españoles.

La visita anunciada había llegado en un momento delicado. Por el testimonio de una niña guaraní que recientemente habíamos acogido en el *cotiguazú*, sabíamos de los estragos que los *bandeirantes* estaban causando entre los indios salvajes de la región. Tras la masacre de su aldea, Iracema había sido la única superviviente. Su historia nos había conmovido y, sobre todo, había puesto de manifiesto la impunidad con que actuaban los esclavistas portugueses. Aquel asunto nos causaba una gran preocupación.

—Ahí llegan —dijo Julio, señalando el recodo del río.

Recibiríamos a las autoridades coloniales al pie del embarcadero, como parte de la primera comitiva de bienvenida. Aunque el motivo de su visita nos disgustaba, no por ello debíamos dejar de actuar con la solemnidad que exigía el protocolo. El gobernador del Paraguay y el alcalde de Asunción pretendían inspeccionar la reducción para comprobar cuánto de cierto había en los rumores de que los jesuitas poseíamos una mina de oro situada en las inmediaciones. Aunque aquella idea era completamente ridícula, las malas lenguas habían sabido hacer muy bien su trabajo. Y, de cualquier manera, nosotros no teníamos nada que ocultar.

Varias embarcaciones atracaron en el amarradero. Las autoridades se hacían acompañar por un amplio séquito de funcionarios y un destacamento de cincuenta soldados encargados de velar por su seguridad. Tras desembarcar, intercambiamos pomposos saludos y les di la bienvenida con grandes gestos de cordialidad. El padre Hurtado, en cambio, se mostró algo más distante. Aunque recibir a semejantes autoridades en nuestra reducción suponía todo un honor, hacerlo por aquella razón le parecía totalmente indignante. Parecía habérselo tomado casi como una ofensa personal.

A ambos lados del camino habíamos situado a un grupo de chiquillos guaraníes para que arrojasen pétalos de flor y granos de maíz a los pies de nuestros ilustres visitantes. Con todo, cuando llegamos a las puertas de la misión, aparté momentáneamente las buenas palabras para dejar una cosa bien clara.

—Ustedes dos y sus principales asesores podrán pernoctar en nuestra modesta casa de huéspedes durante el tiempo que dure su estancia. Pero el resto, y muy especialmente el destacamento de soldados, permanecerá fuera de la reducción.

Mi demanda no solo era razonable, sino que la ley nos amparaba. No quería ni imaginarme el alboroto que por las noches podrían causar los militares españoles, que perturbarían la paz general y cometerían toda suerte de abusos contra las mujeres. El gobernador no solo no puso objeción, sino que ya se lo esperaba. El ejército venía provisto de tiendas que levantarían en el exterior.

Tan pronto como accedieron a nuestra querida reducción de San Francisco Javier, los visitantes se quedaron impresionados ante la magnitud del recibimiento que habíamos preparado. La vía principal estaba decorada con arcos del triunfo trenzados con ramas y flores, de los cuales pendían frutas, gallinas y pescados, así como cestos cargados de maíz y otros cereales, siguiendo

la tradición guaraní. Una explosión de colores y olores teñía el aire de un ambiente festivo incomparable. La campana de la iglesia repicaba en son de bienvenida.

Alrededor de la plaza habíamos dispuesto las estatuas de los santos y la figura de una Virgen con el cabello recosido. Allí esperaban los miembros del cabildo, ataviados con sus mejores galas y sus inseparables bastones de mando, encabezados por nuestro respetado alcalde Felipe Tayaobá. Sus mujeres también se habían acicalado y lucían cintas, plumas y otros hermosos complementos.

La guinda al recibimiento la puso nuestro coro de niños cantores, cuyas voces celestiales eran capaces de entonar notas inalcanzables, constituyendo la prueba más palpable de que el talento innato que los guaraníes poseían para la música era incuestionable. Solo eché de menos a Diego Martínez, el hermano coadjutor, que de no encontrarse ausente habría hecho las delicias de nuestros invitados dando un recital con su violín.

Después los condujimos a la iglesia para que asistiesen en primera fila a la misa que yo mismo oficiaría, tras la cual disfrutarían de un banquete a base de carne de vaca y demás viandas que cultivábamos aquí.

La cordialidad y las correctas formas del primer día cambiaron por completo al siguiente, cuando nuestros visitantes exigieron cumplir con el cometido que los había llevado hasta allí.

Autorizamos a los funcionarios a inspeccionar hasta el último rincón de nuestro pueblo, siempre que no alterasen la vida de sus habitantes. A algunos lugares —como, por ejemplo, nuestras dependencias privadas, la iglesia o el *cotiguazú*—, solo podrían acceder en mi compañía o la del padre Hurtado. Asimismo, concedimos permiso a un escriba público para que interrogase a varios guaraníes seleccionados al azar, a los que preguntaría acerca tanto del supuesto oro que ocultábamos como del trato que recibían por nuestra parte para averiguar si los sometíamos a algún tipo de explotación.

Al mismo tiempo, los soldados comenzaron a buscar en los alrededores de la reducción, guiados por un experimentado minero del Potosí que habían traído específicamente al efecto. Saltaba a la vista que lo tenían todo muy bien planificado.

El gobernador procuraba mantener una postura más o menos neutra. Sin embargo, la actitud del alcalde de Asunción era abiertamente hostil hacia nosotros. Su discurso era muy claro y resultaba obvio que recogía el parecer de los colonos, que se quejaban de los escasos indios con que contaban para sus encomiendas, que nosotros, desde su punto de vista, les habríamos arrebatado. Obviamente, codiciaban la mano de obra indígena que les salía tan barata, y gracias a la cual obtenían tantas ganancias. Además, también protestaban por el papel cada vez más destacado que las reducciones jugábamos en el comercio. Nuestra hierba mate era de mejor calidad que la suya y había logrado hacerse con una buena cuota del mercado. Por nuestra culpa, decían, se estaban arruinando.

El objetivo de toda aquella operación era evidente. Probablemente, ellos tampoco estaban muy convencidos de la existencia de la mina de oro que buscaban, pero si de verdad existía y la estábamos ocultando, semejante secreto comportaría nuestra inmediata expulsión de aquellas tierras. Y, en consecuencia, los encomenderos españoles se repartirían sin oposición alguna a los millares de guaraníes que vivían en los pueblos que habíamos fundado para ellos.

Mientras paseábamos por la avenida principal, aproveché para sacar el tema de los *bandeirantes* que tanto me preocupaba.

—Se han instalado en la ribera del río Tibagí y están asaltando los poblados salvajes de la zona, tras haber entrado claramente en territorio español. Gobernador, ¿acaso no piensa hacer nada al respecto?

—Está fuera de nuestro alcance, padre Claver. Con los escasos recursos militares de que disponemos, ¿cómo se supone que vamos a proteger un territorio tan grande y alejado a su vez de los núcleos urbanos?

—¿Y no puede solicitar más refuerzos para la causa?

—Estoy harto de hacerlo, pero por desgracia tengo que arreglármelas con lo que tengo. Al menos, por el momento.

—¿Y si a los portugueses se les ocurriese asaltarnos a nosotros, o a cualquiera de las reducciones jesuitas vecinas? Durante un tiempo, quizá sería aconsejable dejar aquí una guarnición de soldados. Aunque habitados por guaraníes, estos pueblos son tan españoles como Asunción, Villa Rica del Espíritu Santo o Santiago de Jerez, y merecerían una protección similar.

Pese a que la presencia de soldados en la reducción no me gustaba, en determinadas circunstancias bien convenía hacer una excepción.

—¿Asaltar una misión cristiana? Algo así resultaría muy poco probable —contestó el gobernador del Paraguay en tono despreocupado.

Indignado, el padre Julio Hurtado intervino de inmediato para cuestionar aquella afirmación.

—Con el debido respeto, señor. Los *bandeirantes* ya han demostrado en infinidad de ocasiones la vileza de sus actos. Yo no tengo la menor duda de que su codicia podría llevarlos a cometer cualquier insensatez. Y las reducciones jesuitas podrían suponerles una tentación demasiado fuerte a la que poder resistirse.

—Yo coincido con el gobernador y considero que sus miedos son infundados —terció el alcalde de Asunción con cierto grado de desdén.

Aunque no lo dije en voz alta, tenía muy claro que las autoridades no moverían un solo dedo para protegernos. A sus ojos, todo cuanto hacíamos nosotros era perjudicar sus intereses. Julio, sin embargo, no dudó en replicarle de forma contundente.

—Pues debería ser consciente de que, si los paulistas nos asaltan y descubren lo fácil que les resulta salirse con la suya, llegará el día en que se envalentonarán lo suficiente como para atacar Asunción y otras poblaciones españolas. Ojalá me equivoque, pero si ese día llega, recuerde que se lo advertí.

Una semana después, la visita de inspección concluyó con un sonoro fracaso. No encontraron el menor indicio acerca del supuesto oro que ocultábamos, y todos los guaraníes a los que entrevistaron hablaron muy bien de nosotros.

El alcalde de Asunción se mostró particularmente contrariado, pero no le quedó más remedio que aceptar su derrota. Yo solo esperaba que aquel episodio sirviese al menos para poner fin a todas aquellas habladurías sin fundamento, que tanto daño hacían a la reputación de nuestra orden religiosa.

Arambayu Taparay había continuado ejerciendo su brujería a nuestras espaldas, pese a fingir después ser un buen cristiano. Julio y yo habíamos decidido no intervenir con la esperanza de que, con el tiempo, pusiese fin a sus actividades y se aviniese a abrazar la religión católica como la mayoría de los guaraníes de la reducción. Sin embargo, lejos de corregirse, sus acciones habían ido a peor.

Miguel Yepai nos mantenía permanentemente informados acerca de las actividades de Arambayu. De los rituales paganos que empleaba a escondidas para tratar los males físicos o espirituales de aquellos que acudían a verlo ya estábamos enterados, pero la gota que colmó el vaso fue lo último que nos contó. El antiguo hechicero había comenzado a desbautizar a los niños cristianos, practicando una especie de rito que él mismo se había inventado. Al parecer, vertía agua caliente sobre la cabeza, el pecho y los hombros de los bebés para borrar así la huella de los santos óleos. Y, para rematar el ritual, les bañaba los pies con el fin de exorcizarlos.

Descubrir aquello nos llenó de furia e indignación. Y, desde luego, no podíamos dejar sin respuesta un sacrilegio semejante.

Arambayu fue convocado en la plaza, donde el padre Hurtado y yo aguardábamos su llegada decididos a frenar definitivamente sus diabólicas actividades.

El encuentro había despertado una gran expectación, y una considerable multitud se había congregado a nuestro alrededor para presenciarlo. No era un juicio lo que íbamos a llevar a cabo, sino una confrontación abierta. Por experiencia, los misioneros jesuitas sabíamos que, con chamanes y hechiceros, los castigos no solían dar resultado. En cambio, el método más eficaz para combatirlos y desacralizarlos era exponerlos al ridículo delante de todos.

Arambayu se situó frente a nosotros con pose altiva y mirada retadora. Parecía confiado en sus posibilidades, como si llevase mucho tiempo preparándose para ese momento, que sabía que le llegaría tarde o temprano. Lucía una franja de pintura en la frente y un pequeño hueso le atravesaba el labio inferior, aderezos a los que se negaba a renunciar pese al tiempo que ya llevaba con nosotros.

—¡Tus remedios mágicos no poseen el menor efecto curativo! —exclamé para empezar—. Si acaso, al contrario, podrían provocar un mayor daño a los incautos a los que dices ayudar.

—Pues yo no he escuchado ninguna queja —replicó, desafiante.

—Pero ¿qué bien podría hacer esa ponzoña que preparas a base de grasa de serpientes, alacranes y polvos de rana?! ¿Cuándo vas a reconocer que las enfermedades no proceden de la acción de los espíritus malignos, sino de la alteración y la corrupción de los humores del ser humano?!

—¡Yo practico las artes curativas que nuestros abuelos heredaron! ¡Me niego a dejar que las tradiciones ancestrales de nuestro pueblo caigan en el olvido!

Entre los concurrentes, advertí que algunos asentían con la cabeza, y eso me preocupó. No podíamos permitirnos el lujo de salir debilitados.

—¡Confiesa que eres un impostor y que las artes que practicas no son más que meras supercherías! —intervino Julio, haciendo gala de su fuerte carácter.

—¡Aquí no tienen cabida los que se aferran al paganismo! —añadí en tono condenatorio.

Normalmente, una amenaza como esa bastaría para quebrar la resistencia de los hechiceros más rebeldes. Ante el temor a tener que abandonar la reducción y regresar a la selva, solían entonces renegar públicamente de sus creencias para abrazar el cristianismo con grandes gestos de arrepentimiento.

—¡El dios de los guaraníes es mucho más poderoso que el vuestro! —replicó Arambayu sin arredrarse, al tiempo que agitaba la maraca sagrada que los chamanes solían emplear para ahuyentar a los malos espíritus—. Y os aseguro que no soy el único que lo piensa.

Aunque de forma velada, el dichoso hechicero estaba llamando a la rebelión. Y aquellos que aún estuviesen en proceso de conversión, bien que podrían considerar la posibilidad de unirse a su causa. En ese momento, el padre Hurtado dio varios pasos al frente y, ante la sorpresa de todos, le arrebató a un atónito Arambayu su maraca sagrada.

La muchedumbre presente contuvo la respiración. Yo mismo ignoraba lo que mi compañero se proponía llevar a cabo.

Para que nadie se perdiese detalle, Julio alzó la maraca del hechicero y, a continuación, la partió por la mitad. Una exclamación ahogada recorrió la plaza y los indios retrocedieron un paso, visiblemente asustados.

Arambayu, rojo de ira, lo señaló acusadoramente con el dedo, mirándole con los ojos muy abiertos y farfullando una suerte de maldición.

—¿A qué espera tu dios para castigarme? —lo desafió el padre Hurtado.

Según las creencias guaraníes, destruir los instrumentos rituales de los chamanes conllevaba un terrible castigo inmediato. Sin embargo, Julio no cayó fulminado por un rayo, ni tampoco se lo comió un jaguar, ni los astros se desplomaron sobre la tierra.

No ocurrió absolutamente nada.

A ojos de los suyos, Arambayu había quedado desacreditado de un plumazo. Y, antes de que tuviese la ocasión de reponerse, le hice una señal a Miguel para que activase el plan que previamente habíamos acordado. De repente, unos cuantos niños surgieron entre la multitud y, entre risas y carcajadas, le arrojaron boñigas de vaca.

Desconcertado y humillado a partes iguales, Arambayu agachó la cabeza y ni siquiera se atrevió a levantar la mirada del suelo.

—¡Admites, por fin, la falsedad de tus poderes y renuncias para siempre a practicar tus malas artes?! —exclamé para que todos los presentes me oyesen.

Su cara se congestionó y tardó un largo minuto en contestar, como si luchase una cruenta batalla interna de la que no tenía manera de salir victorioso. Finalmente, Arambayu se arrodilló y, entre lágrimas, nos pidió perdón y juró reconducirse por el camino correcto.

Después de haber perdido cualquier atisbo de credibilidad ante los suyos, tampoco le quedaba otra opción.

A la visita de las autoridades coloniales le sucedió un periodo de relativa tranquilidad, que no duró demasiado porque la noticia de un terrible suceso —que ahora mismo ni siquiera me atrevo a mencionar—, nos sacudió de forma completamente inesperada. Como consecuencia de este supimos que la reducción de San Francisco Javier estaba en peligro, pues se enfrentaba a la peor amenaza que hubiésemos conocido desde su fundación. Aunque hasta ese momento habíamos superado todo tipo de obstáculos, esta vez no estábamos preparados para afrontar un desafío semejante. Llegado el caso, yo estaba dispuesto a entregar la vida por mis queridos guaraníes si fuese necesario. ¿Acaso había forma más elevada de honrar a Dios que morir en calidad de mártir para su Iglesia?

El padre Hurtado y yo aún no habíamos tomado una decisión, pero el tiempo se nos echaba encima y no podíamos demorarnos demasiado. Desde mi punto de vista, la evacuación se nos presentaba como la única salida razonable. Sin embargo, nuestras posturas diferían y no nos poníamos de acuerdo. Últimamente, había notado en mi compañero comportamientos extraños, a los que al principio no quise darle importancia. No obstante, tras el regreso de la expedición que fue a recolectar hierba mate, mis sospechas se habían multiplicado.

Yo podía ser muy ingenuo, pero los indicios eran muy claros. Y, por mucho que me doliese admitirlo, tenía la seguridad de que Julio me estaba ocultando algo.

Mientras tanto, los problemas de la vida diaria no descansaban y aquella mañana me dirigí a la enfermería para llevar a cabo mi habitual ronda con los pacientes.

En la entrada me crucé fugazmente con Iracema, la niña superviviente cuya historia tanto me había conmovido, ante la que pasé de largo sin dedicarle una sonrisa siquiera debido a mi gran preocupación.

Además de los guaraníes aquejados de las enfermedades acostumbradas, llevaba varios días atendiendo a un comerciante que había buscado refugio en nuestra reducción tras haber sido atacado por un grupo de indios salvajes. Afortunadamente para él, el flechazo que había recibido no revestía la gravedad que a primera vista aparentaba.

—Esto ya tiene un aspecto mucho mejor —dije, tras finalizar la revisión.

—Le agradezco mucho sus cuidados —repuso el mercader.

—En todo caso, usted y su compañero tendrán que marcharse hoy. Ya se lo advertimos el día de su llegada.

CAPÍTULO 10

Julio Hurtado

Por fin, el cacique Arapizandú se sintió preparado para dar el paso y renunció a su matrimonio polígamo. Eligió a una de sus esposas, y las demás quedaron desvinculadas de sus antiguas ataduras. Aquellas mujeres, sin embargo, no se quedarían en la estacada. Las que no encontrasen un candidato con quien casarse, serían acogidas en el *cotiguazú*.

Nos hallábamos en la iglesia para llevar a cabo el esperado bautismo. Junto a Arapizandú, se bautizaría también la mayor parte de su clan, siguiendo así el ejemplo de su jefe. Mi satisfacción, por tanto, era completa. Tan solo lamentaba la ausencia de Tabacambí, su hijo, que formaba parte de la expedición encabezada por Diego Martínez destinada a recolectar la hierba mate.

En la mentalidad guaraní, el procedimiento ritual poseía un valor trascendental que jamás pasábamos por alto. Por eso, había engalanado el templo con cirios encendidos y ramos de flores, el coro infantil acompañaba el acto con sus dulces cantos, y Miguel Yepuy me asistía en la ceremonia mientras yo administraba el sagrado sacramento. Al verter el agua bendita sobre sus cabezas y pronunciar las palabras correspondientes, advertí que muchos de ellos recibían el bautismo, verdaderamente emocionados.

Después de la ceremonia litúrgica, debía llevar a cabo otro acto de naturaleza mucho más terrenal, que formaba parte fundamental del trato. Con todos los honores, puse en manos de Arapizandú el bastón de mando que tanto había deseado y le adjudiqué un cargo puramente decorativo que no le importó lo más mínimo. Todo cuanto le interesaba era pasearse por la reducción con su flamante bastón y gozar de los privilegios que le otorgaba su nuevo estatus.

—Felicidades, Arapizandú —dije—. Es un premio más que merecido.

—Gracias, padre Hurtado. Aunque no todo es perfecto, no mintió cuando dijo que aquí estaríamos mejor.

Fue en ese momento cuando uno de los guardias de la entrada me alertó de la inesperada llegada de una pareja de hombres blancos. La urgencia radicaba en que uno de ellos parecía estar gravemente herido.

Cuando llegué a la puerta, averigüé que eran unos comerciantes que habían sido atacados por indios paganos. Uno de ellos había recibido un flechazo y tenía la camisa empapada de sangre. También me fijé en que le faltaba una mano.

—Vamos, le atenderemos en la enfermería.

Di instrucciones a los guardias para que llevaran el carro de los mercaderes al *tambo* y lo dejaran a buen recaudo.

—Yo soy el padre Hurtado —me presenté—. Y dirijo esta reducción junto al padre Claver.

—Bendito sea Dios. No sé qué habríamos hecho de no haber aparecido usted.

—Ahora le llevaremos a la enfermería.

Allí le examiné la herida, que no me pareció tan grave como esperaba. Así que me limité a vendarla hasta que Anselmo pudiese echarle un vistazo. Sus conocimientos médicos eran bastante superiores a los míos.

El cementerio de la reducción estaba rodeado de naranjos y nardos, que le conferían el aspecto de un jardín cuidado. Un porche rodeaba el recinto para proteger a los fieles tanto del sol como de las lluvias torrenciales. Me había desplazado hasta allí para comprobar el estado del muro, que había sufrido algunos desperfectos, cuando en ese momento vi aparecer al padre Claver, que corría sujetándose los bajos de la sotana para no tropezar.

—¡Julio! ¡Julio!

Sus mejillas estaban coloradas y sus ojos saltones parecían salirse de las órbitas. Algo grave debía haber pasado.

—Anselmo, ¿qué ocurre?

—Un guaraní de la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación nos acaba de traer terribles noticias —contestó entre jadeos—. Los *bandeirantes* los han asaltado.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Cómo ha pasado?

—Al parecer, la reducción dio acogida a un cacique que había huido de los esclavistas portugueses que habían atacado su aldea. El capitán de la *bandeira*, que se presentó en son de paz, solicitó hablar con los padres jesuitas para exigir la entrega del fugado. El padre Osorio lo recibió portando una cruz, junto al alcalde y los concejales de la reducción. Pero todo era una trampa. A una señal del capitán, sus escoltas armados saltaron sobre los miembros del cabildo y abrieron las puertas para permitir el acceso al grueso del ejército.

Anselmo, visiblemente afectado, interrumpió el relato para tragar saliva y coger un poco de aire.

—Continúa —pedí sin poder contener mi impaciencia.

—El padre Osorio les advirtió de que, si seguían adelante, estarían cometiendo un crimen contra Dios y contra el rey de España, por el que serían severamente castigados. No sirvió de nada. Los *bandeirantes* mataron a aquellos guaraníes que opusieron resistencia y capturaron a todos los demás, más de mil. Solo unos pocos lograron escapar.

—¿Y los padres jesuitas?

—A ellos no les hicieron daño. Eso sí, esos demonios portugueses saquearon la reducción y se llevaron incluso los ornamentos sagrados.

Horrorizado por el relato, me santigué tres veces seguidas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Anselmo—. Nuestra reducción podría ser su siguiente objetivo.

—Lo sé, lo sé. Y lo primero será reforzar la vigilancia de la entrada. Las puertas deberán permanecer cerradas a todas horas del día sin excepción.

El padre Claver y yo echamos a caminar entre las tumbas del cementerio.

—Hay que avisar inmediatamente al gobernador del Paraguay para que nos envíe una guarnición de soldados —refirió mi compañero.

—Eso no servirá de nada —objeté—. La distancia es tan grande que no llegarían aquí antes de un mes. Y, para entonces, ya sería demasiado tarde. Además, sospecho que su voluntad de ayudar será bastante escasa.

Tras haber sido testigo directo de la actitud mostrada por las autoridades coloniales durante su visita, Anselmo no discutió mi razonamiento.

—Entonces solo nos queda una opción —señaló—. Abandonar la reducción... Nuestra prioridad debería ser poner a salvo a todos los guaraníes que tenemos a nuestro cargo. Hallaremos cobijo en las reducciones de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio, las más

protegidas y algo más cercanas a las poblaciones españolas. Aunque me parte el corazón tener que dejar el hermoso pueblo que hemos levantado con tanto esfuerzo, me temo que es la única salida.

Detuve mis pasos para analizar con detenimiento aquella propuesta.

—Una evacuación de semejante magnitud conllevaría muchísimos riesgos y dificultades. La distancia para recorrer es enorme y nos llevaría semanas llegar a nuestro destino. Tendríamos que fabricar balsas y canoas para remontar el río, pero parte del trayecto habríamos de acometerlo a pie a través de la selva para rodear los saltos del Paraná. Cargaríamos con un pesado equipaje, incluyendo los objetos de culto y las estatuas de los santos. Durante la travesía escasearía la comida y brotarían epidemias y enfermedades. Se producirían cientos de muertes, especialmente entre los niños y ancianos.

—Soy consciente de ello —admitió Anselmo—, pero si los *bandeirantes* nos atacan, el resultado será mucho peor.

—No tomemos una decisión aún —sugerí—. Enviaré a un par de guaraníes a espiar a los portugueses para ver lo que hacen. Tras el saqueo de la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, puede que hayan tenido suficiente y decidan marcharse.

El padre Anselmo Claver dejó escapar un resoplido, pero finalmente decidió darme un voto de confianza.

—Está bien, esperaremos que pasen unos días antes de hacer nada.

No paraba de darle vueltas a la cabeza y me resultaba imposible dormir. Aunque ojalá nunca se hubiese producido, el ataque de los paulistas a una misión jesuita no me había sorprendido lo más mínimo. Lo veía venir desde hacía tiempo y, en consecuencia, me había estado preparando para ello. Había llegado, por tanto, la hora de enseñar todas mis cartas.

Incapaz de conciliar el sueño, dirigí mis pasos hacia la iglesia en plena madrugada. Si oraba con entrega, esperaba que el Altísimo me ayudase a tomar la decisión más acertada. Aunque sabía lo que tenía que hacer, debía estar completamente seguro de dar aquel paso por todo cuanto implicaba. Después ya no habría marcha atrás. Del acierto de mi decisión dependerían miles de vidas humanas.

La iglesia estaba sumergida en tinieblas, salvo por la luz que arrojaban algunas velas estratégicamente situadas en el altar y las paredes laterales. Las llamas parpadeaban y me permitían orientarme en la oscuridad.

De repente, escuché un ruido procedente de la capilla dedicada a la Virgen María, donde reposaban las reliquias de san Bonifacio. Una sombra que se movía me confirmó que no estaba solo como imaginaba. ¿Qué haría alguien allí a unas horas tan intempestivas?

Me aproximé en silencio hasta distinguir una silueta que se recortaba en la penumbra de la capilla. El extraño sostenía un cirio en la mano, que partió por la mitad ayudándose con la rodilla. ¡Allí estaba el misterioso sacrílego que llevaba semanas vandalizando la iglesia sin que nadie supiese quién era!

Lo abordé por sorpresa y el incauto dio un respingo al sentirse descubierto. Entonces le vi la cara y me quedé sin palabras. ¡Era Miguel Yepuy! Al menos, eso explicaba por qué nos había sido imposible dar con el culpable.

—¡Padre Hurtado! —exclamó, mirándome horrorizado—. ¡Lo siento, de verdad!

Miguel se echó a llorar y se arrojó al suelo para suplicarme perdón. Mi desconcierto fue total.

No entendía ni el porqué de su inadmisible comportamiento, ni tampoco su sentida reacción posterior. Hasta que, por fin, caí en la cuenta de lo que había detrás de todo aquello. El amor, decían, podía llevarle a uno a perder la cabeza.

Tomé a Miguel de los brazos y lo ayudé a levantarse.

—Todo esto es por Arai, ¿verdad? Estabas enamorado de esa muchacha.

—Sí...

—Y cuando el padre Claver te convenció para que rechazases su propuesta de matrimonio, esta fue tu forma de vengarte y de descargar contra él toda la rabia que sentías.

—Es cierto... —admitió Miguel entre sollozos—. Yo... estaba hecho un lío y por eso me he comportado como un idiota. ¡Le ruego que me perdone!

Su arrepentimiento sonaba del todo sincero. De modo que, pese a mi enfado por su inaceptable comportamiento, no pude evitar compadecerme del muchacho.

—No seré duro contigo, pero tus actos no podrán quedar sin castigo.

—Acataré cualquier penitencia que me imponga. Solo le pido una cosa... ¡No se lo cuente al padre Claver, por favor!

Por más compasión que me despertase el muchacho, eso que me pedía era demasiado.

—Miguel, no puedes pedirme algo así.

—Si se lo dice, el padre Claver perderá su confianza en mí. Y ya ni siquiera podré aspirar a ese futuro que había previsto para mí dentro de la Iglesia.

Eso no podía discutirlo. Y, después de todo, suficiente castigo le había supuesto ya haber perdido la oportunidad de casarse con la muchacha que amaba. Entonces me di cuenta de que, si atendía su petición, tendría en Miguel a un ferviente aliado.

—Está bien, no se lo diré. Y lo que has estado haciendo quedará para siempre entre nosotros.

—¡Gracias, padre Hurtado!

—Pero, a cambio, tendrás que hacer algo por mí.

—Por supuesto, lo que sea.

—Deberás partir ahora mismo en busca del hermano coadjutor y decirle que regrese de inmediato.

Miguel frunció el ceño, dejando entrever su confusión.

—Pero... el hermano coadjutor fue a recolectar hierba mate muy lejos de aquí. ¿Cómo podría hacer yo solo un viaje tan largo?

—No, él y los demás integrantes de la expedición se encuentran en realidad mucho más cerca de lo que piensas. A tan solo unas horas de distancia, en un paraje apartado.

—¿Cómo?

—Ahora seré yo quien te pida que guardes un secreto. —Después de lo que acababa de hacer por él, estaba seguro de que podía confiar plenamente en el muchacho—. Lo que voy a desvelarte no lo sabe ni el padre Claver, así que escúchame con atención...

Un día más tarde, la expedición recolectora ya estaba de vuelta. Miguel Yepui no había podido ser más diligente a la hora de cumplir mi encargo.

El padre Claver y yo acudimos a recibirlos a su llegada. Abrazamos afectuosamente a Diego Martínez y saludamos al medio centenar de guaraníes que lo habían acompañado.

—¿Cómo estás, Diego? —preguntó Anselmo.

—Muy bien.

—¿Y los guaraníes? ¿Cuántos de ellos han caído enfermos?

—Ninguno, todos se encuentran perfectamente.

El padre Claver no ocultó un gesto de extrañeza. La recolección del mate en condiciones tan duras ocasionaba problemas de salud de forma inevitable. ¿Cómo era posible entonces que nadie hubiese enfermado, habiendo trabajado incluso durante una época más calurosa de lo habitual?

Para desviar la atención, me dirigí a Tabacambí y le puse al día acerca de los logros de su padre.

—¿Arapizandú se ha bautizado? —preguntó casi sin dar crédito.

—Y no solo eso, también ha sido honrado con la distinción de un cargo y su correspondiente bastón de mando.

A continuación, los guaraníes se dispersaron para reencontrarse con sus familias. Únicamente nos quedamos los tres miembros de la orden jesuita. El carro cargado con los cofres se hallaba a mi espalda, cubierto por una lona blanca.

—Diego —comentó Anselmo—, tenemos trágicas noticias. Los *bandeirantes* asaltaron la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación hace tan solo unos días.

El hermano coadjutor fingió sorprenderse, aunque en realidad ya estaba al corriente de lo ocurrido por boca de Miguel Yepui.

—Es horrible.

—Todavía no lo hemos decidido, pero muy posiblemente tengamos que marcharnos de aquí. Dios aprieta, pero no ahoga. Así que no perdamos la fe. —Y, cambiando de tema, inquirió—: ¿Y la cosecha? ¿Qué tal ha ido?

—Por desgracia, no traemos nada —repuso Diego.

—¿Cómo?

El desconcierto en el rostro de mi compañero se hizo evidente.

—Mucha de la hierba mate que encontramos no estaba lista todavía para ser cosechada, y otro tanto la acabamos tirando porque se estropeó a causa de la excesiva humedad.

—A veces esas cosas pasan —me apresuré a añadir para reforzar las endebles excusas de Diego—. En ocasiones, el comportamiento de la naturaleza resulta imprevisible.

El padre Claver nos miró a mí y al hermano coadjutor de forma alternativa, y por primera vez advertí un punto de desconfianza en su mirada. En todo caso, no agregó nada más y dejó correr el tema.

—Comprendo —concluyó—. Supongo que tendremos más suerte la próxima vez.

Dicho esto, Anselmo se marchó para retomar sus quehaceres, envuelto en un frío silencio completamente impropio de él.

—Tienes que contárselo —me dijo Diego Martínez—. Está claro que se huele algo raro.

—Tienes razón, lo haré. De todas maneras, tampoco podría retrasarlo por mucho más tiempo.

—¿Y qué hacemos con los cofres? ¿Los enterramos de nuevo?

—No, los necesitaremos muy pronto. Mientras tanto, oculta el carro en algún sitio. Ha llegado la hora de actuar.

CAPÍTULO 11

Víctor Jaramillo

Nos hallábamos a escasa distancia de la reducción de San Francisco Javier.

Conforme al plan urdido junto al capitán, Alfonso Cardoso y yo nos haríamos pasar por comerciantes para entrar en el recinto y evaluar la capacidad defensiva de los jesuitas.

Para hacer creíble el engaño, me había cortado las greñas, me había afeitado y había sustituido el característico uniforme militar por ropas de civil. Tampoco llevaba armas de fuego encima. Alfonso me acompañaba en calidad de ayudante, pues la repentina aparición de un mercader que viajaba en solitario, y que además era manco, habría causado excesivas sospechas. Una vieja mula tiraba de un carro cargado de provisiones, que supuestamente eran los bienes con que comerciábamos.

Con todo, estaba seguro de que los jesuitas no nos dejarían pasar sin antes habernos interrogado. Sin conocernos de nada, sería lógico que de entrada se mostrasen desconfiados. Y, para evitarlo, se me había ocurrido una idea que nos permitiría entrar en la reducción sin que a nadie le diese tiempo a pensar demasiado. La treta entrañaba sus riesgos, pero estaba seguro de que no fallaría.

—Saca el cuchillo, Alfonso —indiqué—. Vamos a hacer lo que te dije.

—¿Estás seguro, Víctor?

—Tranquilo, si lo hacemos bien, no debería haber ningún peligro. Ya he perdido la cuenta de las veces que me han herido antes.

Alfonso se había puesto un poco pálido. Evidentemente, la idea de hacer aquello no le gustaba.

—Está bien —concedió al fin.

Tomé su cuchillo y coloqué la punta por debajo de mi hombro izquierdo, donde no se vería afectado ningún órgano vital. O al menos eso esperaba. Más me valía no estar equivocado.

—Tienes que clavarme el cuchillo en este punto, ¿ves? Pero solo lo justo, si la herida fuese excesivamente profunda podría tener problemas. Todo cuanto necesitamos es que brote la suficiente sangre como para que se vea aparatoso.

Alfonso asintió e hizo lo que le pedía. Sin embargo, su primer pinchazo apenas me traspasó la piel.

—Más fuerte —le apremié.

—Vale, vale. Solo estaba probando.

La segunda estocada penetró en la carne y me hizo apretar los dientes. Dejé correr la sangre para que me empapase la camisa. Y solo después me taponé la herida con un paño que tenía preparado. Dolía, pero no tanto como esperaba.

—¿Estás bien? —preguntó Alfonso, visiblemente preocupado.

—Lo soportaré —repuse—. Vamos, sigamos adelante.

Cuando llegamos a la reducción, los guaraníes que vigilaban la entrada nos dieron el alto. Alfonso me sostenía y yo fingía caminar con dificultad. La sangre que me cubría impresionaba a

primera vista. Por gestos, les pedimos que avisaran a los misioneros jesuitas, aunque tampoco hizo falta. Nada más vernos, uno de los guaraníes ya había salido corriendo a buscarlos.

Los minutos de espera se me hicieron eternos hasta que, por fin, apareció un misionero que lucía una poblada barba.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió, alarmado.

—Somos comerciantes, pero unos indios nos atacaron y yo he recibido un flechazo —expliqué.

Asumí la voz cantante porque Alfonso era portugués y, pese a que su español era bueno, el acento lo delataba. Mi amigo tenía instrucciones de hablar lo menos posible, preferiblemente solo con monosílabos.

El jesuita dio unas cuantas instrucciones en guaraní para después dirigirse a nosotros.

—Vamos, le atenderemos en la enfermería —dijo con urgencia.

Accedimos a la reducción e intercambié una imperceptible mirada de satisfacción con Alfonso. Todo estaba saliendo como había planeado. Dejar en la estacada a un hombre herido hubiese sido un comportamiento muy poco cristiano.

—Yo soy el padre Hurtado y dirijo esta reducción junto al padre Claver.

—Bendito sea Dios. No sé qué habríamos hecho de no haber aparecido usted. Yo me llamo Víctor y él es mi compañero, Alfonso.

—He ordenado que guarden el carro en el *tambo*. Allí su mercancía estará a buen recaudo, no tienen nada de lo que preocuparse.

Poco después, llegaron unos guaraníes portando una camilla y el padre Hurtado me conminó a tumbarme en ella.

—Le llevaremos para que no tenga que esforzarse.

Durante el recorrido, me fui fijando en todos los detalles. El lugar era una verdadera población que nada tenía que envidiarle a las de origen europeo. Gozaba de un trazado de calles organizado y casas modestas, pero bien construidas, en las que pieles de vaca hacían las veces de puerta. Todos los guaraníes iban vestidos y se desplazaban de forma ordenada de un sitio a otro. La plaza condensaba buena parte de la vida pública del lugar y la iglesia parecía constituir su orgullo máspreciado.

La enfermería tenía un aspecto rudimentario, pero cumplía con su función. Me depositaron en un colchón relleno de barbas de maíz y el padre Hurtado comenzó a examinarme.

—No parece grave, pero más tarde vendrá a verlo el padre Claver, que posee mejores conocimientos médicos que yo. De momento, me limitaré a vendarle la herida para que deje de sangrar.

—Se lo agradezco de corazón, padre.

—Mientras se recupera, Alfonso podrá alojarse en la casa de huéspedes. Pero únicamente durante dos o tres días, después tendrán que marcharse. Son las reglas establecidas, espero que lo comprendan.

Por la tarde, el padre Claver acudió a la enfermería y me examinó la herida de forma concienzuda. Mientras lo hacía, charlaba en tono cordial, mostrándose atento y afectuoso.

—Definitivamente, la herida no reviste gravedad —concluyó—. Ha tenido suerte, las flechas de los indios suelen causar mucho más daño.

—Quizás deba agradecerse a la providencia divina —repuse—. Me considero un ferviente

devoto de la Virgen de Guadalupe.

El jesuita me sonrió a modo de respuesta y comenzó a cambiarme el vendaje.

—¿Y desde cuando llevan ustedes comerciando por la zona? Es la primera vez que los vemos por aquí.

Aunque sin perder un ápice de su cordialidad, saltaba a la vista que el padre Claver quería saber más de nosotros. Yo ya tenía una historia preparada, así que no me preocupó.

—La situación económica de Asunción no está pasando por su mejor momento. En cambio, en todas partes se habla de la prosperidad de las reducciones jesuitas, de las que se dice que cada vez están más abiertas al comercio.

—Me consta lo de Asunción porque recientemente recibimos la visita de su alcalde —repuso el misionero.

—Por los cuernos... —Con disimulo, Alfonso me dio un codazo a tiempo para evitar que blasfemase. La noticia me había sorprendido tanto que, por un instante, me olvidé de representar mi papel de piadoso mercader—. ¿De verdad?

—Y también del gobernador del Paraguay. Por desgracia, no fue una visita de cortesía. Buscaban pruebas del supuesto oro que los jesuitas ocultamos. Pero, desde luego, no encontraron nada. Esos rumores no son más que calumnias que pretenden ensuciar nuestra buena reputación.

Intercambié una fugaz mirada con Alfonso, que no se separaba de mi lado. Aquella noticia desbarataba en buena parte mis esperanzas. Si autoridades tan importantes no habían hallado nada, probablemente significara que no había ningún oro.

—Yo también había escuchado esas habladurías, pero nunca les di el menor crédito —contesté.

—Eso le convierte en una persona sensata —señaló el padre Claver—. En todo caso, ¿podría hablarme del incidente de que ha sido víctima?

—Pues tuvo lugar muy cerca de aquí. Durante el trayecto por el río no tuvimos problemas, pero al poco de pisar tierra nos sorprendieron unos indios salvajes.

—El área que rodea la reducción suele ser bastante segura, pero es cierto que nunca se sabe.

—Ojalá llegue pronto el día en que todos los indios paganos puedan civilizarse y rendirse a la autoridad incontestable de los evangelios y a la infinita bondad de Jesucristo. La labor que realizan ustedes, los misioneros, merece todo nuestro elogio.

El padre Claver remató el vendaje y, satisfecho con las respuestas que le había dado, se despidió de nosotros.

—Mañana volveré a revisarle la herida y, si la evolución es buena, pasado mismo podrán reanudar su camino.

El siguiente día transcurrió con extrema lentitud, pues postrado en la cama no podía hacer nada salvo dejar pasar las horas. Los demás pacientes de la enfermería eran guaraníes y no tenía modo de hablar con ellos. Ni yo conocía su idioma ni ellos el mío. Ya me había fijado en que los padres jesuitas solo hablaban en guaraní, salvo cuando se dirigían a nosotros.

Alfonso tampoco me hacía compañía porque se dedicaba a explorar la reducción para llevar a cabo las pesquisas oportunas. Confiaba en el buen hacer de mi compañero para garantizar el éxito de nuestra misión.

Durante su ronda de reconocimiento, el padre Claver confirmó la positiva evolución de mi herida. De momento, todo marchaba según lo previsto.

Por la tarde, Alfonso regresó a la enfermería y me puso al corriente de lo que había averiguado.

—Con toda seguridad, no hay soldados españoles aquí. Ni dentro de la reducción ni tampoco en los alrededores. Si les atacamos, los guaraníes serían los únicos que podrían defenderse. Hasta no hace mucho practicaban el arte de la guerra y la mayoría conserva aún sus armas tradicionales. De cualquier manera, ante un ejército de *bandeirantes* no tendrían la menor oportunidad.

—Buen trabajo, Alfonso.

—El único problema es el acceso a la reducción.

—Sí, pero eso ya lo sabíamos.

Por la expresión de mi amigo, supe que la siguiente noticia ya no sería tan buena.

—En cuanto a lo del oro... Nada de nada. Algunos ornamentos de la iglesia son de plata, pero ni rastro de nada más lujoso.

—Era lo que esperaba —admití, decepcionado—. Mañana tendremos que irnos, pero antes vuelve a echar un último vistazo por si acaso...

El tercer día, el padre Claver acudió a ver a los pacientes de la enfermería con un rictus de inquietud. La ausencia de su característico buen humor evidenciaba que algo iba mal. Durante la exploración de mi herida permaneció todo el tiempo en silencio, otro signo más de que algo le preocupaba.

—Esto ya tiene un aspecto mucho mejor —dijo, tras finalizar la revisión.

—Le agradezco mucho sus cuidados.

—En todo caso, tendrán que marcharse hoy. Ya se lo advertimos el día de su llegada.

El padre Claver se pasó la mano por su tonsura y me dedicó una mirada grave. Por un instante, temí que me hubiese descubierto.

—¿Ocurre algo, padre?

—Sí, debo advertirles de algo importante. No vayan en dirección a la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación. Han de seguir la ruta del noroeste, en dirección a la reducción de San Ignacio.

—Pero la de Nuestra Señora de la Encarnación es la que se haya más cerca.

—Lo sé, pero los *bandeirantes* portugueses acaban de arrasarla —desveló con evidente pesar.

Me quedé boquiabierto. Si el capitán Joao da Silva había decidido asaltar la reducción, significaba que había encontrado la excusa que necesitaba para hacerlo.

—¡Es terrible! —exclamé, fingiendo consternación—. ¡Esos malditos canallas deberían arder en el infierno!

—Solo nos queda rezar para que Dios escuche nuestras plegarias y evite que el mal se siga extendiendo. Por desgracia, para todos los guaraníes que han capturado ya es demasiado tarde.

Y, dicho esto, el padre Claver se despidió y reanudó su ronda con el resto de los enfermos.

Alfonso llegó más tarde, deseoso de hacerme un anuncio a juzgar por su expresión agitada.

—Víctor, he descubierto algo que me parece de lo más sospechoso.

—¿A qué te refieres?

—Como cada día, fui al *tambo* porque allí guardaron nuestro carro con la mercancía para comprobar que no faltaba nada. Entonces, en el fondo de la estancia, advertí que había otro carro que antes no estaba allí.

—¿Y eso qué tiene de raro? —inquirí.

—El contenido estaba cubierto con una lona bien amarrada, así que no pude evitar la tentación de echar un vistazo. Había media docena de cofres de madera, forrados de cuero repujado.

—¿Y qué había dentro?

—No lo sé porque las cerraduras eran de hierro y no tenía modo de abrirlos. Sin embargo, intenté levantar uno y puedo asegurarte que su contenido es bastante pesado. —Mi amigo entrecerró los ojos conformando una mueca de sospecha—. Pero es que, además, en ese momento apareció el hermano coadjutor, al que no conocíamos porque se hallaba ausente cuando llegamos. La cuestión es que no le gustó nada verme husmear cerca del carro, que inmediatamente después se llevaron a otro sitio. Su reacción me dio mucho que pensar...

Mi imaginación echó a volar sin poder evitarlo. Allí podía estar el oro tan ansiado. Pese a su extrema cautela, los jesuitas habían cometido un ligero descuido que podía haberles delatado.

—Yo también tengo algo que contarte, Alfonso.

En pocas palabras, le puse al día acerca del ataque que los nuestros habían perpetrado contra la reducción vecina.

—No conozco los detalles, pero por lo poco que sé, el asalto debió ser un éxito y el número de indios capturados enormemente grande.

—¿Y qué hará el capitán Joao a continuación? —preguntó Alfonso.

—No lo sé, pero debemos avisarle para que también caiga sobre esta reducción, que tampoco cuenta con ninguna defensa militar. Además de la recompensa en forma de indios, me interesaría mucho hacerme con el botín que esconden esos misteriosos cofres.

—¿Y cómo va a poder entrar, ahora que los padres jesuitas ya están advertidos del peligro?

—También he pensado en eso. Yo les abriré las puertas desde dentro.

Alfonso me miró sin comprender.

—Este es el plan —señalé—. Márchate ahora mismo y avisa al capitán para que ataque justo dentro de dos días, antes del amanecer. De garantizaros el acceso a la reducción, ya me ocuparé yo. Pero acuérdate de que tenéis que atacar justo ese día y en ese momento. Ni antes ni después. ¿Entendido?

—Sí, no me olvidaré...

—El único problema es que yo ya estoy prácticamente recuperado, y los jesuitas me han dicho que también debo marcharme hoy.

—Entonces, ¿cómo harás para cumplir con tu parte del plan? —inquirió Alfonso—. Si no te quedas, no tendrás modo de hacerlo.

Me di unos golpecitos en la sien con el dedo índice y esboqué una sonrisa.

—Sigue mis instrucciones al pie de la letra y, cuando lo tenga todo preparado, busca al padre Claver para que venga a verme cuanto antes.

Al cabo de un rato, apareció el misionero jesuita sin entender la urgencia de mi llamada. Yo me había cubierto con una manta que me llegaba hasta el cuello, bajo la cual no podía evitar asarme. En cambio, lo que hice fue quejarme de que tenía mucho frío.

El padre Claver me palpó la frente de inmediato.

—La fiebre es muy alta —murmuró, preocupado.

Antes, Alfonso había empapado un paño de agua y lo había calentado en una de las hogueras que los guaraníes usaban para cocinar. Después lo dispuso sobre mi frente y esperamos a que la piel agarrase todo el calor. También me roció unas cuantas gotas para darle aún mayor verosimilitud al engaño.

—Me ha surgido de repente —expliqué al tiempo que tosía y fingía temblar ligeramente.

—Pensé que el peligro de que algo así ocurriera ya había pasado, pero veo que me equivocaba. Desde luego, no tiene buen aspecto.

Para asegurarme de que el ardid funcionaba, también había salido un momento al exterior y me había puesto a dar saltos hasta ponerme rojo y sofocado.

—Padre, espero no tener que abandonar la reducción en estas condiciones. —Al hablar, mantenía los ojos parcialmente cerrados, como si los párpados me pesaran una tonelada.

—Por supuesto que no. Las circunstancias han cambiado y seguiré ocupándome de usted hasta que se haya restablecido.

—Que Dios le bendiga, padre.

Cuando alcé la mirada, me di cuenta de que Alfonso apenas podía contener la risa. Por suerte, logró reprimirla antes de echarlo todo a perder.

CAPÍTULO 12

Iracema

Mi vida en la reducción apenas había cambiado desde mi llegada.

La campana de la iglesia marcaba la pauta del día, siguiendo una rutina que nunca variaba. Los tañidos señalaban la hora de levantarse, de las comidas, de acudir a misa y de finalizar la jornada. En mi caso, yo me pasaba la mayor parte del tiempo hilando y bordando prendas y mantas. La Matrona me había enseñado bien y cada vez se me daba mejor el trabajo. Aunque aburrido, me satisfacía ver cómo avanzaban mis creaciones con tan buenos resultados.

La única actividad extraordinaria en la que participé se produjo cuando recibimos la visita de unos extranjeros, considerados jefes muy poderosos entre los blancos. Me seleccionaron para lanzar pétalos de flores a los pies de los visitantes, situada en una larga fila junto a otros niños de mi edad. La reducción se engalanó y se llenó de fiesta como hasta entonces no había visto antes.

Algunos días, a las muchachas del *cotiguazú* también nos llevaban a los campos de cultivo para contribuir con nuestro trabajo. Los padres jesuitas habían ideado un sistema considerado bastante justo y proporcionado. Por un lado, cada familia disponía de un pedazo de tierra propio —el *abampaé*—, mediante el cual poder satisfacer sus propias necesidades. Y, por otro, estaban las tierras de Dios —el *tubampaé*—, que todos los habitantes debían trabajar por turnos y cuyos frutos se destinaban a la comunidad.

Como a mi edad aún no tenía demasiada fuerza, mi labor en el campo consistía en espantar a los pájaros. Las bandadas de papagayos eran especialmente peligrosas para la supervivencia de los cultivos. Siempre estaban al acecho y, en cuanto se les presentaba la oportunidad, se lanzaban sobre el maíz entre graznidos y eran capaces de devorar la cosecha en una sola mañana. Yo vigilaba los campos muy atenta a las incursiones indeseadas. Y, tan pronto como veía a un pájaro acercarse, salía corriendo en su dirección haciendo grandes aspavientos y gritando para ahuyentarlo. Mentiría si dijese que no encontraba divertido el trabajo.

Aunque la religión cristiana todavía me sonaba extraña y muy alejada de la tradición que me había enseñado mi padre, me di cuenta de que para las mujeres comportaba una mejora significativa. En mi cultura, los hombres iban al campo tan solo para desbrozarlo, dejando el resto de las tareas agrícolas —arar, sembrar, escardar y cosechar— en manos de las mujeres. Los padres jesuitas, sin embargo, habían acabado con aquella tradición, haciendo recaer ahora todas aquellas labores principalmente sobre la población masculina.

El pelo me crecía deprisa y estaba deseando recuperar la melena que tenía antes de que me la cortasen con motivo de mi iniciación. Sin embargo, pronto supe por las otras niñas que los cabellos largos no gustaban a los jesuitas, razón por la cual nos inducían a llevarlo bien sujeto en redecillas.

El dolor por la pérdida de mi familia seguía estando muy presente y no disminuía. A menudo lloraba en silencio cuando estaba en la cama y me preguntaba si no hubiese sido mejor que mi padre no me salvara. No me gustaba ser la única superviviente de la masacre. Muchas noches tenía pesadillas en las que revivía el ataque sobre la aldea y la posterior escena de los muertos esparcidos por todas partes. María Taparay advirtió que no dormía bien y, cuando le conté lo que me pasaba, me dejó ir a su cama las noches en que tuviese sueños malos.

La Matrona no tenía descendencia, de modo que a mí y a las demás niñas que nos hallábamos bajo sus cuidados nos quería como a sus hijas. En todo caso, yo había notado que por mí mostraba una especial preferencia. Algunas veces me servía una golosina con la comida, o me dejaba levantarme un poco más tarde. Y, en general, conmigo era algo menos estricta que con el resto.

Aunque su afecto no podía suplir el amor que había perdido por parte de mi familia, María Taparay se había convertido en lo más parecido a una figura materna que había tenido la suerte de encontrarme.

Al tiempo que me hacía unas trenzas, María me contaba viejas historias de cuando ella era una niña y nada sabía de la llegada de los hombres blancos. Fue entonces cuando, de repente, Arambayu Taparay entró en la habitación de su hermana muy alterado, como si buscara desesperadamente refugio o protección.

—¡Arambayu! —exclamó—. ¡No puedes irrumpir aquí de esta manera!

Su hermano ni siquiera pareció escucharla. Se sentó en el suelo y sepultó la cabeza entre las piernas. Respiraba muy deprisa y el pecho se le agitaba arriba y abajo.

—Pero ¿qué te pasa? —María, preocupada, le rodeó con los brazos.

Sus intentos por calmarlo no dieron resultado. Al contrario, Arambayu pasó de la parálisis al enfado hasta que, por fin, desveló el motivo de su enorme disgusto. Al parecer, había protagonizado un enfrentamiento verbal con los padres jesuitas, que le habían humillado en mitad de la plaza.

—Ya nadie acudirá a verme para que me ocupe de sus males. Como hechicero, he perdido casi toda mi credibilidad —se lamentó.

—¿Tan grave ha sido?

—Hasta los niños me tiraron boñigas de vaca. Además, tuve que renunciar públicamente a mis artes. ¡Amenazaron con expulsarme si no me avenía a su voluntad!

La Matrona se dio cuenta enseguida de la gravedad del asunto y trató de consolar a su hermano para que dejase de mortificarse. Sin embargo, sus palabras no sirvieron de nada. Arambayu se revolvió y se desahogó en voz alta diciendo lo que pensaba.

—¡Los misioneros no han llegado para salvarnos, sino para traernos la perdición! ¡Son demonios que han venido a nuestras tierras para imponernos sus doctrinas lejanas!

—¡No digas esas cosas, Arambayu!

—Solo digo la verdad. ¡Esos demonios han conseguido que renunciemos a nuestras tradiciones y enseñanzas espirituales transmitidas de generación en generación! ¿Cómo hemos podido olvidar tan pronto las costumbres veneradas por nuestros mayores?

María advirtió que a su hermano se le había desatado la lengua, y me pidió que saliese de la estancia para que no lo escuchase. Sin embargo, fue el propio Arambayu quien lo evitó.

—No, deja que Iracema se quede. Quiero que escuche todo lo que tengo que decir. ¿Cómo hemos sido tan necios como para dejarnos hacinar como ganado en estos pueblos y permitir que los misioneros nos inculquen su extraño credo? Hemos perdido nuestra antigua libertad de discurrir por valles y selvas, sin la necesidad de tener que aferrarnos a un determinado pedazo de tierra propio. Ni siquiera nuestros hombres ilustres pueden ya disponer de varias mujeres,

teniéndose que conformar con una sola.

Lo cierto era que yo me sentía identificada con el discurso de Arambayu, que tanto me recordaba a mi padre en incontables aspectos. Los jesuitas nos habían impuesto cambios muy profundos que afectaban a cada detalle de nuestras vidas, desde el nacimiento hasta la muerte. Y asumir todo aquello de golpe me estaba suponiendo un choque muy fuerte.

—Basta ya, Arambayu —rogó María.

—No, no pienso callarme. Para ti puede que sea tarde porque esos demonios ya te han adoctrinado, pero Iracema es una recién llegada y para ella todavía no lo es.

—A la niña no la metas en tus contiendas particulares, que ya ha sufrido bastante.

Arambayu me lanzó entonces una pregunta directa.

—¿Y tú qué piensas de todo esto?

Al principio no dije nada porque no quería decepcionar a ninguno de los dos, pero ambos tenían su mirada clavada en mí y aguardaban expectantes mi respuesta.

—Creo que Arambayu tiene mucha razón en lo que dice... —contesté al fin.

La Matrona me miró, contrariada, y después se giró, indignada, hacia su hermano.

—¿Ves lo que has conseguido? ¿Acaso quieres meter a Iracema en un lío?

—Iracema ya es lo suficientemente mayor como para pensar por sí misma.

—La estás influyendo de forma negativa.

—¡Es la influencia de los jesuitas la que de verdad nos perjudica a todos!

María ignoró a su hermano y me asió por los brazos.

—Iracema, tienes que jurarme que nunca hablarás con nadie de las cosas que has escuchado decir a Arambayu.

Negarme habría sido una tontería. Y, de todas maneras, tampoco tenía intención de hacerlo.

—No lo haré, Matrona. Se lo juro.

Pese a los esfuerzos de María para que su hermano dejase de hablar, este no había dicho aún su última palabra.

—Me sorprende la facilidad con la que la mayoría aceptáis el cristianismo, una religión que proclama la existencia del infierno, un lugar donde los pecadores están destinados a sufrir horribles tormentos durante el resto de la eternidad. Allí, dicen los misioneros, es donde acabaron nuestros ancestros por el solo hecho de no estar bautizados. Pues si ese es el caso, ¡yo no quiero ir al cielo, prefiero acabar en el infierno para reencontrarme así con mis seres queridos!

—Cállate ya. Lo único que estás consiguiendo es confundir a la niña, ¿es que no te das cuenta?

—Iracema es muy lista y sabe que, en realidad, su familia la aguarda en la «Tierra sin mal», ¿verdad?

Asentí sin dudarlo, eso era lo que pensaba.

Arambayu se acercó y me cubrió las mejillas con las palmas de sus manos. Su mirada me traspasaba y nuestras narices se acabaron rozando.

—Ese dios del que hablan los misioneros no es el nuestro, es el de los españoles —me susurró en confianza y con absoluta convicción—. Los extranjeros venidos de más allá del océano no son de fiar. Ninguno de ellos. Ni siquiera los misioneros jesuitas. Los padres Claver y Hurtado son tan falsos como el resto. Y como todos los hombres blancos, también nos traicionarán. No te dejes engañar, Iracema. Si buscas en tu corazón, sabrás que digo la verdad.

—¡Ya estoy harta! —exclamó María, interponiéndose entre los dos—. No voy a dejar que sigas emponzoñando a la niña con tus ideas ni un minuto más.

Tras lo cual, me cogió de la mano y tiró con fuerza de mí hasta sacarme de la habitación.

A partir de ese día, María Taparay insistió mucho en recalcarle las bondades del cristianismo, así como la generosidad de los misioneros, para contrarrestar así las afirmaciones de Arambayu. Recibir mensajes tan contradictorios tan solo servía para aumentar mi confusión, viniendo además de dos personas a las que yo admiraba tanto.

Desde el primer momento, la arrolladora personalidad del antiguo hechicero me había cautivado. Y lo mismo había ocurrido con la Matrona, que no se arredraba ante nadie debido al fuerte carácter que se gastaba. Únicamente la veía achicarse cuando departía con los padres jesuitas, momento en que bajaba la mirada y adoptaba una actitud de sumisión.

María aludía con frecuencia al libro sagrado de los cristianos, pero lo que yo ni siquiera tenía claro era el concepto de «libro».

—Los guaraníes siempre hemos transmitido oralmente nuestro saber —me explicó—. Los hombres blancos, sin embargo, pueden recoger su historia dentro de los libros fijando por escrito las palabras. Aunque para entenderlos, hay que saber leer.

—¿Y tú sabes leer? —pregunté.

—No, pero he aprendido a hacer algunos cálculos porque me enseñó el padre Claver. Antes, como todos, solo sabía contar hasta cuatro. Y, a partir de ahí, mostraba las manos y los pies para indicar que la cantidad era más grande.

—¿Y yo puedo ir a la escuela para aprender a leer y a hacer cálculos?

—Lo siento, Iracema, pero la escuela es solo para los niños. Además, los hijos de los caciques tienen preferencia sobre el resto. —Ante mi expresión de desengaño, María me aclaró un poco más la cuestión—. Los padres jesuitas no quieren que se mezclen niños y niñas. ¿No te has fijado en que siempre que pueden mantienen separados a hombres y mujeres?

—¿Y por qué lo hacen? —insistí—. ¿Qué tiene de malo?

—Para evitar el pecado de la carne, pero aún eres demasiado joven para entender eso.

Todas aquellas normas incomprensibles que los misioneros imponían en nombre de su credo solo servían para afianzar mi convicción secreta de que Arambayu tenía mucha razón en su discurso.

—¿Y el coro? —se me ocurrió—. En el coro también he visto a niñas.

—Es cierto, si tienes una buena voz, los padres jesuitas permiten hacer excepciones. ¿Acaso cantas bien?

—No lo creo —admití.

—Entonces continúa trabajando como lo llevas haciendo hasta ahora y agradece lo que tienes.

Permanecí callada por un momento y me vino a la cabeza un asunto que para mí encerraba un gran significado.

—Matrona, el día que llegué aquí, guardaste mi collar de cuentas doradas y desde entonces nunca he vuelto a verlo. ¿Por qué no me has dejado llevarlo ni siquiera una sola vez?

María suspiró, como si supiese que le sería imposible eludir aquel tema para siempre.

—Ese collar está hecho de oro, un material que los españoles consideran muy valioso y codician enormemente.

—¿Crees entonces que los misioneros me lo quitarían si lo viesen?

—Ellos no porque no son como la mayoría de los hombres blancos. De todas maneras, considerarían inapropiado que lucieses un adorno de tanto valor. Las mujeres de la reducción se engalanan con plumas y abalorios de cuentas de cristal.

Fruncí el ceño mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decirme.

—Pero es el único recuerdo que tengo de mi familia. Mi abuela me lo regaló poco antes de morir.

—Lo comprendo, Iracema. Y es un collar verdaderamente precioso. ¿Sabes? La mujer del cacique de mi aldea, antes de la llegada de los misioneros, tenía uno muy parecido. Y ella, a su vez, lo había heredado de sus mayores. Así que seguramente el de tu abuela también debió de haberse transmitido de generación en generación.

—Es posible porque mi abuela tenía el collar desde que era niña.

—Hace mucho tiempo, muchísimo antes incluso de que los hombres blancos pusiesen un pie en estas tierras, mercaderes del poderoso imperio inca recorrían habitualmente una larga ruta para comerciar con el pueblo guaraní. Así fue como unos pocos pudieron hacerse con joyas de un material tan exquisito, procedente de aquella espléndida nación.

La Matrona estaba muy pendiente de una viuda del *cotiguazú* a la que apreciaba bastante, que llevaba una semana en la enfermería aquejada de algún padecimiento. Un día que estaba muy ocupada, me pidió que fuese a verla en su lugar para hacerle compañía. Acepté encantada porque el encargo me permitía escapar de la rutina y darme una vuelta por la reducción.

La viuda agradeció mi visita, aunque su estado de salud era peor de lo que me había imaginado. Le costaba mucho hablar porque se sentía muy fatigada, así que yo hice todo lo posible por distraerla y animarla, hasta que los ojos se le cerraron. Cuando se durmió, decidí que había llegado el momento de regresar.

Camino de la salida, advertí que había un hombre blanco entre los pacientes de la enfermería. Los españoles destacados que habían estado de visita ya se habían marchado. Por eso su presencia allí me llamó tanto la atención.

Lo miré de reojo al pasar y, por un instante, tuve la impresión de que lo había visto antes. No obstante, aquella sensación no tardó en desvanecerse porque no se sostenía. Al salir me crucé entonces con el padre Claver, que iba con mucha prisa y pasó de largo sin mirarme.

Miré hacia atrás una última vez y vi al padre Claver que atendía al extranjero. Mis pies se detuvieron en seco y me giré por completo. En ese momento, sí que estaba segura de haberlo reconocido.

Era el monstruo humano que me había asaltado cuando estaba sola en el riachuelo. Su vestimenta era diferente y se había cortado el pelo. Pese a que no parecía la misma persona, el perverso brillo de sus ojos continuaba inalterable. En todo caso, lo que me hizo verlo claro fue que le faltaba una mano. Un rasgo tan distintivo disipaba cualquier atisbo de duda.

Mis rodillas comenzaron a temblar y a punto estuve de orinarme encima. Tuve que reprimir un grito que me hubiese delatado. Aquel hombre blanco formaba parte de los despiadados extranjeros que habían masacrado a los habitantes de mi aldea, incluida toda mi familia. Y, sin embargo, allí estaba como si nada, siendo diligentemente atendido por el padre Claver.

¿Qué hacía el peor enemigo de los guaraníes en la reducción de San Francisco Javier? ¿Cómo

era posible? Las preguntas se me agolpaban en la cabeza hasta que recordé lo que Arambayu me había dicho. El antiguo hechicero ya me lo había advertido. No podíamos fiarnos de los padres jesuitas. Y, a la vista de los hechos, resultaba evidente que no le faltaba razón.

Me fui de allí enseguida antes de que el monstruo me reconociese. Estaba muy asustada, aterrada más bien. Los dirigentes en quienes los míos habían confiado su destino, en realidad nos engañaban. Ver al misionero departir amistosamente con aquel guerrero sanguinario me abrió los ojos a una traición imperdonable. ¿De qué estarían hablando? ¿Acaso hacían planes para intentar esclavizarnos a todos?

Durante el camino de regreso, no dejaba de pensar en qué debería hacer. Tenía la sensación de que me encontraba ante un callejón sin salida. Si le contaba a la Matrona lo que había descubierto, estaba segura de que ella se lo contaría a su vez al padre Claver.

¿Y qué pasaría entonces?

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 13

Víctor Jaramillo

No me costó mucho trabajo mantener engañado al padre Claver, aparentando haber empeorado del supuesto flechazo que había recibido.

Solo tenía que permanecer durante dos días más en la enfermería, hasta poder llevar a cabo el plan que había urdido con Alfonso. Mi compañero avisaría al capitán Joao da Silva para que asaltase la reducción de San Francisco Javier, que se hallaba totalmente desprotegida. Yo, por mi parte, debía ocuparme de brindarles el acceso al interior.

Como ya conocía bien los horarios del jesuita, antes de sus visitas empleaba siempre los mismos trucos para fingir que tenía fiebre. El padre Claver no sospechaba nada y se limitaba a aplicarme un paño de agua fría sobre la frente. Yo le agradecía sus atenciones y, sin más, continuaba su ronda con el resto de los pacientes.

Al padre Hurtado lo vi mucho menos porque ambos ejercían roles diferentes. Agradecí mi buena suerte porque el misionero de la barba no era tan ingenuo como su compañero, y de haber estado bajo sus cuidados no habría podido engañarlo tan fácilmente.

En un momento determinado, comencé a tener la sensación de que me estaban vigilando. Aunque los guaraníes me parecían casi todos iguales, algunas caras comenzaron a resultarme familiares por lo mucho que frecuentaban la enfermería sin que fuesen pacientes. Luego, descarté aquella idea, convencido de que los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Aunque el tiempo en la enfermería transcurría con lentitud, no me importaba lo más mínimo. La perspectiva del botín que obtendríamos capturando a miles de indios compensaría de sobra aquel tedio insostenible. Sabía que el capitán me recompensaría generosamente por el papel clave que había jugado en todo aquel asunto.

Además, estaba el aliciente de apoderarme de los cofres y su más que probable valioso contenido. Si aquella iba a ser mi última *bandeira*, procuraría retirarme atesorando una fortuna.

Pese a la eterna espera, por fin llegó la noche decisiva en la que me tocaba cumplir con la parte del plan a la que me había comprometido. Aproximadamente un par de horas antes del amanecer, conforme la posición que la luna ocupaba en el cielo, abandoné la enfermería y encaminé mis pasos hacia la entrada del pueblo.

Me desplacé pegado a las paredes, bajo los soportales de las casas, para procurar pasar inadvertido. Ya había comprobado que por las noches hacían guardia varios alguaciles, que eludí desviándome por calles alternativas. El momento de mayor riesgo se produciría cuando tuviese que vérmelas con la pareja de centinelas que custodiaba la puerta. Tenía que quitármelos de encima del modo que fuese. Y, valiéndome del factor sorpresa, esperaba apuñalarlos antes de que ni siquiera se diesen cuenta de lo que estaba pasando.

Al llegar, el sorprendido fui yo al comprobar que no había ningún centinela a la vista. Aunque me resultó muy extraño, lo achaqué a un malentendido durante un cambio de turno. Cualquiera que fuese el motivo, no desaproveché la oportunidad y me dirigí hacia la gruesa puerta de

madera que abrí alzando el pesado travesaño que la aseguraba. De un fuerte empujón logré desplegar la doble hoja de par en par, tras lo cual dejé escapar un suspiro sin poder creerme aún lo fácil que había sido todo.

El sendero arrebatado a la naturaleza que conducía a la reducción estaba desierto. Aguardé durante unos segundos y miré alrededor en espera de detectar algún movimiento. Salvo por los habituales sonidos de la selva, la quietud de la noche era absoluta. Si Alfonso había cumplido con su cometido, mis compañeros de *bandeira* tendrían que estar muy cerca, ocultos entre la maleza, pendientes de que yo les facilitase el acceso. Si por algún motivo no aparecían, o simplemente llegaban tarde, mi arriesgada acción de nada habría servido. En cuyo caso, tendría que largarme de allí antes de que los guaraníes me descubriesen.

Cada vez más nervioso, no dejaba de mirar a mi espalda por si alguien daba la alarma al ver la puerta abierta. De repente, unas sombras espectrales se materializaron en el camino. No respiré tranquilo hasta distinguir la silueta del capitán Joao da Silva a la cabeza de la marcha, acompañado por Alfonso y dos de sus lugartenientes. Detrás le seguía el temible ejército de *bandeirantes* al que yo pertenecía.

—¡Por los cuernos de Belcebú! ¡Vamos! —apremié en cuanto llegaron a mi altura—. Tenéis que entrar ahora mismo.

—Bien hecho, Víctor —me felicitó el capitán al tiempo que hacía una señal para agilizar el paso de la tropa.

—¿Cuántos sois en total? —pregunté.

—Un centenar de hombres armados con espadas y arcabuces.

—Perfecto, de sobra para sofocar cualquier conato de resistencia.

Guie a la tropa a través de la avenida principal, con destino a la casa parroquial situada en la plaza. El capitán quería hablar con los padres jesuitas para convencerlos de que rindiesen pacíficamente la reducción, y evitar así un derramamiento de sangre innecesario. La mayoría de los guaraníes acatarían la voluntad de los misioneros, y los que no lo hiciesen lo acabarían pagando caro.

Una luna en cuarto creciente arrojaba su leve fulgor sobre la reducción, permitiendo vislumbrar los contornos de las viviendas en mitad de la oscuridad predominante. El ejército de paulistas avanzaba en silencio, aunque el eco de sus pasos sobre la tierra y el rozamiento de los uniformes al desplazarse producían un ruido inevitable. En cuanto algún alguacil se diese cuenta de nuestra presencia allí, nos enfrentaríamos al primer altercado. En tal caso, procuraríamos silenciarlo antes de que diese la voz de alarma. Por el momento, no obstante, todo seguía asombrosamente tranquilo.

Nos detuvimos al llegar a la plaza. Aunque entre los hombres se respiraba cierta tensión, tampoco se les veía excesivamente preocupados. La situación parecía estar bastante controlada. En modo alguno los guaraníes de la reducción suponían una verdadera amenaza.

Todo eso, sin embargo, cambió en cuestión de segundos.

De repente, la noche se iluminó con una sucesión de fogonazos, acompañados por sonoros estampidos que me llenaron de confusión y pavor. Una bala me rozó la cabeza y pasó silbando junto a mi oído. Otros no tuvieron tanta suerte y cayeron fulminados al suelo como marionetas a las que le hubiesen cortado los hilos. Cuando comprendí que nos disparaban, lo vi todo muy claro. Nos habían tendido una trampa.

El capitán me sujetó por la pechera y me miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Dijiste que no había soldados en la reducción! —gritó, desquiciado.

No atiné a dar una respuesta porque yo mismo no me lo explicaba. El capitán me soltó y comenzó a vociferar instrucciones para contrarrestar la emboscada. El ejército de *bandeirantes* inició la retirada para tomar posiciones desde las que hacer frente al enemigo. Aunque no sabíamos a quiénes nos enfrentábamos, su número era considerable. Parecían estar apostados en las esquinas y los tejados. La confusión de los primeros instantes era total.

Aturdido por aquel inesperado giro de los acontecimientos, tardé más tiempo en reaccionar que el resto de mis compañeros. Hacer frente a los atacantes estaba fuera de mis posibilidades porque yo carecía de arcabuz. Tan solo disponía de un puñal que se me antojaba insuficiente. Apartarme del fuego cruzado era lo más inmediato.

Retrocedí unos pasos, pero trastabillé enseguida y me caí de espaldas contra el suelo. Había tropezado con el cadáver de un compañero, que había sido de los primeros en recibir un disparo. Descubrir que se trataba de Alfonso me produjo un fuerte impacto. Una bala le había atravesado el cuello y la sangre no dejaba de manar formando un gran charco. Durante unos segundos me quedé paralizado hasta que un nuevo disparo volvió a pasarme muy cerca. Mi cupo de buena suerte se estaba agotando.

Corrí a refugiarme tras la estatua de un santo que decoraba la plaza, observando a los *bandeirantes* que se replegaban y se atrincheraban en el interior de varias casas que habían desalojado, desde donde comenzaron a disparar a través de puertas y ventanas. Otros se parapetaron en las esquinas de la calle que ocupaban.

Pese a las bajas iniciales que habíamos sufrido, las fuerzas comenzaron a igualarse. Sin embargo, cuando parecía que la situación se tornaba a nuestro favor, fuimos a continuación objeto de una lluvia de flechas que se sumaba al daño que causaban las balas. Nuevos enemigos se habían unido a la batalla desequilibrando la balanza, después de que nosotros mismos nos hubiésemos metido en la boca del lobo.

Aunque haberme lanzado a la carrera para unirme a mis compañeros habría sido lo más lógico, también implicaba un riesgo mayor. En ese momento, me di cuenta de que las campanas estaban sonando, mezcladas con el ensordecedor ruido de los disparos. A mi mente acudió entonces una idea que hasta ahora no había considerado. Si corría hacia la iglesia, que me quedaba a escasa distancia, me estaría alejando de las balas al tiempo que hallaría refugio en suelo sagrado. Allí podría aguardar el desenlace de la batalla, con la certeza de que en la casa de Dios nadie me haría daño.

Crucé tan rápido como pude el trecho que me separaba de la iglesia y entré con el ímpetu de un caballo desbocado. Sentí un alivio pasajero al percibir la paz que se respiraba allí dentro, en contraste con la batalla que se libraba en el exterior. Las velas dispuestas proyectaban luz suficiente como para alejar las tinieblas de los rincones del templo. Avancé hacia el altar, cuando de pronto vi aparecer al padre Claver, que probablemente venía de hacer sonar las campanas. Nuestras miradas se cruzaron y ambos nos quedamos estupefactos.

Contuve mi respiración hasta darme cuenta de que no tenía nada que temer. El misionero jesuita ignoraba mi participación en los hechos, puesto que desde su punto de vista yo seguía siendo un humilde comerciante que estaba de paso.

—¡Padre Claver! ¡¿Qué está ocurriendo?! —exclamé, fingiendo estar asustado—. En cuanto oí los primeros disparos, salí de la enfermería para averiguar lo que pasaba.

La mueca de odio que se dibujó en el rostro del misionero me dejó totalmente descolocado.

—Estoy seguro de que en el infierno habrá un lugar especialmente reservado para ti —espetó—. A mí ya no me engañas. Sé muy bien quién eres y lo que has hecho.

Encajé sus palabras como si hubiese recibido un golpe en el estómago. Con todo, no dejé de interpretar mi papel.

—Padre, pero ¿qué dice?

—Admito que durante los primeros días me embaucaste por completo hasta que, finalmente, descubrí la verdad. Desde entonces supe que eras un despreciable esclavista, y también que abrirías la puerta para dejar pasar a tus compañeros.

Tras aquella revelación, se disiparon muchas de mis dudas. Que me hubiese encontrado la puerta sin vigilancia no era casual. Me habían dejado vía libre para que la tropa fuese directa a la emboscada que nos habían preparado. Aunque llegué a crearme muy astuto, no podía haber estado más equivocado. En realidad, fueron los padres jesuitas los que habían jugado conmigo sin yo ser consciente de ello.

Me sentí como un idiota y estallé en un arrebato de furia.

—Al final, va a resultar que erais más listos de lo que pensaba —farfullé sin disimular mi ira.

Enarbolé el puñal que llevaba conmigo y avancé varios pasos.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió el padre Claver—. ¿Acaso vas a matarme en la casa de Dios?

CAPÍTULO 14

Julio Hurtado

Tras el regreso del hermano coadjutor, decidí que ya no podía seguir por más tiempo manteniendo al padre Anselmo Claver al margen de mis planes. Así pues, lo cité en nuestros aposentos, en cuyo centro reposaba uno de los cofres que hasta entonces había ocultado con tanto celo. Diego Martínez, que también se hallaba presente, me había ayudado a trasladarlo hasta allí.

—Anselmo, esto que voy a decirte no me resulta fácil —advertí, de entrada.

—Te escucho, Julio. Me alegro de que, por fin, te hayas decidido a confiar en mí.

Intrigado, el padre Claver no dejaba de lanzar furtivas miradas al cofre para después fijar sus ojos en Diego y en mí.

—Creo que no te sorprenderá saber que los guaraníes que fueron a recolectar hierba mate, junto a Diego, tenían en realidad una misión muy distinta.

—En efecto, algo sospechaba... —El tono de su voz denotaba que se sentía muy dolido conmigo—. ¿Y cuál fue entonces el verdadero fin de la expedición?

—Resolveré todas tus dudas, pero lo mejor será que empiece por el principio. —Llené mis pulmones de aire antes de continuar—. Hace unos meses, recepcioné un cargamento clandestino en mitad de la noche para evitar que nadie se enterase. Se trataba de un carro cargado con seis grandes cofres que enterré inmediatamente en la parte posterior de nuestro huerto.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y qué hay en esos cofres? —Las preguntas se amontonaban en la boca de Anselmo, que no se esperaba semejante revelación.

—El contenido de los cofres es increíblemente valioso, pero déjame continuar. Pronto lo entenderás todo.

Mi compañero recuperó la calma y yo retomé el hilo de mi discurso.

—Cuando supimos de la visita de inspección que las autoridades coloniales se habían propuesto llevar a cabo, me asusté. Cabía la posibilidad de que encontrasen los cofres y no podía permitirme el lujo de correr ningún riesgo. La expedición para recolectar hierba mate, por tanto, fue tan solo una excusa para alejar los cofres de la reducción.

El padre Claver miró de forma severa al hermano coadjutor.

—Eso quiere decir que Diego estaba al corriente de todo, ¿verdad?

—Así es —confirmé—, pero no le culpes a él. Yo soy el único responsable. Además, como enseguida comprenderás, la participación de Diego en todo esto resulta crucial.

—Lo siento —murmuró Diego Martínez, que también se sentía culpable por formar parte de aquella mentira.

Yo aproveché el momento para insertar la llave en el cerrojo del cofre.

—Ábrelo, Anselmo. Ya es hora de que sepas la verdad.

Mi compañero se inclinó sobre el cofre e hizo girar la llave para desbloquear el mecanismo de apertura. Sin embargo, no abrió la tapa de forma inmediata, como si temiese enfrentarse al secreto que encerraba. Por fin, cuando reunió el valor para hacerlo y atisbó el interior, las facciones de su rostro se contrajeron en una mueca que expresaba asombro y rechazo a partes iguales.

—¿Arcabuces? —inquirió sin dar crédito.

—En efecto —confirmó el hermano coadjutor—. Y de muy reciente fabricación. Este nuevo tipo de arcabuz es lo suficientemente ligero como para no necesitar el uso de una horquilla. Su potencia de disparo es muy superior al de las escopetas y su alcance casi igual de preciso.

Anselmo cogió un arcabuz y lo sostuvo con indecisión, como si le quemase entre las manos.

—¿Cuántos hay en total?

—Sesenta, diez por cada cofre —contesté.

—No me lo explico, un cargamento así ha debido de costar una fortuna. Además, ¿cómo los habéis conseguido?

—Contrabando. La carga procede directamente de España —expliqué—. Y, en cuando al coste, ya sabes del extraordinario patrimonio económico que nuestra orden posee en Europa. La operación la ha organizado y gestionado el propio padre provincial, en permanente contacto con las máximas autoridades jesuitas en el continente.

No era ningún secreto que, entre sus diferentes misiones repartidas por medio mundo, la Compañía de Jesús practicaba a menudo el contrabando. El poder de la orden era tan enorme que sus barcos acostumbraban a eludir con facilidad los controles aduaneros y administrativos establecidos en los puertos.

—¿Y de verdad piensas hacer con estas armas lo que estoy imaginando? —preguntó Anselmo, contrariado.

—A mí tampoco me gusta la idea, pero no nos queda otra opción —señalé—. Ya hemos comprobado que los *bandeirantes* no tienen ningún problema en atacar nuestras reducciones, y que las autoridades coloniales no moverán un solo dedo para ayudarnos.

—Pero ¿enfrentarnos a ellos? ¿Acaso iniciar una guerra no va en contra de los valores cristianos?

—Vamos a defendernos, estamos en nuestro derecho —terció Diego Martínez para reforzar mi posición.

El padre Claver negó con la cabeza.

—También podríamos huir como ya te propuse.

—¿Y abandonar la reducción que tanto tiempo y esfuerzo nos ha costado levantar? —repliqué—. Por no mencionar que un éxodo semejante provocaría la muerte de cientos de nuestros guaraníes. Lo sabes tan bien como yo. O plantamos cara a los *bandeirantes*, o seguirán sintiéndose libres para hacer lo que quieran sin temor a las consecuencias.

Anselmo devolvió el arcabuz al cofre apretando fuertemente los labios. Mis argumentos seguían sin convencerlo.

—Julio, ¿y qué me dices de las ordenanzas que prohíben proporcionar armas de fuego a los guaraníes?

—¡Al diablo con las leyes! —grité sin poder contenerme—. La Compañía ya se ha puesto manos a la obra para modificar la legislación vigente, pero esas cosas llevan su tiempo. Y nosotros no podemos esperar.

—Todo esto me parece una locura.

—¿Entiendes ahora por qué decidí mantenerte al margen de la operación de contrabando? Si te lo hubiese contado, te habrías opuesto desde el principio. Y durante todo este tiempo hubiese supuesto una fuente de conflicto entre nosotros. Por eso dejarte fuera del plan que había urdido junto al padre provincial me pareció lo más conveniente.

Anselmo cogió aire y sus carrillos se le hincharon.

—Está bien, supongamos que los *bandeirantes* nos atacan, como ya han hecho con la

reducción de Nuestra Señora de la Encarnación. En tal caso, ¿de qué nos van a servir los arcabuces? Los guaraníes son muy diestros en el manejo de sus arcos y flechas, pero las armas de fuego les son completamente extrañas. Y, a estas alturas, ya es demasiado tarde para enseñarles. Además, ¿quién lo haría? Porque nosotros no somos precisamente unos expertos en la materia.

—Aún no lo sabes todo, Anselmo —repuse—. La expedición que organicé no solo sirvió para alejar los cofres de la reducción, sino también para entrenar a los guaraníes que la integraban en el manejo de los arcabuces. Diego Martínez se ha encargado de hacerlo.

El padre Claver arrugó la frente y clavó la mirada en el hermano coadjutor.

—¿Tú? ¿Qué sabes tú de armas de fuego?

Diego fue a contestar, pero yo me anticipé a su respuesta.

—Antes de vestir el hábito religioso, nuestro hermano fue soldado y ha participado en más de una campaña militar europea.

Un incómodo silencio siguió a aquella última revelación.

—Entonces, ese fue el verdadero motivo por el que te empeñaste tanto en que nos enviasen a Diego como hermano coadjutor, ¿verdad? —Anselmo se dio un golpe en la frente como si por fin le encajasen todas las piezas—. ¡Qué ingenuo fui al creer que se debía a su talento con el violín!

Posé la mano sobre su brazo en un gesto afectuoso, pero me la apartó de malas maneras. Rara vez había visto a mi compañero tan enfadado. Su mirada constituía el reflejo más claro de que, además de dolido, también se sentía traicionado. No pude evitar sentirme culpable. Aunque había actuado con el convencimiento de hacer lo correcto, quizás no había calibrado las consecuencias de mis actos en toda su magnitud.

—Anselmo, a mí también me duele haber tenido que...

—¡Cállate! Ahora mismo no quiero escuchar tus excusas.

Y, dicho esto, el padre Claver se marchó del cuarto dando un portazo.

—Se le pasará —le dije a Diego, extendiendo las manos en señal de resignación.

Al día siguiente, todo se precipitó después de las noticias que nuestros espías guaraníes nos dieron acerca de los esclavistas portugueses y, sobre todo, del inesperado descubrimiento que el padre Claver había hecho acerca del supuesto comerciante al que habíamos cobijado, que compartió conmigo de inmediato.

De ambas informaciones no solo pudimos deducir que el ataque sobre la reducción se produciría de forma inminente, sino también cómo pensaban llevarlo a cabo. Lo cual, al menos, nos proporcionaba cierta ventaja para contrarrestar el asalto.

En cuanto adivinamos lo que tramaba, pusimos a Víctor bajo vigilancia durante las veinticuatro horas del día. Por eso, cuando abandonó la enfermería en mitad de la noche y se dirigió hacia la puerta de entrada, nuestros guaraníes ocuparon sus posiciones para enfrentarse a los *bandeirantes*. Diego Martínez, valiéndose de sus conocimientos militares, había organizado una emboscada con la que esperábamos poder derrotarlos.

Aunque yo no tenía un arma, me situé junto al hermano coadjutor en primera línea de fuego para presenciar la batalla. Rezaba una novena en voz baja y rogaba por las vidas de los guaraníes que participarían en la contienda. Inevitablemente, algunos morirían, pero su sacrificio se

antojaba necesario. Mientras tanto, el padre Claver aguardaba en la iglesia, preparado para tocar la campana cuando se produjese el ataque. Envueltos en el resplandor plateado que la luna proyectaba, apenas sentíamos el frío de la noche de la tensión que soportábamos.

Un vigilante llegó a toda velocidad y nos confirmó que los paulistas ya habían entrado. Aunque no sabía estimar el número total, estaba seguro de que eran bastantes.

Aquel se trataba del momento más delicado porque nosotros los esperábamos en la plaza y no estábamos seguros de lo que harían a continuación. Conforme las instrucciones de Diego Martínez, los guerreros guaraníes se habían apostado tras algunas esquinas, en el interior de ciertas casas y tendidos sobre los tejados.

La siguiente información que recibimos nos hizo resoplar aliviados. Los *bandeirantes* se dirigían directamente hacia nuestra trampa.

Cuando los vi aparecer por la avenida que desembocaba en la plaza, sentí un escalofrío. Nuestros enemigos eran más de lo que había calculado. ¿Y si había sido demasiado osado al dejarlos pasar hasta el corazón de nuestro pueblo? Esperaba no tener que arrepentirme de la decisión que había tomado.

Al menos, Diego transmitía una seguridad que me hacía ser optimista. Los guaraníes a los que había entrenado no habían tenido problemas para familiarizarse con las armas de fuego, cuyo manejo les había resultado tan sencillo como aprender a tocar un instrumento musical. Cuando estuvieron practicando el tiro al blanco, demostraron poseer una excelente puntería. Aunque, por sí solo, tal cosa no quería decir nada. Disparar contra los troncos de los árboles distaba mucho de enfrentarse a rivales de carne y hueso.

El medio centenar de guaraníes a los que habíamos armado con un arcabuz aguardaba la señal convenida para abrir fuego contra el enemigo. Aunque muchos se mostraban impacientes, el hermano coadjutor mantenía la sangre fría y no daría la orden hasta que la columna del ejército rival hubiese alcanzado la plaza al completo. De ese modo, nuestra primera ráfaga de disparos causaría un daño mucho mayor.

Finalmente, Diego lanzó un grito y apretó el gatillo de su arma, quebrando el silencio de la madrugada. Acto seguido, los guaraníes le imitaron y la noche se llenó de estruendosos estampidos que resonaron en mis oídos y reverberaron en la plaza. El desagradable olor de la pólvora penetró con fuerza en mis fosas nasales. Tras aquella primera andanada, cayeron abatidos entre quince y veinte esclavistas portugueses. La contienda tan solo acababa de comenzar, pero nosotros habíamos asestado el primer golpe y eso nos daba ventaja.

Durante los primeros instantes cundió el pánico entre los *bandeirantes*, que en modo alguno se esperaban semejante recibimiento. No obstante, su capitán logró conservar la calma y comenzó a vociferar órdenes para reorganizar a sus hombres y responder al ataque. La recarga de los arcabuces llevaba su tiempo, y nuestros enemigos aprovecharon la pausa obligada para tomar posiciones en el lado opuesto de la plaza. Todo apuntaba a que se libraría una larga batalla.

Enseguida nos vimos inmersos en un intercambio de disparos procedentes de uno y otro bando. Algunos guaraníes fueron alcanzados, constituyendo nuestras primeras bajas. Para nuestra desgracia, los *bandeirantes* hacían gala de una pericia militar equivalente a la de los tercios españoles.

Yo permanecía junto al hermano coadjutor, que disparaba a través de una ventana sin dejar al tiempo de dar instrucciones. Los guaraníes también se entregaban al combate con gran ferocidad. Tabacambí disparaba con los dientes apretados y una concentración inusitada. De luchar contra tribus rivales, había pasado a hacerlo contra los odiados esclavistas portugueses. El joven guaraní

sentía de nuevo correr por sus venas la gloria de las hazañas guerreras que tantas satisfacciones le había proporcionado.

Nuestro plan de ataque no se limitaba a la emboscada efectuada. Poco después se unieron a la batalla una marea de guaraníes, armados con arcos, lanzas y macanas. Arapizandú y otros caciques habían reunido a sus mejores hombres hasta conformar un ejército formidable de doscientos guerreros o más. De repente, incontables flechas surcaron el cielo nocturno como furiosas avispas deseosas de clavar su aguijón envenenado.

Sumergido como estaba en el fragor de la batalla, no me di cuenta de que las campanas llevaban ya varios minutos sonando sin descanso. Además de advertir del peligro de la situación para que los más vulnerables pudiesen ponerse a salvo, el padre Claver también esperaba con ese gesto llamar la atención de Dios para que pusiese sus ojos en la reducción y lo tuviésemos así de nuestro lado. Yo, por mi parte, me dedicaba a rezar en voz alta para mantener la moral de los nuestros elevada, al tiempo que procuraba no exponerme demasiado para evitar recibir un disparo.

Nuestra amplia superioridad numérica y la ventaja táctica que nos supuso la emboscada provocó que los paulistas comenzasen a retirarse de forma ordenada, sin dejar de disparar para mantenernos a raya.

Diego Martínez abandonó su posición y corrió hacia los caciques para transmitirles que mantuviesen la presión sobre el enemigo, pero guardando siempre las distancias. En tanto que fuese posible, evitaríamos el combate cuerpo a cuerpo para ahorrarnos muertes innecesarias. A partir de ese momento, debíamos concentrar todos nuestros esfuerzos en empujarlos hacia la salida, ocasionándoles durante el proceso el mayor número de bajas.

Cuando Diego se situó de nuevo a mi lado, me dijo algo al tiempo que recargaba su arma por enésima vez.

—Me ha parecido ver a alguien entrar en la iglesia. Y juraría que no era un guaraní.

La expresión se me demudó. Si un *bandeirante* se había refugiado en el templo, Anselmo podría estar en peligro. Actué con la misma determinación e inconsciencia que me llevaba a predicar ante tribus manifiestamente hostiles durante mis expediciones evangelizadoras. Y, abandonando toda cobertura, me lancé a correr por la plaza tan rápido como mis piernas me lo permitieron. Afortunadamente, el riesgo que corría era mucho menor que al principio, pues nuestros enemigos habían retrocedido hacia la avenida. Por tanto, las probabilidades de que me alcanzase una bala eran más bien escasas.

Mientras corría casi a tientas en la oscuridad de la noche, sentí que algo me aprisionaba un pie y me hacía caer de bruces. Me había derribado un *bandeirante* que, herido de gravedad, yacía tirado en el suelo. Con la mirada suplicante, me pidió ayuda con apenas un hilo de voz. Lo ignoré y agité el pie para liberarlo de su tenaza. En ese momento, mi prioridad era la seguridad del padre Claver. Después de la batalla ya me ocuparía de los heridos del bando rival.

Al llegar a la iglesia, abrí la puerta de un empujón y entré trastabillándome. Cuando recuperé el equilibrio y miré al frente, lo que vi me dejó petrificado.

—¡Por el amor de Dios, no! ¡No, no, no! ¡No puede ser! —grité, sabiendo que había llegado tarde por tan solo un instante.

CAPÍTULO 15

Anselmo Claver

Aún seguía enfadado con el padre Julio Hurtado, tras haberme revelado su plan de armar a los guaraníes con arcabuces y prepararlos para la guerra. Lo cual, además de parecerme una pésima idea, me había decepcionado enormemente. Después de tantos años trabajando juntos, me había dolido mucho que hubiese actuado a mis espaldas. Mi enfado era tal, que no le había dirigido la palabra en las últimas veinticuatro horas. La herida todavía estaba demasiado reciente y necesitaría tiempo para curarse.

Aquella mañana prolongué mis oraciones en la iglesia durante más tiempo del acostumbrado, esperando encontrar en Dios el consuelo a mis tribulaciones. Cuando me postré ante la capilla donde reposaban los huesos de san Bonifacio, reparé en que habían transcurrido ya bastantes días sin que se hubiese vuelto a producir un nuevo incidente. Se trataba de una buena noticia y me sentí muy aliviado. Aunque no hubiésemos dado con el culpable, con que no volviese a actuar me daba por satisfecho.

El silencio en el que estaba imbuido se vio repentinamente interrumpido por un fuerte carraspeo. Giré la cabeza y vi a Miguel Yepui tratando de llamar mi atención de la forma más respetuosa posible.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Disculpe, padre Claver. Pero María Taparay insiste en hablar con usted. Dice que es urgente.

Además de una cristiana ejemplar, María era una excelente colaboradora que departía conmigo con frecuencia acerca de la marcha del *cotiguazú*. Por tanto, estaba seguro de que no me habría interrumpido de no tratarse de algo verdaderamente importante.

—Gracias, Miguel. Dile que la atenderé enseguida.

Concluí mis oraciones y salí a la plaza, donde María Taparay me aguardaba con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Cuéntame, María. ¿Va todo bien?

—Se trata de Iracema, padre. La niña que sobrevivió al ataque de su aldea.

—Sí, claro. Sé quién es y estoy al corriente de la masacre que perpetraron los esclavistas portugueses.

—La cuestión es que me ha dicho algo muy grave. Algo que pensé que debía comunicarle de inmediato.

Me sorprendió una afirmación tan osada. ¿Qué podía decir una niña para que fuese tan importante?

—El otro día —prosiguió diciendo María Taparay—, Iracema vio en la enfermería a un hombre blanco. Y, según sostiene, lo reconoció como uno de los soldados que formaba parte del ejército extranjero que llevó a cabo el ataque.

—Eso no puede ser.

—Dice que su aspecto actual ha cambiado mucho, pero que está segura de que se trata de la misma persona.

Negué repetidamente con la cabeza.

—Víctor es un comerciante —afirmé con rotundidad—. Creo que la niña se confunde, seguramente porque no está acostumbrada a ver a ningún europeo. Por eso, en cuanto ha visto a un hombre blanco, se ha asustado y lo ha tomado por un *bandeirante* de los que tanto daño causaron a los suyos.

—No creo que esa sea la explicación —objetó María—. Acuérdesse que Iracema estuvo presente cuando recibimos a las autoridades coloniales. Y, pese a los numerosos hombres blancos que vio entonces, ninguno despertó en ella semejante reacción.

—Cierto... —admití ante la lógica de su argumento.

—También la ayudó a identificarlo el hecho de que fuese manco.

—Vale, pero... Ya sabe que los niños tienen mucha imaginación. ¿Y si se lo estuviese inventando todo?

—Estoy segura de que no es el caso. Iracema lleva un par de días muy nerviosa. Ha dormido mal y, cuando he hablado con ella, la he notado verdaderamente aterrorizada.

Cuando lo pensé fríamente, me di cuenta de que debía tomarme aquella advertencia mucho más en serio de lo que pensaba. Repasando los hechos con detenimiento, no podía ignorar que la llegada de la pareja de mercaderes se había producido en circunstancias poco claras. Víctor apareció de repente, sin la menor referencia que avalase su oficio de mercader. Haber recibido un flechazo que necesitaba atención médica inmediata, le sirvió para eludir nuestros rigurosos controles de acceso.

—María, no hables de esto con nadie hasta que haya realizado las comprobaciones oportunas —señalé.

—Descuide, padre Claver.

—Y muchas gracias. Has hecho bien en contármelo.

Tras verla marchar, mi primer impulso fue acudir en el acto a la enfermería para despejar las dudas que me suscitaba la identidad del comerciante. No obstante, enseguida me di cuenta de que no debía precipitarme. Se trataba de una cuestión lo suficientemente importante como para contar con el punto de vista del padre Hurtado. Aunque seguía enfadado con él, tocaba dejar nuestras diferencias de lado para abordar el asunto de forma conjunta.

Julio se hallaba fuera supervisando los campos de cultivo y el ganado, así que no me quedó más remedio que aguardar hasta su regreso. Me armé de paciencia y me dediqué a mis quehaceres habituales, mientras dejaba pasar el tiempo y mi preocupación aumentaba.

Finalmente, nos reunimos en la escuela, donde Diego Martínez había estado dando las clases de catecismo. Su presencia a la hora de tratar aquel asunto se antojaba igual de importante.

Cuando les conté lo que María Taparay me había trasladado, ambos se mostraron de acuerdo en que debíamos hacer algo para verificar de algún modo la identidad del comerciante. Como yo, ellos ahora también encontraban sospechosa su imprevista llegada. Y, aunque Iracema podía estar equivocada, nuestro deber era comprobarlo.

—Hay algo que no me cuadra —objetó Julio—. Estoy seguro de que Víctor es español.

—Eso no quiere decir nada —intervino Diego—, aunque los *bandeirantes* son mayoritariamente portugueses, también los hay de otras nacionalidades.

—Tienes razón —admitió—. No obstante... ¿Qué me decís de su ayudante? Se llamaba

Alfonso, ¿verdad? Casi no pronunció palabra, pero... ahora que lo pienso, bien que podía ser portugués.

—Es posible —coincidió—. Aun así, no podemos estar seguros, y Alfonso se marchó hace ya dos días. —Permanecí pensativo durante unos instantes—. De cualquier manera, hay algo que no entiendo. Si de verdad son *bandeirantes*, ¿por qué hacerse pasar por mercaderes?

—Para espiarnos —contestó Julio sin el menor asomo de duda—. ¿Acaso no hemos hecho nosotros lo mismo al enviar guaraníes para controlar sus movimientos?

Me sentí un poco estúpido por no haberlo deducido yo mismo. En lo que a ciertos temas se refería, me daba cuenta de lo ingenuo que era.

—Si me dejáis hacerle una visita, os aseguro que no tardaré mucho en sonsacarle la verdad —sugirió con determinación el hermano coadjutor.

El pasado militar de Diego no me gustaba y, en cierto modo, me parecía incompatible con su condición de jesuita.

—¿Acaso piensas torturarlo? —le reproché abiertamente.

—No era eso lo que tenía en mente, pero puedes estar seguro de que lo haría si fuese necesario.

—Calmaos, por favor —medió el padre Hurtado para rebajar la tensión.

Enseguida me di cuenta de que no había sido justo con Diego y me disculpé. La difícil situación en la que nos hallábamos me había llevado a perder momentáneamente los nervios.

En ese momento, Felipe Tayaobá irrumpió en el aula con el gesto alterado. Al alcalde le seguía uno de los guaraníes a los que habíamos encomendado vigilar el campamento de los *bandeirantes* situado a orillas del río Tibagí.

—Tandecu trae noticias urgentes —proclamó—. Los esclavistas se dirigen hacia aquí.

El anuncio nos causó un fuerte impacto para el que no estábamos preparados. Cuando Tandecu amplió los detalles, se hizo un angustioso silencio en la estancia. Un numeroso ejército de *bandeirantes* había partido esa misma mañana y, al ritmo al que se desplazaba, antes de que acabase el día habría llegado a la reducción.

—Felipe, encárgate de que todos los guaraníes que estén trabajando en el exterior se refugien inmediatamente dentro del recinto —indicó el padre Hurtado, tomando las riendas de la situación—. Y, después, que cierren la puerta y custodien la entrada. Mientras tanto, nosotros discutiremos qué hacer a continuación.

El alcalde asintió y abandonó el aula seguido de Tandecu.

—Nos asaltarán como ya hicieron con la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación —dije sin poder evitar que me temblase la voz.

—No me cabe la menor duda de ello, Anselmo —convino mi compañero—. Los malditos paulistas se han dado cuenta del enorme botín de esclavos guaraníes que pueden conseguir sin apenas esfuerzo, y nuestro pueblo constituye su siguiente objetivo.

Diego Martínez fue aún más lejos en sus conclusiones.

—Ahora ya no me cabe la menor duda de que la niña no se equivoca. Víctor y Alfonso no son mercaderes, sino *bandeirantes* que vinieron con la misión de espiarnos. Alfonso regresó a su campamento y les proporcionó la información que precisaban. Por eso no han perdido el tiempo en ponerse en marcha.

—Estoy de acuerdo —aseveró Julio—. Lo que no entiendo es por qué Víctor sigue aún aquí. ¿Tan enfermo estaba como para no haberse ido con su compañero?

—La herida con la que llegó no revestía demasiada importancia —expliqué—. Pero el día en

que debía marcharse, le subió mucho la fiebre de forma repentina... —Dejé mis palabras en suspenso al escucharme decir aquello en voz alta y darme cuenta de lo que implicaba—. Aunque, a la vista de lo que sabemos ahora, ya no me fío en absoluto de nada que tenga que ver con él.

De pronto, el hermano coadjutor abrió los ojos como platos y nos miró como si hubiese hallado la solución a un intrincado enigma.

—¡Todo forma parte de un plan! —exclamó—. Por algún motivo que desconocemos, Víctor necesitaba quedarse más tiempo aquí. En la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, el padre Osorio se confió en exceso y dejó pasar al capitán de la *bandeira*. Pero nosotros ya estamos advertidos y saben que no cometeremos el mismo error.

—¿Estás diciendo que el falso comerciante se ha propuesto ayudarlos para conseguirlo?

—Eso tendría mucho sentido.

—Pero ¿cómo podría hacerlo? —inquirí.

—Si tuviese que apostar, me jugaría lo poco que tengo a que se propone abrirles la puerta desde dentro.

—Estoy de acuerdo contigo —convino Julio.

Cogí aire y lo expulsé con fuerza antes de intervenir.

—De eso no podemos estar seguros —rebatí.

—Es cierto, por eso a partir de ahora vamos a someterlo a una exhaustiva vigilancia sin que se entere —decretó mi compañero—. Y de ese modo sabremos si estamos o no en lo cierto. Hablaré con Miguel Yepuy para que se encargue de todo.

—No deben perderlo de vista ni un segundo, y mucho menos de noche —apuntó Diego—. Si yo estuviese en su lugar, apostaría por un asalto nocturno. Sin duda, sería lo más lógico.

De repente, el padre Julio Hurtado extendió los brazos, visiblemente excitado.

—¡Atención! Acabo de tener una idea. Vamos a hacer algo completamente inesperado, algo que nuestros enemigos jamás podrían imaginarse. Si Víctor intenta abrir la puerta para dejar entrar a sus compañeros, dejaremos que lo haga...

—¿Es que te has vuelto loco?! —repliqué.

—En absoluto. Los *bandeirantes* no saben que disponemos de armas de fuego y de todo un ejército de guaraníes bien entrenados y capacitados para defenderse. De modo que, si les tendemos una trampa, caerán directos en ella.

—¡Es un plan brillante! —exclamó el hermano coadjutor.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡No, no y cien veces no! ¡Es una completa insensatez!

—Anselmo, escúchame con atención, por favor. Lo que no podemos hacer es quedarnos de brazos cruzados a merced de esos desalmados. Si nos encerramos tras la empalizada, y ellos se proponen sitiarnos, ¿quién se hará cargo de los cultivos y de cuidar el ganado? ¿Cómo harán las mujeres para ir al río a por agua? Todo el que salga será inmediatamente capturado. Nos guste o no, nuestra única salida es enfrentarnos a ellos. Si no encuentran oposición, seguirán convencidos de que cuentan con total impunidad para seguir haciendo cuanto les venga en gana.

—Pero ¿librar una batalla? ¡Habrá muertos y heridos también de nuestro lado!

—Lo sé, en toda guerra los hay. Por desgracia, es inevitable.

Observé a mis dos compañeros con gesto resignado. Tanto Julio como Diego estaban convencidos de la conveniencia del plan propuesto, que yo encontraba descabellado. Y eran dos contra uno, por lo que aglutinaban la opinión mayoritaria.

Poco a poco comencé a aceptar que quizás fuese la opción menos mala. Desde luego, ya no

nos daba tiempo a abandonar la reducción. Y, aunque la idea de combatir me horrorizaba, tenía que reconocer que, si les sorprendíamos, tendríamos una oportunidad única para derrotarlos.

—Está bien —cedí—. No me opondré a vuestros planes.

No me había movido de la iglesia en toda la noche, rezando sin descanso para contar con el favor de Dios ante el peligro que se cernía sobre nosotros. Había tenido también mucho tiempo para reflexionar, hasta llegar a la conclusión de que, después de todo, quizá Julio tuviese razón y la confrontación constituyese la solución más conveniente dadas las circunstancias. Yo denostaba la violencia, pero posiblemente fuese el único lenguaje que los esclavistas portugueses entendían.

En ese instante me hallaba en la cumbre de mi nerviosismo. Hacía tan solo un minuto, Miguel Yepui se había pasado para decirme que todo transcurría conforme Julio y Diego habían previsto. El falso comerciante había abierto la puerta de la reducción y nuestros enemigos ya estaban dentro. El conflicto estallaría de un momento a otro.

En cuanto sonaron los primeros disparos, el corazón se me aceleró. No obstante, el miedo desapareció enseguida para ser sustituido por un profundo sentido del deber. El papel que yo jugaba en el plan del padre Hurtado consistía en hacer sonar las campanas para alertar a la población. Salvo los guaraníes que participarían en la batalla, habíamos procurado mantener en secreto el asunto de la emboscada. Haber hecho público que pensábamos dejar entrar a los *bandeirantes* en la reducción habría causado un enorme revuelo.

Hice repicar la campana hasta que me pudo el cansancio. Entonces, las detonaciones de las armas de fuego sustituyeron en mis oídos el atronador sonido del badajo. En el exterior continuaba librándose la temida contienda contra los esclavistas portugueses, aliados del mismísimo diablo.

Enfilé el pasillo central de la iglesia camino de la puerta, con intención de asomar la cabeza un instante y evaluar el curso de la batalla. Sin embargo, me detuve al darme cuenta de que alguien entraba en ese mismo momento. Debido a la penumbra reinante, no reconocí al visitante hasta que lo tuve muy cerca. Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral. ¡Era el maldito Víctor!

Al principio, el *bandeirante* que se había fingido mercader continuó representando su estudiado papel como si nada, pero a mí ya no me engañaba y así se lo hice saber.

—Admito que durante los primeros días me embaucaste por completo hasta que, finalmente, descubrí la verdad. Desde entonces supe que eras un despreciable esclavista, y también que abrirías la puerta para dejar pasar a tus compañeros.

—Al final, va a resultar que erais más listos de lo que pensaba...

Acto seguido, blandió un puñal con gesto amenazante y su rostro se transformó en una máscara de vileza.

—¿Qué piensas hacer? ¿Acaso vas a matarme en la casa de Dios?

—Quiero respuestas —exigió—. ¿Cómo lo descubristeis?

—Una niña guaraní, que sobrevivió a uno de vuestros asaltos, te reconoció. Y si piensas que fue cosa de mala suerte, te equivocas. Yo lo veo como una intervención de la providencia divina.

Conforme Víctor avanzaba lentamente, yo retrocedía para mantener la distancia que me

separaba de su puñal.

—¿Y los cofres? ¿Dónde se encuentran los cofres? ¡Sé que están repletos de oro!

No pude evitar reírme ante semejante afirmación.

—Parece que todo el mundo está empeñado en creerse los disparatados rumores que circulan en torno a nuestras reducciones —repuse—. Pero lamento decirte que no hay el menor rastro de verdad en ellos.

—¡Mientes! Poseo un mapa que señala la mina que ocultáis en la selva.

—¿Un mapa? —Lo negué rotundamente—. Que alguien haya dibujado unos trazos sobre la superficie de un pergamino no cambia nada. Los jesuitas tenemos muchos enemigos, desde autoridades civiles hasta cargos dentro de la propia Iglesia católica. Y cualquiera de ellos haría lo que fuese para perjudicarnos. La explicación es así de sencilla.

Mi respuesta no le gustó nada, pero no porque no me creyese, sino precisamente por todo lo contrario. Víctor se dio cuenta de que decía la verdad.

En ese momento me convencí de que, llevado por la frustración, me clavaría el puñal que seguía agitando muy cerca de mi cara. Yo había retrocedido hasta topar con el altar, ante al que me había acorralado como a una presa.

Me había quedado sin escapatoria.

Aterrado, estiré el brazo hacia atrás y palpé el cáliz de plata que reposaba sobre la mesa. Agarré la pesada copa y, sin pensarlo, se la estrellé a Víctor en la cabeza con todas mis fuerzas.

Hasta a mí me impresionó la contundencia del impacto. Víctor, desde luego, no anticipó mi reacción y recibió el golpe sin esperarlo. Se tambaleó durante unos instantes hasta desmoronarse como un muñeco de trapo. Comenzó a brotarle abundante sangre de la cabeza y me pareció que no respiraba. Aunque hubiese actuado movido por el miedo, me asustó mucho haberme comportado como un bárbaro. No me atreví a comprobarlo, pero resultaba evidente que debía de haberlo matado.

Me giré hacia el crucifijo que colgaba sobre el sagrario y caí de rodillas con lágrimas en los ojos. No se me ocurría peor pecado que quitarle la vida a otro ser humano, pero hacerlo en suelo sagrado lo agravaba hasta límites insoportables. Junté las manos bajo la barbilla e inicié una larga oración, suplicando clemencia por mi error imperdonable. Había atentado contra el quinto mandamiento y necesitaba fervientemente que Dios escuchase mis plegarias.

Fue entonces cuando sentí una suerte de pinchazo en el costado.

Durante los primeros segundos no sentí dolor alguno, llegando a pensar incluso que se trataba de la picadura de un insecto. Hasta que miré hacia el lugar en cuestión y observé con incredulidad un objeto punzante. En concreto, un puñal que me habían hundido en las entrañas.

Y, mientras la vida se me escapaba, me dio tiempo a mirar a los ojos de mi asesino y contemplar la confusa expresión de su cara...

CAPÍTULO 16

Iracema

Cuando descubrí la presencia de aquel horrible hombre blanco en la reducción, me sentí de nuevo vulnerable y un miedo visceral se apoderó de todo mi cuerpo.

Ni siquiera me atrevía a abandonar el *cotiguazú*, y, si tenía que hacerlo por alguna razón, procuraba ir siempre acompañada mirando en todas direcciones por si volvía a toparme con el monstruo. A mis ojos, aquel despiadado extranjero representaba el mal encarnado, y me aterrorizaba pensar en lo que sería capaz de hacer.

Pero peor aún fue saber que contaba con el beneplácito de los misioneros. El padre Claver se llevaba bien con él y le proporcionaba los mejores cuidados. Yo lo había visto con mis propios ojos y nadie podía negarme lo contrario.

Hubiese querido hablar con Arambayu para contarle con pelos y señales lo que había presenciado. Tal como afirmaba, los padres jesuitas no eran de fiar y podían traicionarnos cuando menos lo esperábamos. Sin embargo, el antiguo hechicero no había vuelto al *cotiguazú* desde la última discusión que había mantenido con su hermana. María Taparay se lo había prohibido para evitar que propagase entre nosotras su radical discurso contrario al credo cristiano.

Llevaba toda la tarde hilando un poncho que la Matrona me había encargado, con pésimos resultados por culpa de la angustia que me atenazaba. Además, en vez de algodón, en esta ocasión me había tocado trabajar con lana, un tejido nuevo para mí con el que apenas había practicado.

Cuando María inspeccionó mi trabajo, puso los brazos en jarras y frunció el ceño, disgustada.

—Iracema, pero ¿es que no te das cuenta de que no estás siguiendo el patrón adecuado?

—Es por la lana —protesté sin demasiada convicción.

—No, es porque estás distraída.

—No, yo...

—Algo te pasa, llevas dos días muy alterada. ¿Te crees que no lo he notado?

Aunque apreciaba a la Matrona, me costaba confiar en ella en lo que a ese asunto se refería. Su lealtad hacia los misioneros era incuestionable.

—No me pasa nada —mentí.

Sin embargo, los ojos me delataron al no poder contener las lágrimas.

—Puedes hablar conmigo, Iracema —me dijo tomándome el rostro afectuosamente entre las manos—. ¿Acaso no te he demostrado en todo este tiempo lo mucho que me importas?

—Solo hablaré con Arambayu —repliqué gimoteando, convencida de que solo él me comprendería.

María torció el gesto ante mi contestación.

—Olvidate de mi hermano. Me tienes a mí para cualquier cosa que necesites.

Arrugué la nariz y esquivé su mirada, determinada a no soltar palabra.

—Iracema, por favor. Si no me cuentas lo que te pasa, no podré ayudarte.

Continué guardando silencio, con los labios apretados y lágrimas de amargura corriendo por mis mejillas, hasta darme cuenta de que ante la Matrona tenía la batalla perdida, pues ella podía

llegar a ser incluso más testaruda que yo.

—¿Estás ya preparada para hablar? —me apremió tras esperar unos minutos para que me tranquilizase.

Claudiqué ante su insistencia y le conté entre sollozos lo que había visto por casualidad en la enfermería. María me escuchó con atención y, por su expresión, advertí que me tomaba más en serio de lo que esperaba.

—¿Estás segura de que ese hombre blanco forma parte del ejército que asaltó tu poblado? —me preguntó.

—Por completo. Antes, ya había intentado secuestrarme un día en que me había alejado de la aldea. Por eso conservo un recuerdo tan claro de él. Además, todos ellos se visten de la misma forma.

Una mueca de preocupación se dibujó en el rostro de María.

—¿Lo ves? Arambayu tenía razón, los misioneros nos engañan y están en tratos con los portugueses —argumenté.

—No, eso es imposible.

—¿Y por qué no?

—Porque durante años han demostrado sobradamente su compromiso con los guaraníes —contestó—. ¿Y si el padre Claver ignora quién es en realidad ese hombre blanco? ¿Has pensado en esa posibilidad?

Rechacé aquella idea con un movimiento de cabeza.

—No hay nada que los misioneros jesuitas no sepan. ¿No es eso lo que siempre dices?

—Sí, pero lo que quiero decir con eso es que siempre tienen respuesta para todo. Hablaré con él y ya verás como todo se aclara.

—¡No, por favor! —exclamé, alarmada—. ¡Entonces sabrá que lo hemos descubierto y querrá hacernos daño para que no digamos nada!

—Cálmate, Iracema. Eso no va a ocurrir. El padre Claver jamás haría nada parecido. Todo esto es culpa de mi hermano. Si Arambayu no te hubiese metido esas ideas en la cabeza, no pensarías así.

Sujeté la mano de María y me puse a patalear y a llorar al mismo tiempo, con la respiración acelerada. Aunque ella confiaba en los padres jesuitas, yo era incapaz de hacerlo. Verdaderamente, temía que el padre Claver y sus compañeros me impusiesen un severo castigo.

—¡Prométeme que no le contarás nada!

—¡Basta, Iracema!

—¡No!

La Matrona me abrazó para intentar aplacarme, pero como vio que no lo lograba, y que seguía muy asustada, finalmente accedió a mi pretensión.

—Está bien, no se lo diré. ¿De acuerdo? Ahora cálmate, por favor —me dijo, acariciándome el pelo.

Su afirmación sirvió para acallar momentáneamente mi llanto, pero cuando me separé de su abrazo y la miré de nuevo a los ojos, no estaba segura de que cumpliera con su palabra.

Me desperté en mitad de la noche, sobresaltada por el sonido de estruendosos estampidos que

parecían salidos de una tormenta de rayos y truenos. Mis compañeras se levantaron de la cama sumidas en el desconcierto. Para mí, en cambio, nada de aquello me resultaba extraño porque ya lo había vivido antes.

Entre empujones y codazos, niñas y mujeres salieron del *cotiguazú* mirando al cielo nocturno, y después hacia los lados cuando quedó claro que el estrépito no provenía del firmamento. Los estampidos procedían de la plaza, que se hallaba a escasa distancia de nuestra morada.

Instantes después, un guaraní apareció atravesando la calle a toda velocidad y confirmó mis peores presagios: los sanguinarios portugueses habían entrado en la reducción y se había desencadenado una batalla con armas de fuego.

El tañido de las campanas se sumó a los disparos y a los pavorosos alaridos de algunas mujeres. Me cubrí los oídos y me hice un ovillo en el suelo como un ratón asustado. Las imágenes del ataque sobre mi poblado se reproducían en mi cabeza como si soñara despierta. Temblaba como una hoja y un terror paralizante se había adueñado de mis piernas. Por experiencia, sabía muy bien lo que nos aguardaba: la muerte o la esclavitud.

La Matrona intervino para poner orden en el caos y exhortó a las mujeres a resguardarse en el *cotiguazú*. Aunque procuraba transmitir entereza, su mirada dejaba entrever que incluso ella se sentía superada por una situación que le parecía inconcebible. Los misioneros jesuitas habían asegurado infinidad de veces que ni españoles ni portugueses podrían hacernos daño mientras nos alojásemos en sus pueblos. Y, sin embargo, la realidad de los hechos desmentía ahora sus tajantes palabras.

—¡Vamos! ¡Meteos todas dentro y no volváis a salir!

Como no me movía, María me alzó de los brazos.

—¡Iracema! ¡Tienes que entrar con las demás! Sé que tienes miedo, pero los padres jesuitas se encargarán de que no nos pase nada.

La miré con los ojos empañados en lágrimas.

—Pero ¡sin son ellos los que están detrás de todo esto! —exclamé, enrabieta—. Ya te dije que estaban en tratos con los portugueses.

—Te equivocas —replicó—. El padre Claver pensaba que el hombre de la enfermería era un mercader y por eso lo acogió en la reducción.

—¿Hablaste con él?! ¡Me prometiste que no lo harías!

Me sentí engañada y quise alejarme de ella sin lograrlo. La Matrona me tenía bien sujeta.

—Basta, Iracema. Ahora no es momento de discutir.

Acto seguido, sentimos el retumbar de centenares de pisadas acercarse desde el fondo de la calle. El temor que nos invadió se transformó en alivio al comprobar que pertenecían a los nuestros. Guerreros guaraníes corrían hacia la plaza armados con arcos, lanzas y macanas, dispuestos a enfrentarse a los invasores.

La expresión de María se contrajo de horror cuando advirtió que su hermano formaba parte de aquel ejército improvisado.

—¡Arambayu! ¿Dónde vas? ¡Tú no eres un guerrero!

Me soltó durante un instante al extender sus manos hacia él, momento que aproveché para escaparme. No pensé, tan solo actué movida por la desconfianza y el rencor. No entendía cómo María podía seguir apoyando a los padres jesuitas, pese a que sus mentiras habían quedado al descubierto.

—¡No, Iracema! ¡Vuelve! —la oí gritar a mi espalda.

Seguí la estela de los guerreros hasta llegar a la plaza, donde fueron recibidos a tiros por el

enemigo antes de que les diese tiempo a ponerse a cubierto. Varios cayeron abatidos y me di cuenta, horrorizada, de que Arambayu era uno de ellos.

Logré llegar hasta él y comprobé que estaba muerto. Iba desarmado, salvo por su maraca de hechicero que aún permanecía aferrada a su mano derecha. Debió de haberse unido a los guerreros guaraníes para insuflarles valor, invocando a nuestros dioses tradicionales igual que solía hacer mi padre. Por desgracia, no había tenido suerte.

Me alejé inmediatamente del foco de la batalla y tomé una calle contigua que conducía al cementerio. Caminé entre las tumbas llorando de miedo, rabia y sufrimiento, mientras revivía en mi cabeza la masacre perpetrada sobre mi aldea, sin poder creerme aún que se pudiese estar repitiendo la pesadilla.

El cementerio lindaba con la iglesia, a la que accedí por una puerta lateral que únicamente usaban los padres jesuitas y el sacristán. Quizás allí pudiese aislarme, aunque solo fuese en parte, del caos provocado por los gritos y disparos que resonaban en el exterior.

Pensé que dentro no habría nadie, pero me equivocaba. A la luz de unas cuantas velas dispuestas en los laterales, distinguí una figura situada frente al altar. Me acerqué muy despacio y me di cuenta de que era el padre Claver, que oraba arrodillado ante el dios cristiano que nos habían impuesto a todos.

De mi interior brotó un profundo odio. Yo lo ignoraba casi todo acerca del mundo de los hombres blancos, pero sabía que eran codiciosos y malvados. Y los misioneros jesuitas no parecían ser una excepción. El padre Claver se había aliado con los portugueses y nos había traicionado. ¿De qué otro modo se explicaba entonces que hubiesen podido entrar tan fácilmente en la reducción?

Aunque llegué prácticamente a su altura, el misionero no advirtió mi presencia porque estaba absorto en sus rezos. Solo entonces me di cuenta de que había un cuerpo en el suelo que, hasta ese momento, no había podido ver. Entre la penumbra reinante y que estaba boca abajo, me resultó imposible adivinar a quién pertenecía. En todo caso, habría jurado que estaba muerto por el charco de sangre que había en torno a la cabeza.

También vislumbré un puñal tirado junto al cuerpo, que cogí instintivamente. En mi cabeza, ya había culpado a los jesuitas por todo lo que estaba pasando. La mente se me nubló y de mí se apoderó un oscuro arrebato. Solo así puedo explicar lo que ocurrió a continuación.

En un acto impulsivo, y llevada por la amalgama de emociones que me embargaba, clavé el cuchillo en el costado del padre Claver con todas mis fuerzas. Yo misma me sorprendí por la asombrosa sencillez con que la hoja penetró en la carne y se hundió hasta la empuñadura.

El misionero tardó unos segundos en reaccionar hasta que vio con sus propios ojos el resultado de mi acometida. Después me miró con un evidente gesto de incompreensión. Nunca olvidaré aquella mirada, que reflejaba una profunda decepción, pero también la convicción de que me perdonaba por lo que acababa de hacer.

Ese instante fue suficiente para darme cuenta de que me había equivocado. Desafortunadamente, el daño ya estaba hecho.

Al mismo tiempo, la puerta de la iglesia se abrió de golpe y una silueta se recortó en las tinieblas de la entrada. Por la sotana, adiviné fácilmente quién era.

—¡Por el amor de Dios, no! ¡No, no, no! ¡No puede ser! —gritó fuera de sí el padre Hurtado.

En pocos pasos se plantó ante el padre Claver y lo sujetó antes de que se desplomase. Aún tenía clavado el puñal y no se atrevió a sacarlo. La emoción desbordó al padre Hurtado mientras insuflaba a su compañero palabras de ánimo.

Entretanto, yo retrocedí muy despacio deseando desvanecerme en el aire. Entonces, como si reparase de nuevo en mi presencia, el padre Hurtado musitó:

—Pero ¿qué has hecho, Iracema?

EPÍLOGO

Tras la cruenta batalla que tuvo lugar en el interior de la reducción, los guerreros guaraníes se acabaron alzando con una victoria aplastante. Los *bandeirantes*, por el contrario, salieron derrotados tras verse obligados a batirse en retirada. En consecuencia, los habitantes de la misión de San Francisco Javier se libraron de ser apresados y vendidos como esclavos.

Desafortunadamente, el revés no frenó a los paulistas, que se lanzaron sobre las misiones vecinas que carecían de los medios necesarios para defenderse. Algunas emprendieron la huida en el último momento y se embarcaron en un éxodo de consecuencias igualmente trágicas. Otras no llegaron a tiempo y, los guaraníes que residían en ellas, fueron capturados como parte de un botín humano que ascendió a miles de víctimas inocentes.

En su asalto fallido a la reducción de San Francisco Javier, murieron una treintena de esclavistas portugueses, entre los que se hallaban tanto Víctor Jaramillo como Alfonso Cardoso. Todos ellos fueron enterrados en una fosa común, sin mayor ceremonia que un sencillo oficio celebrado por el padre Julio Hurtado, que se limitó a rezar una oración por sus almas, que a buen seguro arderían en el infierno.

Los heridos fueron atendidos de forma diligente, dentro de sus posibilidades. Por algunos no se pudo hacer nada y acabaron muriendo. Y los que se recuperaron fueron encerrados en el calabozo, a la espera de que llegasen las autoridades coloniales para que se los llevasen y fuesen juzgados.

La batalla causó una quincena de bajas entre las filas guaraníes, cuyas víctimas fueron enterradas en el cementerio tras recibir el correspondiente sepelio cristiano. Sus familias asistieron al acto para despedir a los caídos, a los que honraron como a los héroes de antaño. María Taparay, que no encontraba consuelo, lloró amargamente sobre la tumba de su hermano Arambayu.

Con todo, la muerte más sentida fue la del padre Anselmo Claver.

Un desfile funerario recorrió toda la reducción, al que se sumó la práctica totalidad de sus habitantes. Los guaraníes quisieron demostrar lo mucho que siempre lo habían querido, participando de forma masiva en su último adiós. Felipe Tayaobá y otros miembros del cabildo portaron el ataúd del padre Claver, ayudados también por Miguel Yepui, que expresamente había pedido formar parte de tan selecta comitiva. El muchacho, incapaz de contener las lágrimas, quedó desolado.

El cortejo fúnebre lo encabezó el padre Julio Hurtado, que sostenía un crucifijo mientras rezaba una oración tras otra sumido en una especie de trance. Aunque la muerte de su estimado compañero le produjo un profundo impacto, debía conservar la entereza para proporcionar la guía necesaria a sus guaraníes en un momento tan delicado. La vida de misionero que había elegido no se detenía ni dejaba espacio para el duelo o el descanso.

Finalmente, el padre Claver fue enterrado en la iglesia, junto al altar mayor, como se tenía por costumbre en las misiones jesuitas.

Aunque Anselmo Claver había muerto acuchillado a manos de Iracema, el padre Hurtado optó por ocultar la verdad de lo ocurrido y culpó a Víctor Jaramillo del crimen. Su deber era proteger a la niña y evitarle el estigma de que sus propios semejantes la señalaran por lo que había hecho. La propia Iracema tendría toda la vida por delante para arrepentirse del trágico error que había cometido. Por todo ello, continuó habitando en la reducción bajo los cuidados de la

Matrona y la supervisión del misionero jesuita. La niña se merecía una segunda oportunidad.

Cuando el padre provincial fue informado de lo sucedido, se comprometió a enviar lo antes posible a un nuevo misionero para que ocupase el lugar del padre Claver. Por su parte, Diego Martínez seguiría ejerciendo el papel de hermano coadjutor. Su compromiso con la reducción de San Francisco Javier seguía siendo firme.

La batalla contra los esclavistas portugueses devolvió a los guaraníes el orgullo de su larga tradición guerrera que, a la vista de lo acontecido, seguiría siendo necesaria durante mucho más tiempo. Así pues, Diego Martínez se ocupó de formarlos en tácticas militares, conformando un ejército capitaneado por Arapizandú y otros caciques, integrado por jóvenes guerreros como Tabacambí, que ya se habían familiarizado con el manejo de las armas de fuego.

A partir de ese momento, se abrió ante todos ellos un periodo de temor e incertidumbre, pues los *bandeirantes* supondrían una amenaza constante para la supervivencia de las reducciones establecidas en la región del Guairá. El ambicioso proyecto de los jesuitas estaba en peligro y corría el riesgo de desaparecer. Sin embargo, y pese a las adversidades, misioneros y guaraníes no pensaban rendirse, y estaban dispuestos a defender sus pueblos hasta las últimas consecuencias.

Aquella inesperada victoria había demostrado que no todo estaba perdido.

NOTA DEL AUTOR

Entre 1629 y 1631, la mayoría de las reducciones del Guairá fueron atacadas y destruidas a manos de los *bandeirantes*, logrando un botín aproximado de sesenta mil indios cautivos. En algunos casos, los pueblos fueron previamente evacuados y abandonados para evitar la captura de sus habitantes, con resultados igualmente calamitosos para ellos.

Envalentonados, los paulistas no se detuvieron y, en años sucesivos, asaltaron varias ciudades españolas que saquearon por completo.

Aquella situación de indefensión convenció a los mandatarios de la Compañía de Jesús de que debían adoptar una posición mucho más beligerante para proteger las reducciones de los esclavistas portugueses.

Las gestiones llevaron su tiempo debido a la oposición de las autoridades locales, pero finalmente dieron resultado y en el año 1639 se dictaron varias cédulas reales que permitieron proveer a los guaraníes de armas de fuego para su defensa. Algunos misioneros jesuitas, sin embargo, no esperaron tanto y, mucho tiempo antes de que las leyes lo permitiesen, se hicieron con armamento por la vía del contrabando.

A partir de entonces, los guaraníes fueron debidamente instruidos en las artes militares, y se formaron milicias profesionales, que se organizaron en compañías de cien hombres, comandados por un capitán, un alférez y dos sargentos.

En sus actuaciones, combinaron el uso de sus armas tradicionales —arcos y flechas, hondas y mazas—, con arcabuces y escopetas. Desde ese momento en adelante, las tornas cambiaron y los guaraníes comenzaron a repeler los ataques de los portugueses. La batalla de Mbororé, que tuvo lugar en 1641, constituyó el punto de inflexión del conflicto. El ejército guaraní emboscó una flota compuesta por cuatrocientos *bandeirantes* y dos mil indios tupíes, a los que derrotaron en una encarnizada batalla que se extendió a lo largo de ocho días. Desde entonces, las reducciones jesuitas pudieron gozar de una relativa paz que duraría más de un siglo.

Las milicias guaraníes alcanzaron tal grado de prestigio, que las autoridades coloniales acabaron solicitando sus servicios para que acudiesen en su auxilio con el fin de defender la soberanía territorial frente a todo tipo de amenazas: tribus hostiles, piratas o las incursiones de los portugueses.

El fin de las reducciones se produjo en el año 1768, a raíz de la expulsión de los jesuitas. En la región del Guairá, por aquel entonces, había treinta pueblos que sumaban una población aproximada de 90.000 indios.

El inicio del declive se originó a partir de las conocidas como «guerras guaraníicas». En el año 1750, Portugal y España firmaron el Tratado de Madrid, en virtud del cual la primera devolvía a la segunda la colonia de Sacramento, a cambio de la entrega de una franja territorial situada al este del río Uruguay, que incluía siete reducciones jesuitas con cerca de 30.000 habitantes.

Los guaraníes se negaron a acatar el pacto alcanzado por las dos naciones europeas que, en ningún momento, habían contado con ellos a la hora de alcanzar el acuerdo. Ante semejante injusticia, se negaron a abandonar los pueblos donde vivían desde hacía generaciones y se enfrentaron a ambas potencias hasta las últimas consecuencias. La guerra se extendería a lo largo de tres años hasta que fueron derrotados.

Las guerras guaranícas fueron explotadas por los enemigos de la orden, que acusaron a los jesuitas de haberlas alentado, así como de pretender crear una poderosa república de indios a los que ya no consideraban leales al rey.

Al mismo tiempo, la Compañía de Jesús había acumulado tanto poder en Europa, y jugaba un papel tan relevante en las cortes de los principales estados, que despertaron muchas envidias y se crearon numerosos enemigos. Finalmente, las monarquías católicas más importantes conspiraron contra ellos y, en última instancia, España los acusó de instigar un motín y decretó la expulsión de los jesuitas de todos sus territorios, incluidos los de ultramar.

Mientras los jesuitas gobernaron las reducciones, estas alcanzaron un elevado grado de prosperidad y desarrollo que se extendió a lo largo de más de ciento cincuenta años. Tras su marcha forzada, sin embargo, la situación dio un giro radical. Los jesuitas al frente de las misiones fueron reemplazados por directores seculares en algunos casos, o por franciscanos y dominicos en otros. Los nuevos administradores, sin embargo, no supieron conservar el nivel de excelencia que hasta entonces había imperado, y las reducciones comenzaron a empobrecerse, lo que desembocó en su paulatino abandono.

Unos pocos guaraníes regresaron a la selva, pero la mayoría de ellos emigraron a las ciudades de españoles y criollos para trabajar como peones, o como artesanos los que estaban bien preparados. La progresiva decadencia y desaparición final de las reducciones fue inevitable, y los intentos por parte de las autoridades para impedirlo no sirvieron de nada.

Hoy en día, en el corazón mismo de la selva tropical, se conservan las ruinas de algunas de aquellas reducciones jesuitas, que han sido declaradas por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad.

Casi cuatrocientos años después de que tuviesen lugar estos hechos, la idea del oro oculto de los jesuitas continúa vigente en el imaginario popular, pese a que jamás haya aparecido lingote alguno o documentos que apunten a la existencia de un secreto tan extraordinario. A lo largo de los siglos, incontables buscadores de tesoros se han aventurado a buscar entre las viejas ruinas abandonadas, soñando con misteriosos túneles ocultos que avalasen sus teorías o cofres enterrados en lugares estratégicos con que hacerse inmensamente ricos.

Pese a la ausencia de la más mínima evidencia y, por increíble que parezca, en la actualidad todavía se continúan escuchando historias acerca de los supuestos tesoros enterrados en las misiones jesuitas.

El mito de presunto oro que ocultaban sigue tan arraigado que se resiste a morir, pese al paso de los siglos.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos por su constante apoyo.

A mis lectores “beta”: Juanlu, Domingo, Loren y, muy especialmente, a mi colega escritora Mayte Esteban. Los primeros en asomarse al manuscrito y darme a conocer su opinión. También a Alejandro Cano, por su minuciosa labor de corrección.

Tampoco me quiero olvidar de los apasionados a la literatura, que tanto hacen por la difusión de los libros y la lectura en sus blogs y redes sociales. De un modo u otro, todos contribuyen con su grano de arena.

Y, a ti, estimado lector. Tú haces posible que la historia que yo concebí cobre vida ante tus ojos e imaginación. Gracias de todo corazón por estar al otro lado.

Si te ha gustado, te agradecería mucho que me dejases tu valoración en Amazon. Con ese pequeño gesto otros lectores podrían conocer tu opinión, y quizás a través de ella se animen a conocer mi obra. ¡Gracias!

DESCARGA EBOOK DE REGALO



Por tiempo limitado, hazte con una copia gratis de «La maldición del alquimista», un relato de intriga situado en la Edad Media, acerca del mundo de la alquimia y sus secretos.

amazonkindle

Descargar ebook desde la página del autor:

<http://josevicentealfaro.com/>

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO

"Un extraordinario viaje al Japón clásico, repleto de intriga, emociones y personajes inolvidables"



[LA FRAGILIDAD DEL CRISANTEMO, pulsa aquí](#)

OTRAS OBRAS DEL AUTOR



EL PRIMER LATIDO DE AUSTRALIA

“Una novela épica e inolvidable. Vive la colonización de Australia como jamás te la habían contado”

EL SUEÑO DE CRETA

“Amor, intriga y mitología confluyen en la presente novela, situada en el marco histórico de la espléndida civilización minoica”



EL ASESINATO DEL CALÍGRAFO DE BAGDAD

“Un crimen. Un secuestro. Una conspiración. Descubre la cultura árabe y sumérgete en esta intrigante novela, situada en el marco histórico de la Edad de Oro del Islam”

[EL PRIMER LATIDO DE AUSTRALIA, pulsa aquí](#)

[EL SUEÑO DE CRETA, pulsa aquí](#)

[EL ASESINATO DEL CALÍGRAFO DE BAGDAD, pulsa aquí](#)